



NELEB

ETERNO  
Sin fin

*Neleb*

## PRÓLOGO

—... Es un muchacho muy tímido con respecto a sus sentimientos. Sabes que no le gusta mostrar ningún tipo de interés abiertamente y que ahora mismo está muy centrado en sus estudios. Pero su madre me ha dicho que indudablemente siente algo por ti. Por eso hemos pensado en que sería conveniente formalizarlo. Imagínatelo por un momento, serías su mujer antes de que acabe el año. Y quien sabe... puede que pronto me hagáis abuelo.

Lilah sonrió radiante y corrió a abrazar a su padre.

No podía creer la suerte que tenía. ¿Pero cuándo había comenzado a enamorarse Christopher de ella? En su caso había sido amor a primera vista. Desde que lo conoció, supo que ningún hombre le impactaría tanto nunca como él. Sólo lo conocía de pocos meses, y nunca había mostrado la más mínima deferencia por ella. Al contrario... ¡si casi había llegado a pensar que la odiaba! Había confundido las miradas que le dirigía Christopher con desprecio, cuando no podía tratarse de eso. Claro que no.

Su amor era correspondido. No había sentido tanta felicidad desde que su madre murió. Y el vacío que sentía desde entonces desapareció dando lugar a una infinita sensación de plenitud. Fue como si una nube bajara del cielo y ahora estuviera flotando.

Christopher había salido de compras con su madre y su abuelo, el señor Sean. Pero en cuanto regresara le confesaría todo lo que sentía por él.

— Cielo...

Lilah miró sorprendida a su padre, puesto que no estaba acostumbrada a que la llamara tan cariñosamente.

— Rachel y yo sabemos que no podemos impedirnos estar juntos si os amáis, pero, creemos, que será mejor mantenerlo en secreto. Al fin y al cabo, sois hermanastros. Y ya sabes que Sean tiene mucha relación con la prensa. No quiero veros apareciendo en revistas del corazón o chismes televisión. Hay que cuidar también la imagen de la empresa y, la situación, es, cuanto menos, algo peculiar.

Se agachó para besarle la mejilla y ella suspiró, estando de acuerdo con él.

La empresa Farina Motor era el centro de la vida de la familia Farina. Más de cincuenta años creando vehículos Farina, habían llegado a formar parte de las principales empresas más lucrativas del país.

– Muy bien, estamos de acuerdo entonces. Oh, y una última cosa. Deja que sea Christopher el que de el primer paso. Ya sabes cómo somos los hombres, necesitamos nuestro tiempo y Rachel cree que se sentiría avergonzado si supiera que sabes que está enamorado de ti. Así que...

– Tranquilo, papá. No diré nada – asintió varias veces entusiasmada.

– Bien. Eres una buena chica. Papá está muy orgulloso de ti.

# Capítulo 1

Lilah inclinó el papel hasta colocarlo en un mejor ángulo. De reojo, volvió a mirar la fotografía y pensó que algo no estaba bien. La línea de la mandíbula era mucho más rígida en el boceto que en la realidad.

Quizás, pensó con una sonrisa irónica, era porque su marido parecía más rígido con ella que con los demás. Y cuando se enfadaba, apretaba tanto los dientes que sus rasgos parecían tallados en piedra.

– ¡Lilah!

Esa voz tan grave, que rara vez se alzaba, ahora le gritaba como un loco.

– ¿Dónde has puesto los papeles que había encima de la mesa de mi despacho? – le preguntó su marido con los ojos llameantes.

– Están... Los puse en...– empezó a tartamudear.

– ¿Dónde? – se irritó y la zarandeó ligeramente.

– Los coloqué en el primer cajón.

– Pues ahí no están ¿Cuántas veces te tengo que decir que no toques mis cosas? – una vena se le hinchaba en la base del cuello.

– Tienen que estar – susurró aterrada.

– Escucha, quiero que vayas inmediatamente a buscar los malditos papeles antes de que acabes con la poca paciencia que me queda.

Lilah abrió los ojos como platos, al mismo tiempo que lo escuchaba. Nunca lo había visto tan enfadado. Siempre había sido frío o indiferente, pero jamás le había hecho daño. Ahora, no estaba tan segura de lo que le podría hacer.

Se zafó con delicadeza de sus dedos amenazadores y corrió a lo largo del pasillo, subió los cuatro escalones y se adentró en el espacioso y elegante despacho. No se dio cuenta que Christopher la seguía hasta que se paró abruptamente y él se chocó con su espalda. La hizo trastabillar y salió del ensimismamiento para dirigirse al escritorio. Abrió el primer cajón y lo abrió. Rebuscó entre los folios de diferente tamaño y, finalmente logró encontrar lo que Christopher buscaba.

Suspiró de alivio y se giró con una sonrisa aliviada en los labios.

– Aquí es...

Él la interrumpió, arrebatándole los papeles de un tirón.

– Sal de aquí. ¡Y no me interrumpas!

Era una petición ridícula, dado que ella jamás lo buscaba, bajo ningún concepto, pensó Lilah con el ánimo por los suelos. Estaba a punto de salir cuando volvió a llamarla.

– Lilah, ¿qué es eso? – preguntó.

Lilah se giró. Su mirada fue hacia donde apuntaba el dedo de Christopher y se mordió el labio cuando entendió que su cara se vislumbraba perfectamente.

– Qué romántico – sonrió burlón él, antes que ella pudiese decir algo –. ¿Vas a recordar el día de nuestra boda, cariño? Claro, en un día como éste hay que recordarlo, es más, hay que celebrarlo. Feliz aniversario, mi amor.

Lilah palideció ante la mención de la fecha. Ella sabía que era el aniversario de su boda. Llevaban dos años casados. Christopher no había aparecido en todo el día, puesto que era un día entre semana y, salvo los fines de semana, vivía en un apartamento bastante alejado de la casa, más cercano a la universidad.

– Feliz aniversario – dijo ella despacio.

Él rió entre dientes.

– ¿Recuerdas cómo celebramos el año pasado nuestro aniversario?

Lilah frunció el entrecejo y, luego se ruborizó intensamente. Esa noche, Christopher había ido a la casa y se había metido en su cama sin hacer ruido. La había despertado y acariciado hasta lograr excitarla y, luego le había dado más placer que en cualquiera otra ocasión. Claro que no había mencionado absolutamente nada del aniversario y, a la mañana siguiente se había despertado de mal humor, con un terrible dolor de cabeza y dando portazos allá donde iba. Se había vestido rápidamente y, sin ningún tipo de despedida, había desaparecido con su Farina a una velocidad vertiginosa. Lilah se había pasado el resto de la semana con una sonrisa tonta en la boca, la cual Christopher se había encargado de borrar al comentar que la noche que para ella había sido una de las mejores de su vida, él había estado completamente borracho y que no recordaba prácticamente nada de lo que había hecho.

– ¿Lo recuerdas tú?

Christopher la miró sin emoción.

– Como si fuese ayer – sonrió, con un brillo peligroso en la mirada. Y se dio la vuelta –. Ven aquí.

– Pero dijiste...

Christopher se sentó en la silla giratoria y deslizó la mirada por su cuerpo.

– Acércate.

Lilah se vio avanzando hacia él, hipnotizada por su mirada. Como en la

noche de bodas. Había estado tan nerviosa que se pasó una hora entera en el baño, reuniendo el valor suficiente para salir. Cuando finalmente lo había hecho, se había encontrado sola en el hotel.

– Dijiste que estabas borracho – volvió al presente con el ceño fruncido.

Christopher sonrió perezoso e hizo que se sentara en sus rodillas.

– Dije muchas tonterías ese día.

– Pero entonces...

– Hablas demasiado – masculló entre dientes, alejándola de él – Esta noche tengo una cena con mis compañeros, no me esperes levantada. Cierra la puerta cuando salgas.

Lilah lo miró nerviosa.

– ¿Puedo ir contigo?

Súbitamente, el sonido de sus dedos presionando las teclas del ordenador, cesó.

– ¿Qué?

– Me gustaría acompañarte – dijo en un hilo de voz.

– ¿Por qué? – preguntó con los ojos entrecerrados.

– Bueno – forzó una sonrisa –, soy tu esposa. Me gustaría conocer a tus amigos.

– Compañeros – la corrigió él con cinismo –. En realidad tengo muy pocos amigos.

Él volvió a mirarla y frunció el entrecejo. Lilah sabía que su ropa lo espantaba. Acostumbrado a salir con mujeres que van a la última moda, era extraño – y vergonzoso – que su esposa fuera vestida como una mujer de cincuenta años. En realidad, no es que no tuviese ropa bonita. Rachel, su suegra, se había encargado de llenarle los armarios cada temporada con las últimas prendas de las más exclusivas tiendas de Nueva York. Pero prefería vestir cómoda para estar por la casa, y como nunca salía a no ser que fuese el mercado...

– No te preocupes, tu madre se ha encargado de enviar vestidos y trajes a la moda.

Vio necesario decirlo, pues estaba segura que de lo contrario, él hubiera inventado una excusa para no llevarla.

– Salgo dentro de media hora – anunció, volviendo a su trabajo –. Si para entonces no estás metida en el coche y con el cinturón puesto, olvídate de venir.

Lilah sonrió y salió agitadamente hacia la habitación que ocupaba cuando

Christopher estaba en su apartamento. Él no lo sabía, pero sólo ocupaba la habitación de matrimonio cuando él iba. Los días restantes, dormía en la cama de matrimonio de la habitación de invitados, pues disfrutaba enormemente despertar con tanta luz como entraba por los ventanales de cristal de aquella habitación, tan diferente a la oscura y fría habitación de su marido, en la que además tenían dos camas pegadas.

Realmente, pensó ella, la única vez que había dormido una noche entera en la misma cama con él, había sido la noche de bodas.

Recordó la noche de bodas mientras buscaba rápidamente entre los trajes del armario el último vestido que le había enviado Rachel. Christopher había llegado media hora después de que saliera del baño. La vio tumbada en la cama, sollozando. Él ni siquiera le había preguntado qué le pasaba, se había limitado a arrojar la chaqueta al sillón más cercano y se acercó a la cama. Le limpió las lágrimas cuidadosamente. El gesto, sin duda alguna, fue el más tierno que Lilah había presenciado de su parte, lo que le había provocado tanto hormigueo en el vientre, como deseos de arrojarle a sus brazos. Pero el miedo a lo desconocido la aterrorizó y fue él quien tuvo que proseguir con las técnicas de seducción.

Había hecho que se levantara de la cama para deshacerle ágilmente el peinado y, luego le había quitado la ropa con extrema lentitud, sin dar ningún signo de excitación, aunque era difícil confirmarlo, pues estaba de espaldas y, no había podido verle la cara.

Christopher, por su parte, ajeno al debate interno que sentía entre las ganas de darse la vuelta y el miedo paralizante, había seguido desatando los ligeros que Rachel había insistido en que llevara. Entonces, y sólo entonces, había deslizado los labios a lo largo de su cuello, provocándole un gemido, había entrelazado las manos sobre su vientre y empujado su cuerpo contra sus caderas. Le había dado la vuelta, para quedar frente a frente y la había besado. Ése había sido el primer beso que habían compartido. Excitante, mojado, con un ligero toque dulce. Christopher respiraba con dificultad mientras ella se tumbaba en la cama y, él se desabrochaba la camisa. Muchos minutos después, y tras una marea de sensaciones excitantes, Christopher la había penetrado suavemente, dándole tiempo para adaptarse a la nueva sensación. Ella había temido que él no supiera que era virgen y fuese brusco con ella, pero al final, ella supuso que lo había intuido.

Claro que no toda la noche fue así. Una vez satisfechos, con Lilah descansado sobre su pecho y repleta de felicidad, Christopher había fastidiado



su alegría con uno de sus comentarios sarcásticos.

– Serás la primera mujer desde la Edad Media que llega virgen a la noche de bodas – había dicho con una risilla maligna y, la había apartado de sí y dado la espalda, literalmente.

Lo suyo no había sido cuestión religiosa ni puritana. Lilah nunca había tenido tiempo para los chicos en su vida. Además, nunca había sido una niña extrovertida, ni pícara, ni hermosa. Siempre había pasado desapercibida.

Ya elegido el vestido que se pondría para la cena, corrió hacia la habitación de Christopher para coger su ropa interior y darse una ducha. El vestido en sí, era digno de admirar. Era levemente entallado, aunque no exageradamente. Negro, sin más adornos que dos delgados lazos de encaje plateado situado justo por debajo del pecho y, otros dos que servían como tirantes. El vestido terminaba en forma de “v” por encima del trasero, dejando así la espalda al descubierto. Eligió unos zapatos plateados de tacón alto.

Se duchó en tiempo récord, pensando en el maquillaje que se aplicaría en la cara, cuando, al salir de la ducha, se encontró con un Christopher completamente vestido. No se había considerado puritana, pero sí tímida, por lo que rápidamente cubrió su cuerpo con una toalla y lo miró interrogante.

– Aún no ha pasado media hora – replicó.

Él asintió.

– Te quedan quince minutos.

Lilah hizo todo lo posible por no prestarle atención, pero era una tarea bastante complicada teniendo en cuenta que no le quitaba el ojo de encima. En un momento dado, lo pilló mirándola sin esa habitual frialdad, con algo completamente distinto, casi ternura.

Terminó de maquillarse y llegó la hora de deshacerse de la bata y vestirse. Miró indecisa el imponente cuerpo de Christopher que la observaba desde una de los sillones.

– Cinco minutos – anunció.

Ella suspiró, sabiendo que no tenía intención de marcharse, como bien le confirmó segundos después, cuando levantó la ceja, con la burla bailándole en los sus ojos verdes.

Un vuelco le dio el estómago cuando comprendió que debía quedarse desnuda ante sus ojos escrutadores. Ahora que lo pensaba, nunca se había desnudado para él.

Se acercó a la cama, donde la luz de la lámpara no llegaba y dejó caer la bata al suelo. Consiguió ponerse las braguitas de seda sin mayor dificultad,

pero en cuanto al sujetador...

– Déjame.

Lilah dio un respingo cuando lo escuchó tan cerca de ella.

Christopher apartó sus manos temblorosas para abrochar en sujetador con facilidad. Ella estuvo a punto de gemir cuando sintió las expertas manos cubrir sus pechos a través del sujetador.

– No sabía que tenías ropa interior tan sexy – le susurró al oído.

El corazón le saltó en el pecho.

– Es parte de la ropa que me envía tu madre – tartamudeó después de aclararse la garganta.

– ¿Esto te lo envía mi madre? – rió roncamente Christopher deslizando un dedo por el borde de la diminuta prenda.

Ella asintió.

Christopher se apartó de ella entonces, volviendo al sillón.

– Tres minutos.

Lilah lo miró atónita.

– No me va a dar tiempo...

– Dos minutos y cincuenta y siete segundos... – continuó él.

Estaba claro que no quería llevarla. Lilah dejó caer los hombros y se dio la vuelta buscando su vestido. Era inútil los esfuerzos por complacerlo. Estaba segura que ni siquiera sus compañeros sabían que tenía esposa.

– Lilah, hablo en serio. Si no te das prisa, llegaremos tarde.

Ella asintió, pero no hizo nada por apresurarse.

Christopher gruñó y salió del cuarto.

Se puso el vestido lentamente, con exagerado cuidado, protegiendo el recogido que se había hecho tan esmeradamente.

Fue hasta el baño y dejó sus gafas cuidadosamente sobre su funda. No usaba normalmente las lentillas, pero esa vez se las puso.

Un pitido le llegó desde la cochera.

Anudó la hebilla del zapato a su tobillo, repitiendo la acción en la otra pierna y salió disparada hacia el pasillo.

Christopher la esperaba sentado delante del volante de su preciado Farina, al cual, sin duda, quería más que a ella. La miró con cara de pocos amigos y puso en marcha el coche.

– Ponte el cinturón.

Ella le obedeció con una sonrisa en los labios.

– Antes de que conozcas a nadie quiero decirte que... – parecía incómodo

– bueno, no he tenido la ocasión de decirle a mis compañeros que estaba casado.

El silencio cayó sobre ellos, hundiendo la poca alegría que Lilah había conseguido sentir. Ya sabía que algo así podría ocurrir, ¿por qué entonces le dolía tanto? Rachel había dejado claro que podrían decir la verdad siempre y cuando no fuera a nadie que frecuentara sus círculos sociales.

– No es que lo haya ocultado, simplemente nadie ha preguntado – masculló, sin dejar de mirar la carretera.

Su respuesta olía a falsedad. Por supuesto que nadie le había preguntado nada. ¿Cómo iban a presentir que estaba casado si prácticamente llevaba una vida normal de soltero? No llevaba ningún anillo que pudiese estorbar a la hora de conquistar, vivía solo y, nunca hablaba con nadie sobre ella. Parecía querer esconderla, como si de un pequeño y sucio secreto se tratase.

Los ojos le picaron. Era evidente que quería ocultarla porque le avergonzaba confesar que tenía una mujer tan poco atractiva como ella. Acostumbrado a salir con modelos y actrices de metro setenta y pico, casi tan altas como él, que medía más de un metro y ochenta centímetros. Y por otro lado estaba su preciosa Lucia, con quien había mantenido el contacto a pesar del tiempo que llevaba casado.

Lilah no podía culparlo. Él, al igual que ella, era demasiado joven para tal responsabilidad cómo era el matrimonio. Sólo tenía veintidós años, ella veinte... Había sido una locura atarlo a ella sin contemplaciones.

## Capítulo 2

Lilah supo que había sido un error insistir en acompañarlo en el mismo momento en que sus pies tocaron el suelo del restaurante. Las miradas atónitas que todo el mundo le dirigió sólo sirvieron para despertar en ella el deseo inconfesable de salir corriendo y volver a esconderse en su, ahora oscura, habitación de invitados. Allí donde descansan el caballete y los retratos de Christopher que pintaba en su tiempo libre.

Las mujeres la saludaron con frialdad. Y los hombres... no les prestó mucha atención a ellos.

Bueno, había que reconocer que el vestido que le había mandado Rachel había surtido su efecto. En realidad no parecía ella.

Un joven rubio y con ojos saltones se acercó vacilante a ellos.

– Hola, me llamo Rafe – se presentó extendiendo la mano.

Lilah se la apretó, inconsciente a la incomodidad de su marido.

– Christopher – otro chico se unió a ellos. Éste era, sin embargo, un muchacho extremadamente guapo. Rubio y de ojos del color del mar –. No nos habías dicho que salías con alguien.

De nuevo esa extraña y repetitiva sensación de vacío, pensó Lilah sintiendo el corazón como una losa.

– Es que no salgo con nadie – replicó sin más.

– ¿Ah, no? – el chico alzó la ceja interrogante –. ¿Entonces eres algo parecido a esas chicas de compañía? – Estaba claro que bromeaba, pero nadie captó la gracia.

Aquella descarada pregunta hizo que Christopher se tensara.

– Es mi mujer.

Las conversaciones de alrededor, quedaron suspendas en el aire. Parecía que todo el mundo había estado atento al intercambio de palabras entre Christopher y el otro repelente muchacho. Jadeos de sorpresas se extendieron por la multitud. Una chica pelirroja de labios sensuales se acercó a ellos con una sonrisa vacilante.

– ¿Debemos felicitarte? ¿Cómo es que no nos has invitado a la boda? – puso tono de mujer ofendida en su pregunta, y realmente parecía estarlo.

Lilah aguantó la mirada especulativa a la que la mujer la sometió y esbozó una de sus inseguras sonrisas. Instintivamente, agarró la mano de Christopher

entre las suyas. Él notó su nerviosismo y la acercó a su cuerpo.

– Nos casamos hace dos años. – comentó con ligereza, llevándose una copa de champagne a los labios.

La multitud entera pareció reparar entonces en la figura diminuta y asustada de su lado. Lilah no se había sentido más humillada en su vida. Estaba preparada para darse a la fuga cuando el hombre rubio tan altanero le sonrió seductoramente y extendió la mano.

Automáticamente, quiso extenderla, pero la mano autoritaria de Christopher la retuvo a su lado.

– Lilah, te presento a Daniel. Daniel, ella es Lilah.

El hombre intercambió una intensa mirada con Christopher y luego, sin darse por vencido, se acercó a darle un beso en la mejilla.

– Encantado de conocer a la mujer de nuestro Christopher.

Lilah podía sentir la furia saliendo por todos y cada uno de los poros de la piel de su acompañante.

– Dime, Christopher, ¿por qué no nos habías hablado de ella antes? Comprendo que no lo hubieras hecho si fuese fea, gorda o ordinaria pero – le lanzó una mirada ardiente –, no es ése el caso, ¿verdad dulzura?

Lilah hizo una mueca de desprecio que ocultó mirándose los zapatos.

Christopher hizo amago de avanzar hacia Daniel.

– Eh, eh... – Rafe se metió entre ambos en tono conciliador –. Estamos en Navidad, ¿recordáis?

– ¡Claro! – exclamó esbozando una sonrisa de oreja a oreja Daniel –. Paz y amor, y todo eso.

Christopher lo ignoró, dio media vuelta y fue directamente hacia la barra, despreocupadamente. Lilah se quedó allí. Sola, mirándolo avergonzada. Pensó en seguirlo, pues no iba a quedarse allí sola, siendo el centro de atención de todas las personas de la fiesta.

– ¿Quieres bailar? – le preguntó entonces Daniel. Los ojos le brillaban de maldad.

– No, gracias.

– Oh, vaya. Tendré que conformarme con la pelirroja otra vez – y rió cuando la mujer en cuestión le pegó suavemente en el brazo.

Lilah miró por el rabillo del ojo a Christopher que se había pedido un vaso con algún tipo de alcohol y se acercó vacilante a él.

– Si quieres que me vaya... – empezó a decir, pero él la cortó con los ojos impenetrables.

– No empieces a hacerte la víctima. Sabes perfectamente que no lo soporto.

Lo único que ella sabía, era que no soportaba nada que pudiera estar relacionado con ella.

La pelirroja que miraba de vez en cuando hacia ellos, se acercó poco después sonriendo.

– ¿Venís?

– Claro – Christopher le devolvió la sonrisa con expresión perezosa –. Vamos, mi amor.

Por un momento, pensó que le estaba hablando a la pelirroja, hasta que vio su mano extendida en su dirección. Entonces sonrió encantada.

La mujer los condujo al final del espacioso restaurante donde habían preparado una enorme mesa para ellos.

– En realidad, pensamos que ibas a venir solo – comentó con una ligera nota de ironía en la voz –, ya que nunca te hemos visto con ella.

– Tenía entendido que vivías solo, Christopher – se unió entonces Daniel.

– Pues no, como ves, no duermo solo – replicó sin más.

Lilah se sonrojó y le apretó la mano. Él le devolvió el apretón.

Daniel soltó una carcajada.

– ¿Cuántos años tienes, Lilah? – intervino una muchacha rubia con expresión amable una vez que todos se hubieron sentado.

– Veinte.

– Pareces más joven. Debías ser una niña cuando te casaste con él. Oh, discúlpame, soy Anne – se presentó sonriente.

– Encantada – le devolvió la sonrisa.

– Yo soy Kate – dijo la pelirroja con figura de modelo –. Es un placer.

Sus ojos contradecían claramente sus palabras. Seguramente, Kate era una más de la larga lista de mujeres enamoradas de su marido.

De pronto, Christopher insistió en presentarle a todos los presentes en la mesa y, más tarde, él mismo sacó un tema sobre economía con el que habló con una tal Sylvia, con Anne y Rafe. Ella permaneció callada en su asiento, disfrutando de su cercanía. Si bien era cierto que él no hacía el menor intento por incluirla en la conversación, también era cierto que de vez en cuando le agarraba la mano por encima de la mesa o le rodeaba los hombros con un brazo. Obviamente no era tan ilusa como para pensar que lo hacía inconscientemente. A contrario, Christopher solo estaba representado un papel delante de sus invitados, los cuales aún no se creían demasiado que

Christopher tuviera una esposa y menos, como ella.

Daniel y la pelirroja mantenían una conversación que contenía muchas risitas tontas y gesto hacia ellos. Aunque los demás, prácticamente los ignoraban, y Christopher el primero, Lilah no pudo evitar sentirse inferior ante los ojos maliciosos de la pareja.

– ¿Y cómo os conocisteis, Lilah?

De nuevo silencio en toda la mesa.

– Bueno... – la mente te le quedó en blanco.

– Su padre y mi madre están casados.

Anne suspiró.

– Entonces sois una especie de...

– Hermanastros – asintió Christopher.

– Vaya, que romántico. Me imagino que fue amor a primera vista.

Lilah afirmó con la cabeza con una sonrisa cursi en los labios.

Recordó el día aquel tan lejano en que lo había conocido. Christopher había estado nadando en la piscina y ella, por insistencia de su padre, había salido a tomar el sol. Siempre recordaría el momento que había salido de la piscina, siendo aún un chico en plena pubertad, demasiado guapo para su propio bien.

– Hola – le había sonreído avanzando hacia él.

Christopher la había mirado; eso fue lo único que hizo. Luego, había cogido la toalla y entrado en la casa como si nadie le hubiese hablado. Y ese día, Lilah había tomado la decisión de no volver a empezar una conversación con él, promesa que había cumplido hasta ahora.

– En realidad debe ser muy raro enamorarte de tu hermanastro – suspiró la chica –. ¿Y cómo reaccionaron vuestros padres?

– Estuvieron encantados – contestó Christopher con una nota de ironía que solo Lilah captó.

– ¡Qué extraño!

Por suerte, Anne no siguió preguntando nada más y siguió hablando con la muchacha de al lado.

– Buenas noches.

Christopher se levantó enseguida con una sonrisa amistosa.

– Buenas noches, pensé que ya no venías – replicó dándole palmadas en la espalda.

– Les avisé a ellos que iba a llegar tarde. Problemas familiares – suspiró –. ¿Lleváis esperándome mucho tiempo?

Anne alzó los ojos al techo.

– No mucho, yo acabo de llegar – dijo Christopher, volviéndose a sentar.

– Christopher nos ha presentado a su mujer – dijo desde el otro extremo la pelirroja, Kate. Sus ojos brillaban de ironía cada vez que su mirada se topaba con la de Lilah –. ¿Sabías tú que tenía esposa? – añadió cuando estuvo sentado al lado de Anne.

El hombre reparó entonces en Lilah y se le quedó mirando, literalmente con la boca abierta. Lilah se ruborizó cuando le llegó una risilla mal disimulada de Kate.

– ¿Tú qué? – preguntó entonces a Christopher.

Christopher se removi6 en su asiento.

– ¿Cómo te ha ido tu viaje, lo has pasado bien?

– ¿Por qué no mejor te callas y se la presentas? – intervino Anne con los ojos empuqueñecidos.

Christopher la mir6 con malhumor. Lilah temió que fuese a protestarle a la simpática chica, pues bien sabía que no soportaba que nadie le llevase la contraria.

– Louis; Lilah. Lilah, éste es Louis.

– Lilah... – sonrió algo pasmado todavía –. Perdón – murmuró pasados unos segundos –. Es que no tenía ni idea de que... ¡Christopher!

Él levantó las manos.

– Nadie me preguntó nada – protestó seriamente.

Lilah fijó la mirada

– Ya, claro – refunfuñó Louis –. Tal vez sea porque no es muy común que alguien de veintidós años esté casado.

– Es cierto – intervino Kate. Lilah gimió –, ¿te casaste embarazada, Lilah?

– No, no... – susurró ella en voz baja –. Christopher y yo no tenemos hijos.

– Vaya, qué voz tan bonita tienes.

Fue Rafe quién había comentado eso y, le sonreía como un bobo. Christopher frunció el entrecejo y le pasó un brazo por los hombros.

– ¿Intentas ligarte a mi mujer? – bromeó.

Todos rieron, menos él. Lilah se tensó a su lado mientras Rafe se ruborizaba.

– ¿Por qué no pedimos ya la cena?

Dicha cena terminó cerca de las dos de la madrugada entre copa y copa. Christopher, al que había estado observando por el rabillo del ojo, había bebido más de la cuenta. Ahora se le veía más relajado, sonreía y la tocaba



continuamente. Lilah había estado absorta en las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor cuando por fin Christopher anunció que se iban.

De vuelta a casa, fueron en silencio. Christopher se encerró en la biblioteca en cuanto llegaron.

Lilah sonrió tristemente, pensando que todo había vuelto a la normalidad. Subió a su habitación y se paró delante del espejo. Allí vio una mujer que no le hacía justicia al elegante vestido que llevaba. ¿Por qué la ropa no le sentaba tan bien como a Rachel o a Lucia? Sintió deseos de llorar. Christopher no se había fijado en ella más de cinco minutos seguidos. Ni todo el maquillaje, ni el peinado y mucho menos el vestido había servido para que Christopher le prestara atención.

Se quitó la ropa y la dejó con cuidado sobre el sillón. Acababa de ponerse su ancho pijama cuando Christopher apareció en el umbral de la puerta.

– ¿Lilah?

– ¿Si?

– ¿Qué haces?

– Me iba a acostar – susurró sonrojándose.

– ¿Aquí?

Lilah miró a su alrededor.

– Oh...

No se había dado cuenta. Estaba tan sumergida en sus pensamientos que había ido directamente al cuarto que ocupaba cuando Christopher no estaba. Pero, ¿y qué más daba? Lo único que compartía con su marido por las noches y, por lo que se trasladaba a la otra habitación los fines de semana, era el sexo. Y había llegado a un punto que ya no soportaba sólo eso. Lo amaba, no sólo deseaba ser una más a la que poder seducir y, luego olvidara el resto de la semana.

– Verás, yo...

– Vamos a la habitación, estoy cansado.

Lilah sintió algo parecido a una losa aplastándole el vientre.

– Si, ha sido un día muy largo y es tarde – expuso con frialdad –. Deberías tratar de descansar.

Él la miró atónito.

– Es nuestro aniversario, creí que estabas deseando que llegara la noche – replicó con una sonrisa pícaro.

– ¿Hay alguna diferencia entre hoy y cualquier otro día? – bajó la mirada, incapaz de sostenérsela.

– En realidad no. ¿Podemos irnos ya?

Lilah lo miró sin parpadear.

– Me gustaría dormir aquí. De hecho llevo haciéndolo dos años.

– ¿Cómo?

– Cada vez que te marchas, duermo aquí.

Christopher hizo una mueca de desprecio.

– ¿Por qué?

– Me gusta este cuarto. Es femenino, luminoso, espacioso.

– ¿Qué diablos te pasa hoy? Primero con la maldita cena y luego con las habitaciones – explotó él abriendo los brazos con expresión iracunda –. Estás insoportable.

A Lilah se le llenaron los ojos de lágrimas.

– Lo siento. Sólo intento explicarte que...

– ¿Es por Kate? – la interrumpió, mirándola cauteloso –. Porque si es por ella, te advierto que odio que las mujeres me atosiguen. Y, precisamente, con ésta no he tenido nunca nada. Por eso no estoy dispuesto de presenciar una escena de celos.

– No son celos.

– ¿Ah, no? – soltó una corta carcajada –. Claro que no. ¿Cómo iba a tener la reina de las frías celos?

¿Fría? La palabra caló a Lilah profundamente.

– ¿Por qué dices eso?

– ¿Es mentira? Dios, ni siquiera te dejas llevar a la hora de hacer el amor. Estás rígida en mis brazos, como si estuvieras haciendo un sacrificio. Sólo sé que te gusta cuando empiezas a gemir y gritas. Pero siempre vuelves a recobrar esa actitud que me saca de mis casillas. No me tocas, ni me buscas. Siempre tengo que ser yo el que... – sacudió la cabeza. Los ojos le brillaban peligrosamente –. No entiendo cómo no me he buscado una amante ya.

Las últimas palabras la sacaron de la nube tormentosa en la que estaba y la paralizaron.

– No. Contigo me bastaba – dijo Christopher dejándose caer sobre la cama. Lilah empezaba a sospechar que el alcohol había aflojado su lengua y, que a la mañana siguiente se arrepentiría –. Me gusta hacerte el amor, vete tú a saber por qué. Aunque estoy seguro que si me buscara a otra... – su voz comenzó a desvanecerse –. Pero siempre es más fácil lo que se tiene a mano.

Lilah lo miró durante bastante tiempo, después de haberse dormido. Todavía le costaba asimilar las palabras de Christopher. Éste te removió

inquieto en sueños, dándose torpes manotadas en la corbata. Adivinando sus intenciones, ella se acercó a la cama y se la quitó. Pronto la siguió la camisa arrugada y los pantalones. Así dormido, no tenía la más mínima posibilidad de intimidarla. Más bien, le inspiraba ternura. Tenía una expresión tan inocente, tan angelical que parecía un niño pequeño. Y en cierto modo, lo era. Sólo era un adolescente en plena fase de convertirse en un hombre. Si se hubieran conocido en otras circunstancias...

Lilah torció el gesto, burlándose de sí misma. Si se hubieran conocido en otras circunstancias, Christopher no le había prestado más atención a ella que a una hormiga. ¿Tendría, entonces, que mostrarse agradecida con su padre por haber maquinado tan macabro plan haciéndolos marido y mujer? No, definitivamente no. No podía dar gracias a algo que hacía tan infeliz a Christopher.

Se metió en la cama cuidadosamente. Se puso de lado y consiguió tapanlo lo máximo posible dado su gran complexión. Suspiró admirando sus magníficas facciones. Físicamente, no podía encontrarle ninguna falta. Desde su ancha espalda, pasando por su duro abdomen, las estrechas caderas, hasta las piernas musculosas. Era normal que estuviera tan bien formado, si se pasaba horas metido en el gimnasio, en la piscina climatizada, iba a correr todas las mañanas antes de irse a la Universidad.

Estaban empezando a cerrársele los ojos cuando un pensamiento inundó su mente y su corazón haciéndolo saltar de alegría. Era la primera vez que Christopher había confesado que le gustaba hacerle el amor. No lo veía como una obligación, o como algo desagradable, no. Le gustaba realmente.

## Capítulo 3

El dolor de cabeza lo despertó. Eso y la delicada fricción que estaba sufriendo cierta parte de su anatomía con un trasero que no dejaba de agitarse, como si buscara algo. Christopher masculló algo en sueños, arrimando hacia sí un cuerpo femenino y apoyando la cabeza sobre su hombro. Olía tan bien que acercó su cabeza un poco más. Pasó sus manos delicadamente arriba y abajo, deteniéndose a explorar con delicadeza el contorno de unos senos pequeños pero firmes. El cuerpo se removió aún más inquieto, susurrando su nombre.

Entonces se despertó. La voz era la de su mujer, el cuerpo que lo había excitado a sobremanera era el de Lilah. Salió de la cama bruscamente y se encontró dolorosamente excitado.

*Patético.*

Gruñó y luego se dio cuenta donde estaba. Aquella no era su habitación.

Las imágenes de la noche anterior intervinieron entonces en su confusión, despejándole completamente. Lilah le había dicho que dormía en ese cuarto cuando él iba a la universidad. Después recordaba haberle comentado a Lilah algo sobre Kate y los celos. Todo estaba borroso, menos los ojos de Lilah cuando le hubo terminado de decir todo aquello.

Christopher se pasó una mano temblorosa por la frente, sintiéndose de repente extrañamente enfermo. Se había emborrachado, recordó demasiado tarde, justo cuando corría al baño.

– ¿Christopher?

– Lárgate – gruñó, arrodillado en el retrete y eso le produjo otra arcada.

– ¿Estás bien?

*No, no, no, pensaba él aterrorizado, que no entre.*

Pero entró.

– Oh, estás enfermo – se arrodilló a su lado y le sujetó la frente.

– No es nada. Vete – volvió a gruñir y de nuevo se repitió la escena.

– No puedo dejarte así.

La presión de su mano sobre la frente le hizo sentir extrañamente mejor y, pronto la fatiga remitió. Pero la vergüenza hizo que se girara hacia la causante de su rápida mejoría y pagara con ella.

– ¿Por qué nunca haces lo que se te dice? – le gritó saliendo del cuarto de

baño.

Rojo de la ira se tumbó en la cama y enterró la cabeza en la almohada.

– Voy a traerte alguna cosa que ayude...

– No necesito ni tus cosas, ni tus cuidados. No te necesito. Máchate de una vez.

Resignadamente, ella lo obedeció.

A Christopher, la cabeza le daba vueltas. Parecía que cada pocos segundos un martillo le golpease en las sienes y eso empeoró su humor. Tampoco ayudó que a la media hora, alguien llamase a la puerta. El sonido pareció multiplicar la fuerza de los martillos.

– Pasen – susurró pensando que sería alguna criada –. Si vas a ordenar el cuarto, ven más tarde.

– Soy yo.

Christopher abrió los ojos de inmediato.

– Joder – gruñó poniéndose bocabajo.

– Sólo vengo para traerte esto. Luego me iré y no me tendrás que ver más en todo el fin de semana si quieres.

Habló cortésmente, sin una mínima muestra de preocupación perceptible en su tono o en su mirada. Pero el hecho de haber ido a pesar de él, ya demostraba su intranquilidad. Christopher espió a través de una rendija del ojo derecho como Lilah dejaba una bandeja sobre la mesita de noche y le explicaba con extrema delicadeza:

– Te he traído un café muy cargado, unas tostadas y un analgésico con un vaso de agua. Tómatelo si te duele mucho, de hecho, viendo lo pálido que estás... – se mordió el labio inferior –. No tendrás fiebre, ¿verdad?

Christopher se estremeció.

– Lo que tengo es unas inmensas ganas de vomitar.

Lilah se apartó de su lado justo cuando él se levantaba apresuradamente y volvía al baño. Lilah prefirió no entrar a juzgar cómo se había puesto la última vez.

– Lilah... – gimió Christopher inesperadamente.

Ella no tardó ni un segundo en estar a su lado, sujetándole la frente hasta que las arcadas remitieron. Lo ayudó a incorporarse y le tendió un vaso de agua para que se enjuagara de boca. Las manos le temblaban casi tanto como las de él.

– ¿Por qué estas temblando?

Lilah lo interrumpió antes que pudiese sacar conclusiones precipitadas.

– Nunca te habías puesto enfermo. Me siento una inútil – murmuró bajando la mirada –. Será mejor que te tomes esa pastilla y el café. Siento decírtelo, pero hoy vas a tener que prescindir de todo aquello que no sea la cama.

– ¿Y tú me vas a hacer compañía?

Lilah se ruborizó.

– No creo que sea buena idea. Por supuesto estaré en el sillón por si se te ofrece algo – argumentó con la garganta seca –. Ven, tumbate. Toma, bebe esto – le ofreció el café –. Tendrás que darle unos bocados a la tostada para poder tomarte la pastilla.

Christopher lo hizo a duras penas y, se bebió de un tirón la pastilla efervescente. Lilah lo vio poner cara de asco y le pasó rápidamente el café.

– Ya está. Ahora puedes tumbarte y relajarte.

– No sé cómo. Parece que tengo me están rompiendo la cabeza a hachazos.

– ¿Te gustaría que te pusiera gasas de agua fría en la frente? – se sonrojó cuando Christopher la miró atónito – Mi madre me lo hacía cuando tenía jaqueca y hace efecto.

Christopher se encogió de hombros y cerró los ojos.

– Me molesta la luz.

Lilah corrió a apagarla antes de meterse en el cuarto de baño y mojar una gasa. Christopher casi suspira de alivio al sentir el frío sobre la cabeza. No logró reprimir una sonrisa y, eso le dijo a Lilah que le estaba aliviando. No tardó en dormirse y Lilah salió media hora después que el sueño lo venciera para organizar las tareas de la casa. Subía cada media hora a verlo y, en una de esas ocasiones, su teléfono móvil empezó a sonar. Como no quería despertarlo, salió de la habitación y lo atendió ella misma.

– ¿Si?

– ¿Quién es?

– Soy Lilah.

– ¿Lilah? - una pausa - Oh, Lilah. Disculpa – era Louis –. Es que no recordaba que tú... Es igual, ¿está Christopher por ahí?

– Ahora mismo no puede atenderte, está en la cama.

– ¿A estas horas?

– Ha pasado una mala noche – mintió ella –. Y se ha despertado indispuerto.

– ¿No tendrá algo que ver las copas que se tomó anoche?

– No lo sé – mintió de nuevo –. ¿Quieres que le diga que te llame cuando despierte?

– Oh, no. Sólo era para invitarlo a una barbacoa el domingo. Estaremos todos los de ayer. Mas o menos – titubeó.

– Se lo diré en cuanto se despierte. Adiós, Louis.

Lilah colgó cuando escuchó al otro despedirse y la puerta se abrió tras ella, sobresaltándola. Christopher estaba tras ella con el pelo revuelto y en bóxers.

– ¿Con quién hablabas?

– Con Louis.

– ¿Qué quería?

– Invitarte a una barbacoa el domingo. Pero le dije que te encontrabas mal y...

– ¿Le has dicho que no iba a ir en mi nombre? – preguntó enojado.

– No – sacudió la cabeza –. Simplemente le dije que estabas indispuesto, que te avisaría.

Él le puso mala cara y volvió a meterse al cuarto. Ella lo siguió.

– ¿Estás mejor?

Christopher la fulminó con la mirada.

– Parece que sí – susurró para sí misma.

– ¿Has dicho algo?

– Te he preguntado si estás mejor.

– Si. Perfectamente. De hecho voy a salir.

– Pero sólo te encuentras bien porque estás bajo el efecto de la pastilla. En vez de salir, deberías quedarte y descansar antes de que vuelva a venirme el dolor de cabeza.

Christopher la ignoró y salió al pasillo, sin pudor alguno. Poco después, escuchó la puerta de la habitación que compartían cerrándose.

Cerca de las doce de la noche, Christopher regresó. Lilah no paraba de dar vueltas por la casa cuando la puerta al fin se abrió.

– ¿Qué haces aún levantada?

– Te esperaba – de repente, se sintió terriblemente tímida –. ¿Cómo estás?

– Perfectamente.

Lilah alzó una ceja. ¿Sería consciente de la cara de dolor que ponía cuando lo decía?

– Entonces me voy al cuarto – decidió ella, sabiendo que su presencia lo incomodaba.

– ¿A cuál de ellos? – murmuró Christopher irónicamente tan bajo que ella

prefirió hacer cómo que no lo había oído.

Él la seguía a cierta, con las manos puestas a ambos lados de la cabeza.

– Creo que deberías irte al otro.

Ella lo ignoró y entró al cuarto que ambos compartían. Cogió un pijama nuevo y se metió con él en el baño mientras Christopher intentaba deshacerse de la chaqueta sin mucho éxito. Tales movimientos, hicieron que se le revolviere el estómago y no pudo esperar a que Lilah saliera. Ella se sorprendió al verlo entrar tan precipitadamente, pero enseguida lo ayudó.

– ¿Te duele mucho la cabeza? – preguntó nuevamente, con la esperanza de que esta vez le dijese la verdad.

– Muchísimo – confesó en un hilo de voz.

Lilah se dio cuenta de las ojeras que enmarcaban sus ojos y lo débil que se encontraba.

– ¿Es la primera vez que vomitas desde esta mañana?

– No, la tercera.

Ella apretó los dientes. No debería ser tan orgulloso.

– ¿Por qué has vuelto a esta hora?

Christopher gruñó y se dio media vuelta para volver al cuarto.

– Apóyate en mí – dijo ella, pasando el brazo de su marido por sus hombros.

– No necesito...

Pero en cuanto su mano tocó la piel desnuda, bajó la vista hasta sus pechos, apenas cubiertos por el sujetador. Él gimió y se dejó arrastrar por ella hasta la cama. Se dejó caer, llevándosela a ella detrás. Él rió entre dientes y ella sacudió la cabeza.

– Perdón, ¿te he hecho daño?

Christopher la ignoró y la dejó ponerse en pie.

– ¿Has comido?

– Sí. Pero creo que lo he echado todo.

– ¿Tienes hambre?

– No, por Dios. Sólo me muero por dormirme, pero el dolor...

– ¿Te alivió el frío esta mañana?

– ¿Esa toalla que me pusiste en la cabeza? – preguntó.

– Sí.

– Un poco – admitió, sin querer darle mayor importancia.

– ¿Quieres que te la vuelva a poner?

– Sí con eso vas a callarte – refunfuñó.



Lilah suspiró y fue a preparar la gasa. Cuando volvió, él estaba de pie con el teléfono en la mano.

– No, mamá... Sí, estoy bien. ¿Quieres dejar de decir tonterías? Pues claro que lo sé. ¿Lilah? ¿Qué? Oye, estás paranoica, adiós – hizo una breve pausa – ¿Qué? No lo sé, tendré que consultarlo con ella, ¿no crees? Es mi esposa – le recordó con tremenda frialdad –, y no la que yo elegí precisamente. No, mamá, por favor – masculló como si fuera una palabrota –. No llores. Si, lo comprendo.

Lilah se quedó allí parada hasta que Christopher terminó de hablar. Al verla, se paralizó unos instantes. Luego la volvió a ignorar.

– ¿Era tu madre? – se obligó a decir, ansiosa porque él le explicara qué quería.

– ¿Para qué pregunta si ya lo sabes?

Lilah calló. Se acercó a su lado de la cama y se metió entre las sábanas. Ya se había puesto el pijama completo cuando le presionó la toallita fría contra la frente.

– Quiere que pasemos la navidad con ellos.

Lilah vaciló unos instantes.

– Eso no es nada nuevo. Siempre pasamos la navidad con ellos.

– ¿Tú quieres ir?

Ella se encogió de hombros.

– Mejor pasarla allí que aquí solos, ¿no? Así tendrás a alguien querido al que abrazar en año nuevo.

– ¿Eso es una indirecta? – la miró fijamente, inescrutable.

– No.

Él asintió, poco conforme.

– Mañana tendremos los billetes del avión.

– ¿Mañana? Pero aún no he preparado las maletas.

– Mañana es noche buena – le recordó exhalando el aire.

– Oh. Lo había olvidado. ¿Y a qué hora sale nuestro avión?

– A las diez y media. Supongo que nos quedaremos hasta que vuelvan a empezar las clases en la universidad.

La universidad. A Lilah le hubiera gustado ir a la universidad. Cuando su madre aún vivía, ella le había jurado y perjurado que acabaría siendo profesora. A decir verdad, nunca, en toda su trayectoria académica, había habido una nota negativa en sus boletines. Siempre había sido una destacada estudiante. Pero cuando le dijo a su padre que quería estudiar, él se negó a

pagarle los estudios. Lo único que obtuvo de su parte, fue las clases de pintura.

– Si tu padre te hubiera dejado, ¿qué habrías estudiado?

Lilah abrió mucho los ojos.

– ¿Qué?

Era como si de repente, pudiera leerle los pensamientos.

– Escuché una conversación entre tu padre y tú, mucho antes de casarnos. Querías ir a la universidad.

– Bueno, sí pero – forzó una risilla –, eso fue antes de casarnos.

– ¿Qué habrías estudiado?

– Magisterio – respondió automáticamente. Y sonrió –. Adoro los niños.

Él se tensó al instante.

Lilah recordó demasiado tarde la conversación que mantuvo con él el día después de la boda.

– Se me ha olvidado usar el preservativo – le había dicho incómodo –. Mira, no quiero niños. Si estás embarazada, no tendremos más remedio que aguantarnos, pero a partir de hoy vas a tomarte las pastillas anticonceptivas para no volver a correr riesgos – añadió con increíble indiferencia.

A Lilah le había parecido bien, porque tampoco quería tener hijos con la edad que tenía, y mucho menos dentro de ese tipo de matrimonio. Así que a partir de ese día y hasta la fecha tomaba las pastillas. Pero eso no impedía que, a veces se imaginara teniendo un hijo de Christopher. Soñaba despierta a todas horas, eso nadie podía impedirselo. Ni siquiera él.

– Se está calentando, ¿puedes cambiarlo? – la voz de Christopher la sacó de sus pensamientos y se refería al paño frío.

Lilah hizo lo que le pedía hasta bien entrada la madrugada, cuando ambos terminaron durmiéndose.

## Capítulo 4

– ¡Christopher!

Rachel acudió a su lado en cuanto lo divisaron en el aeropuerto. Ella y Andrew habían ido a recogerlos. La mujer rodeó a su hijo, abrazándolo fuertemente. Christopher parecía incómodo ante tal muestra de afecto delante de tanta gente. Nunca se le había dado bien mostrar sus sentimientos y no le gustaba que los demás los mostrasen.

Andrew, por su parte, esperó hasta que su mujer quitara las manos de encima de Christopher para poder abrazarlo él. El joven hizo nuevamente un esfuerzo por corresponderle.

Lilah esperó, diciéndose a sí misma que no tenía por qué sentirse rechazada. Su padre, en cualquier momento repararía en su presencia.

– Lilah – la saludó con indiferencia su madrastra.

– Hola.

– ¿Cómo te va la Universidad, hijo? – era su padre quién se dirigía a Christopher.

– Bien – repuso, soltando las maletas.

Ahora era Christopher el que los trataba con frialdad. Lilah esperó pacientemente. Andrew se dirigió al chófer, pidiéndole que recogiera sus maletas.

– Bueno, me han dicho que no vas sólo bien. Un nueve de media, es una nota bastante buena – siguió alabándolo.

– Si, bueno, los estudios son mi mayor prioridad ahora.

Rachel pareció satisfecha con la respuesta.

Lilah fijó su mirada en los pies, sintiéndose un cero a la izquierda. Christopher era muy querido. Inexplicablemente, tenía esa cualidad que hacía que la gente se arrimara a él como una polilla a la luz.

– Ah, Lilah. Hola a ti también.

Lilah alzó los ojos con una sonrisa en la boca. Pero rápidamente volvió su expresión seria, al ver que Andrew ni siquiera la había mirado al pronunciar esas palabras. Ni un beso, ni un abrazo, ni una sonrisa.

– Estás un poco pálido – le dijo Rachel a Christopher, rodeando sus hombros con dificultad, pues él la superaba en altura.

Vistos desde atrás, parecían una familia. La familia que podrían haber sido

si nadie se hubiera enterado de la existencia de ella. Por mucho que Christopher tratara de ocultarlo, su presencia en la casa le había incomodado tanto que había terminado por irse a dormir a casa de amigos más que a su propia casa.

– Si, yo también lo pienso – intervino el padrastro.

– Lilah, ¿vienes?

Christopher le tendía la mano, ignorando por completo las caras atónitas de sus padres. Lilah supo que en su propia cara estaría dibujada la sorpresa y el placer que le producían tales palabras. No estaba acostumbrada a que alguien la tuviera en cuenta y, que la persona que lo hiciera fuera precisamente Christopher, hizo que en su estómago explotasen millones de burbujitas.

Su padre tosió discretamente, disimulando tan mal la estupefacción como Rachel el desagrado que sentía. ¡Y pensar que había sido ella la que le había dado consejos sobre cómo tratar a Christopher!

Salió de su estupor y deslizó su mano entre las de Christopher suavemente. Éste aprovechó la oportunidad para acércate a él, deshaciéndose sin miramientos del abrazo de sus padres.

– Tu abuelo cree que va siendo hora de que pases unos días en la empresa para que veas cómo funciona todo – comentó Rachel una vez dentro la limusina.

Lilah trataba de prestarle atención, pero los dedos de Christopher acariciándole el muslo con una confianza envidiable, le envió corrientes eléctricas a lo largo y ancho del cuerpo. No era para menos, llevaban sin hacer el amor casi tres semanas. Entre el estrés de los exámenes y la repentina borrachera que él se había cogido, inconscientemente habían optado por dejar el sexo de lado. Aunque eso no era ningún consuelo para ella. Para los exámenes aún quedaba mucho, pero Christopher era tan perfeccionista que quería llevarlo todo al día y se agobiaba ante el más mínimo detalle que quedaba fuera de su comprensión. Si él supiera cuántas horas había echado para ordenar la biblioteca, no la regañaría por mover sus cosas de sitio.

– ¿Te gustaría venir conmigo? ... Lilah...

Ella miró maravillada a su marido.

– ¿Perdón?

– Si querías acompañarme a ver la empresa – dejó entrever un poco de impaciencia en la voz.

– No creo que sea buena idea – lo contradijo su madre con una sonrisa de autosuficiencia.

– ¿Y eso por qué?

Rachel, que no esperaba otra réplica, lo miró como si se hubiera vuelto loco.

– Creo que es bastante obvia la razón – miró de arriba abajo la sencilla vestimenta de Lilah.

Christopher le lanzó una mirada helada y recostó la cabeza de Lilah sobre su hombro.

– Si quiere venir, lo hará.

Rachel agitó las manos en el aire.

– Christopher...

– Mama, dejémoslo así, ¿de acuerdo?

– Pero...

– No importa – se atrevió a interrumpir Lilah –. No me llama especialmente la atención la empresa.

Christopher alabó interiormente la entereza con la que resolvía los conflictos. Tenía tantas cualidades como defectos. Tan contradictoria como la noche y el día. A pesar de que sabía que no podía confiar en ella, estaba cansado de verla agachar la cabeza frente a los insultos o las ordenes tanto de su madre como de Andrew. Siempre había tenido la certeza que ella había sido únicamente una pieza que Andrew había introducido en un juego tremendamente peligroso en el que el premio era la empresa y, con ello, él mismo.

– Parece que habéis conseguido estabilidad en vuestro matrimonio – intervino Andrew, dirigiéndole una mirada significativa a su hija.

Christopher se negó a comentar nada y retiró la mano que acariciaba el muslo de Lilah.

Rachel no cabía en sí del gozo y mantuvo el resto del viaje a Christopher ocupado con tontas preguntas, haciendo que dejara completamente olvidada la insignificante figura de Lilah a su lado.

Llegaron a la mansión poco tiempo después. El abuelo de Christopher estaba de pie en el salón y se giró con una ancha sonrisa al ver aparecer a su nieto. Lilah salió discretamente entonces, dirigiéndose allí donde sabía que sí era bien recibida.

– Hijo mío – Sean lo abrazó, dándole ligeras palmadas en la espalda –. Hace tanto que no vienes por aquí.

– Estuve aquí en verano, abuelo – replicó él con una sonrisa forzada.

– Ven más a menudo. Quiero creer que este año de universidad, el último

lo llevas igual o mejor que cualquier otro.

– Por supuesto – dijo orgullosamente.

– ¿Y la niña?

Christopher alzó una ceja perezoso. Se refería a Lilah. Su abuelo nunca había dejado de verla como eso, una niña. Con la que sin embargo, no le había importado casarlo a pesar de sus protestas.

Christopher se giró al mismo tiempo que todos, buscándola. Frunció el entrecejo cuando no hubo ni rastro de ella en todo el salón y supuso que habría subido a su habitación.

– ¡Qué maleducada! – comentó Sean –. No venir a saludarme.

– Tienes razón, papá.

Rachel miraba con evidente alegría a su hijo y de él pasaba a su padre.

– Puedo ir a buscarla – ofreció Andrew con nerviosismo.

– Déjala. Ya veré al saco de huesos esta noche.- Te compadezco hijo. Si hubiese sido por mí, te habría elegido a esa chica, a la tal Lucia Leonetti. Se nota que esa si es una verdadera hembra para mi campeón. Bueno, supongo que te habrás buscado una amante, ¿verdad hijo? No es bueno que te sacrifiques tanto por nosotros.

Christopher había estado a punto de callarlo, presa de un repentino instinto protector cuando todos se sobresaltaron al oír el estrepitoso ruido de un cristal haciéndose añicos y sus trozos esparciéndose por el acendrado suelo.

Él fue el primero en girarse, su inconsciente sabía de quién se trataba incluso antes de verla parada en el filo de las escaleras, a punto de entrar al salón.

– ¡Mira lo que has hecho! – le gritó Rachel con acritud.

Antes que pudiese reaccionar, la mano de Rachel bajó con irreal velocidad y le cruzó la cara a Lilah, sacándola de su conmoción. Las gafas salieron disparadas hacia el otro extremo de la habitación. Lágrimas que le arrasaban los ojos comenzaron a bajar por las mejillas, mientras sólo podía oír el sonido colérico de los latidos de su corazón. El dolor llegaría, se previno, sorprendida porque aún no la hubiese atravesado como un puñal de doble filo el usual sentimiento inhumano de rechazo, su innata hostilidad.

– Recoge eso – le ordenó Rachel, volviendo a adoptar su imagen de señora respetable.

Lilah lo hizo, casi a ciegas, pues las lágrimas, aparte de la miopía, impedían su visión. Sintió el insignificante dolor físico cuando uno de los cristales le cortó en la palma de la mano. Pero no se detuvo. Reunió todos los

pedazos grandes del jarrón con flores que llevaba entre los brazos.

Una mano morena cubrió todo el campo de su visión y automáticamente alzó los ojos a la mano que ella conocía mejor que a la suya propia.

Los ojos de Christopher estaban velados. Miles de emociones pasaban por sus ojos, miles por segundo.

– Levántate.

Guiada por la magnitud de su mirada, se dejó llevar por él.

– No la trates muy duro, Christopher.

Lilah apenas escuchó las crueles risitas que dejaban atrás. Temblaba. No podía dejar de sentir el frío adentrándose en cada parte de su cuerpo. Helándole hasta el alma. Y, como bien sabía que pasaría, el dolor explotó. Sollozos incontrolables la sacudieron justo en el momento que traspasaron el umbral de una de las habitaciones. Christopher cerró la puerta con llave por dentro. Lilah se arrojó a la cama, víctima de la humillación. Se puso de lado, mientras abrazaba a una de las almohadas que servía para atenuar los sollozos.

– ¿Te ha pegado alguna otra vez?

El nudo que le impedía tragar, tampoco la dejaba hablar. Pero asintió con la cabeza.

– ¿Cuándo?

Christopher hablaba con rigidez. La rabia brotaba de cada poro de su piel.

– Desde que me conoció – su voz era apenas un susurro.

Christopher inspiró con dificultad.

– Me imagino que tu padre...

– Mi padre besa el suelo que pisa.

Christopher se puso en pie con una tranquilidad que no sentía. Lilah, al verlo imprevistamente cerca, lo miró con el pánico reflejado en el dorado líquido de sus ojos. Christopher la miró igualmente espantado y abrió las manos en señal de apaciguamiento.

– Quiero que oigas esto muy bien. Si vuelve a pegarte, sea donde sea, a la hora que sea, como sea, me lo vas a decir, ¿me entiendes?

– ¿Para qué?

Christopher la miró echando humo por los ojos.

– No soy la clase de monstruo insensible que piensas. No sabía nada de esto hasta ahora. Y siento decirte que estaba tan atónito que no he podido reaccionar. Vamos, deja de llorar – trató de abrazarla pero ella quedó tan tiesa como una tabla en sus brazos.

– No tienes por qué fingir delante de mí. Puedo asegurarte que no voy a

decir una palabra de los sacrificios que haces al hacerme el amor. Tu secreto está a salvo conmigo.

Él se ruborizó.

– No te entiendo.

– Debe resultar humillante que tu abuelo se entere de cuan a menudo nos acostamos. Según él, sólo compartimos la cama en la noche de bodas.

– ¿Quién te ha dicho eso? – preguntó totalmente perdido.

– Él mismo, el año pasado. Aún no se que les he hecho para que me odien. Christopher la abrazó, resistiendo los esfuerzos de ella por separarlo.

– No lo sabía, te lo juro. Si lo hubiera sabido...

– Si lo hubieras sabido, habrías agachado la cabeza, igual que hace todo el mundo – respondió por él con tristeza –. Te adaptas a sus deseos.

– No voy a dejar de acostarme contigo porque él piense que eres un saco de huesos.

Ella enrojeció porque eso había sido exactamente lo que había pensado.

Él esbozó una sonrisa pícaro pero algo avergonzada.

– Si quieres que te confiese algo, prefiero que lo que escondes bajo ese montón de ropa, se quede entre las cuatro paredes de un dormitorio.

Lilah sonrió a pesar de sí, pero no le creyó.

– Eres muy amable, pero no tienes que mentirme.

Su expresión se volvió irritada.

– Lilah, no empieces. Te he oído disculparte por no tener un cuerpo de modelo cientos de veces en estos dos años. Creía que a medida que pasasen los días, ibas a comprender que no sólo me gusta tu cuerpo, sino que lo veo verdaderamente perfecto.

– Pero... es diminuto.

– Comparado con el mío, tal vez. Pero estás mejor proporcionada que muchas mujeres.

Ella lo miró recelosa.

– No te creo.

Christopher esbozó la mejor de sus sonrisas.

– Esperaba que dijeras eso.

Y dicho eso, se abalanzó sobre ella. La presión inmediata de sus labios contra su cuello hizo que diera un respingo. Casi por instinto apoyó las manos contra su pecho, alejándolo de sí.

– ¿Qué haces?

– Esa lengua que normalmente dejas inactiva, te mete en problemas cada



vez que la usas – replicó mirándola con destellos de calor –. Podría irme de aquí y dejarte lloriqueando, o quedarme y hacer lo que llevo queriendo hacer desde hace dos semanas y cinco días.

Christopher no hacía ningún esfuerzo por ocultar su erección. Al contrario, parecía agradarle que ella la sintiera palpar contra su muslo. Le sujetó las manos por encima de la cabeza. Lilah sintió el colchón mullido bajo su cuerpo. Le gustó ver cómo la respiración de él normalmente tranquila, se convertía en rápidos jadeos cuando deslizó la camiseta hacia arriba, descubriendo sus pechos cubiertos por el sujetador.

– ¿Vamos a compartir la habitación?

Su pregunta fue apenas un murmullo agitado.

– Si – murmuró, deshaciéndose con facilidad de la camisa.

– ¿Y a tu madre le parecerá bien?

Lilah luchaba contra la excitación, muerta de vergüenza. Siempre habían mantenido relaciones sexuales cuando el sol no podía denunciar su cuerpo esquelético. Cuando la oscuridad como aliada había permitido que Christopher no se percatase de sus faltas, cuando él no podía ver los sentimientos que la asfixiaban hasta tal punto de querer decirle lo que sentía. En las penumbras de su habitación había logrado parecer casi indiferente cuando él se alejaba de ella, una vez satisfechos para volver a su cama. Lograba que Christopher no viera las lágrimas, ni éstas la luz.

– ¿Qué sucede? Estás pálida.

Él la miraba con la preocupación tiñéndole de verde oscuro sus ojos usualmente claros.

Lilah buscó alguna excusa que pareciese lo suficiente razonable como para que él se olvidase de sus propósitos.

– Me duele la mano.

Por lo menos no le había mentido.

Christopher se apartó de ella al instante, evidentemente abochornado.

– Oh – asintió aturdido – Mierda – se fijó en la sangre que goteaba de la herida.

Lilah esperó hasta que se apartó completamente de ella para llevarse una mano a la palpitante mejilla.

– Voy a traerte algo de hielo para la inflamación y un vendaje para la mano.

– No hace falta, yo puedo ir.

Christopher la detuvo antes que pudiera dar tres pasos.

– No – fue una orden brusca.

Ella se sobresaltó. Dio un par de pasos hacia atrás.

Él juró entre dientes.

– No seas tonta. Jamás le he pegado a nadie en mi vida, mucho menos a una mujer.

Lilah no contestó.

– Tú quédate en la cama. Yo voy a ir a por hielo. Y no discutas.

¿Cómo iba a protestarle si estaba no cabía en sí del estupor? Nunca antes se había preocupado por ella, al menos no había mostrado la más mínima muestra de preocupación. Y pensar que había creído que la regañaría por ser tan torpe.

Bostezó e hizo una mueca cuando sintió un ligero hormigueo en la mejilla. No importaba; Christopher pronto subiría.

Se recostó en la cama, pensando que, tal vez, sólo tal vez, las esperanzas de tener un matrimonio de verdad, no eran tan absurdas como siempre había pensado. A Christopher no le era tan indiferente como él mismo le había hecho creer durante los últimos dos años.

Christopher se encaminó directamente hacia la cocina, un recorrido totalmente nuevo para él. Allí, intentó no parecer avergonzado y pidió algo que fuese lo bastante frío para bajar una inflamación y unas vendas para cubrir la herida de la mano.

– ¿Se ha hecho mucho daño?

La persona que le había hablado, era la mujer que se ocupaba que todo el ámbito doméstico estuviera en orden, el ama de llaves, una mujer que había sido la niñera de su madre. Se acercó a ella y la abrazó con medido cariño.

– No.

La mujer lo miró con tristeza.

– No debí dejarla que llevase el jarrón con las flores... Sabiendo lo despistada que es cuando tú... Es igual – añadió rápidamente –. ¿Necesitas que te ayude?

– No, sólo es un pequeño corte en la mano y... un...

– Un moretón en la mejilla, ¿no? – la mujer torció la cabeza para mirarlo, pues entonces se miraba los pies.

Christopher se incorporó, preguntándose qué diablos hacía mirándose él los pies.

– Si. ¿Alguien más vio cuando mi madre...?

– No hace falta. Todos en esta casa saben lo que tu madre siente por esa chiquilla.

– Todos menos yo.

– Bueno, estabas siempre tan ocupado acudiendo a fiestas, conociendo a mujeres, y saliendo con tus amigos que no reparabas si quiera en ella. Ten – le tendió una bolsa pequeña de hielo –. Aquí está. Aplícaselo un buen rato en la mejilla. Hay vendas en el cuarto de baño de vuestra habitación.

– Gracias ¡Ah, por cierto, Eulalia! ¿Sabes si hay algún dormitorio que podamos ocupar en el que haya una sola cama?

Eulalia lo miró sorprendida.

– Veré lo que puedo hacer.

Christopher subió las escaleras con una sonrisa en la cara. Aunque no se lo reconocería en años, le tenía mucho cariño a Eulalia. La mujer había actuado más como una madre para él que Rachel.

La habitación estaba completamente en silencio cuando entró. Comprobó que muy obedientemente, Lilah le había hecho caso y ahora dormía plácidamente sobre una de las dos camas. Al parecer, ella no había notado la diferencia en el cuarto. La última vez que fueron, también habían ocupado esa habitación. Pero ahora quería cambiar. Era por su bien, se dijo él mismo. Lilah estaría más protegida de los ataques de su familia si él estaba a su lado. Dormirían en la misma cama, incluso pasarían más tiempo del normal juntos, para así callar a sus padres y a Sean.

Nadie más volvería a ponerle un dedo encima, se juró, sentándose a su lado. Le apartó un mechón rebelde de la frente que, haciéndole burla, volvió a caer y cubrió de nuevo sus ojos.

Nunca había parado a mirarla de ese modo. Sin la presión de tener que marcharse, o de que ella creyera que la miraba por algo especial. Tenía unos rasgos delicados. Sin rastro aparente de maldad. La inocencia emanaba de cada respiración. Sus labios entreabiertos poseían una especie de invitación muda, pidiendo ser besados.

Fue acercándose lentamente a ella. ¿Iba a besarla?

Dio un salto hacia atrás y la cabeza se le despejó inmediatamente. Tosió, queriendo llamar su atención sutilmente y, por suerte lo consiguió.

Lilah abrió los ojos con dificultad y lo contempló con indecisión.

– Me he dormido.

– He tardado un poco más porque he saludado a Eulalia.

– Yo ya la he saludado.

– Si. Verás cuando Sean se entere que has ido a verla a ella antes que a él  
– rió.

A ella, sin embargo, no le pareció gracioso y palideció notablemente.

– ¿Se lo vas a decir?

Christopher se insultó.

– No. No es eso. Si se llegase a enterar, bueno... Sería gracioso. Olvídalo.

– No es que le haya dado más prioridad de Eulalia que a él, pero como estaba ocupado contigo...

– Lilah, no me des explicaciones – la interrumpió Christopher suavemente

–. No me las tienes por qué dar. Vuelve a tumbarte.

¿Volvía a ser autoritario?

Ella lo obedeció.

Él le aplicó el hielo en la mejilla que ya empezaba a hincharse y adoptaba un tono púrpura nada elegante.

– ¿Te duele?

– Un poco.

– No sabía que pegaba tan fuerte.

– ¿A ti nunca te ha pegado?

– No. En realidad, nunca hubo razón para hacerlo. No fui, lo que se dice, un niño problemático. Ella siempre decía que tenía mucha personalidad y que no era fácil dominarme. Pero siempre acababa haciendo lo que ella quería.

Como en su matrimonio.

Christopher se había casado con ella por las órdenes de su madre.

– Sujétatelo. Voy a buscar las vendas.

Volvió al instante, preparado para envolverle la mano.

– Espero que no tengas ningún cristal dentro – dijo desinfectando el corte

–. Ya está. Sube la mano. Así. Perfecto.

En pocos segundos consiguió hacer un vendaje que se cubría toda la palma y dejaba libre sólo los dedos.

– Te pondrás quejar... – bromeó, sonriéndole con orgullo.

Lilah le devolvió la sonrisa.

– Gracias.

– De nada. Es lo mínimo que habrías hecho tú si fuera sido yo el que estuviera en tu lugar – su sonrisa se ensanchó –. Lo dejaste bien claro ayer.

A Lilah le pesaban tanto los ojos que hacía verdaderos esfuerzos por mantenerle la mirada.

– Gracias de todos modos – dijo, cerrando definitivamente los ojos.

– Descansa – le oyó murmurar y, segundos después, soñó que le daba un beso en la frente y, salía de la habitación.

## Capítulo 5

– ¿Dónde está Lilah?

Christopher apretó los dientes cuando escuchó la voz crítica de su madre.

– Se está arreglando.

– Voy a subir a buscarla.

– ¡No!

Rachel se quedó petrificada en el sitio. A sus cuarenta y cinco años, lucía un cuerpo casi perfecto. Tenía el pelo moreno y largo recogido en un rígido moño en la parte alta de la cabeza. Sus ojos eran los mismos que los de Christopher. Éste se parecía más a ella que a su padre.

– ¿Y si baja con uno de esos horribles pantalones y una de tus camisas?

– Lilah se está poniendo lo que tú me encargaste que le dejara en la habitación.

La mujer gimió, llevándose dramáticamente una de las manos a la cabeza.

– Qué desperdicio de vestido. Era el modelo que yo había elegido.

– Pues le hubieras dado otro.

Estuvo a punto de decir, que a Lilah le sentaba bien cualquier cosa.

*¿Qué?*

– Claro, y cuando vengan los invitados dejo que la vean así vestida – ironizó, con los ojos iracundos –. ¿Qué tienes en la cabeza últimamente? Antes parecías tan abrumado cuando la muy torpe tiró el jarrón – suspiró –. Sin duda estabas sorprendido de lo torpe que puede llegar a ser.

– Si, eso es – pronunció con frialdad.

Rachel sonrió.

– No te preocupes – le puso una mano en el hombro, condescendiente –. No voy a dejar que nos avergüence.

Él asintió, a pesar de sí.

Se giró hacia la entrada del salón y lo que vio lo dejó satisfecho. Era Lilah. Vestida elegantemente con un vestido de distintos tonos de rosa y negro. El vestido se sujetaba con tirantes anchos sobre los hombros y el pronunciado escote estaba lleno de pedrerías. Caía en suaves hondas con colores del negro al rosa. Y le sentaba de maravilla.

Demasiado tarde se dio cuenta que Andrew y su abuelo habían entrado al salón casi al mismo tiempo que Lilah y que, paradójicamente, todos lo

miraban a él. *¿Era por la sonrisa de idiota que estaba esbozando?*

Se encogió de hombros interiormente, sin importarle lo que pensasen. Su mirada estaba fija en los ojos confundidos de su mujer.

– ¿...has visto mis gafas?

Christopher salió de su embelesamiento y se acercó a ella.

– No. ¿Las has perdido?

Lilah se preguntó por qué de repente le hablaba en ese tono tan cariñoso.

– No recuerdo haberlas dejado en ningún sitio.

– ¿Y las lentillas?

– Se me olvidaron en la casa.

Christopher le pasó un brazo por los hombros, acercándola a él.

– Espera aquí, voy a buscarlas.

– No hace falta. Sus gafas están en la basura – intervino Rachel.

Lilah hizo una mueca.

– ¿Por qué?

– Las pisé sin querer.

Christopher fijó su mirada en su madre con dureza.

– ¿No las vistes? – preguntó burlón.

– Estaban tiradas en el suelo. Obviamente, no voy mirando el suelo cuando ando. Al contrario que ella.

– Lilah... Aún no me has saludado.

Lilah miró hacia el lugar de donde provenía la voz de Sean.

– Hola, señor.

Lo dijo con tranquilidad, sin ninguna emoción.

Christopher tuvo que hacer un esfuerzo por ocultar su sonrisa.

– De todas formas, no necesitas las gafas. No tendrías pensado ponértelas, ¿verdad? – le reprochó su suegra.

– ¿Puedes apañártelas sin ellas? – preguntó el joven, ignorando deliberadamente a su madre.

– Creo que sí – asintió ella.

– Los invitados están llegando – anunció Rachel, mirando por el gran ventanal.

Lilah se estremeció al recordar las caras de las primas de Christopher. Solamente Manuel, el menor de los primos de Christopher, de diez años la trataba bien. Los demás la ignoraban.

– Hola, Lilah – Manuel fue el primero en saludarla.

Lilah le sonrió y se agachó para abrazarlo.

– Estás muy guapa.  
– Gracias. Tú también estás muy guapo. Estás más alto desde la última vez que te vi.  
– Mi madre dice que crezco por días. Quiero ser tan alto con Christopher.  
– Seguramente lo serás – le dijo ella.  
– Puede ser. Pero dudo que llegues a ser tan guapo como yo – bromeó Christopher, agachándose junto a Lilah.

Manuel se le tiró al cuello, riendo.

– Tenía muchas ganas de verte.  
– ¿Cómo va la escuela? – le preguntó él sonriente.  
– Muy bien.  
– Me alegro – le revolvió el pelo con cariño.  
– Cuando sea mayor, voy a ser como tú.  
– ¿Cómo yo?  
– Quiero tener una novia tan guapa como Lilah – se ruborizó.

Christopher soltó una carcajada mientras miraba la cara satisfactoriamente sonrojada de Lilah. Ésta se incorporó incómoda, pues creía que Christopher se había burlado del comentario del pequeño.

– ¡Christopher!

Una de las primas segundas de su marido se le tiró al cuello, repitiendo el mismo gesto que Manuel había ejecutado minutos antes. Viniendo de ellas en cambio, a Lilah no le pareció en absoluto tierno. Y mucho menos disfrutó viendo cómo Christopher les seguía la corriente y se dejaba llevar, tonteando descaradamente con ellas.

– Tu atractivo crece por año – dijo una de ellas, dedicándole la mejor de sus sonrisas.

– Lo mismo se puede decir de ti – Christopher hizo que diera una vuelta sobre sí misma –. Estás estupenda.

– Es por ti. Llevo un mes con una nueva dieta – explicó, pasándose los dedos por el escote.

A Lilah se le hundieron los hombros, deseando poder ver menos de lo que ya veía. Christopher no le había dicho absolutamente nada de su aspecto. Mientras que alababa a sus primas como si de amantes se trataran.

Lo escuchó reírse entre dientes y decidió que ya había escuchado suficiente. Anduvo lentamente hacia la cocina.

– ¿Eulalia?  
– Ah, hola, hija. ¿Te encuentras mejor?



– Si, gracias – fingió una sonrisa –. ¿Puedo ayudarte en algo?

La mujer le sobó la espalda, con una mirada cómplice.

– ¿Haciendo lo que sea para huir de allí?

Lilah se llevó una mano a la barbilla y se apoyó en ella.

– Si - reconoció -. No soporto ver cómo le tontean y él responde.

A ella podía confiarle cualquier problema. Eulalia había sido su confidente. Por supuesto, estaba al tanto del tiempo que llevaba enamorada de su marido.

– Nunca antes te habías quejado.

– Cada vez cuesta más soportarlo.

– ¿Y eso qué significa exactamente?

– Solo pretendo alejarme del dolor. Ya sabes; ojos que no ven, corazón que no siente.

– Lo sé, pero quien inventó esa frase no tuvo en cuenta que la imaginación puede jugar muy malas pasadas – comentó observando sus ojos angustiados.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

– ¿Te trata bien? – Eulalia se volvió seria al hacer la pregunta.

– ¿Te refieres a si me hace feliz?

– No. Eso está más que claro.

– La verdad es que no me puedo quejar de él. Es cierto que a veces tiene sus días de mal humor y me grita, pero no es una mala persona. De hecho, estos últimos días está especialmente amable y comprensivo. La borrachera le habrá afectado.

– ¿Qué borrachera?

Lilah le contó toda la historia mientras la mujer iba de un lado a otro con copas, cubiertos y manteles. Para cuando terminó, la mujer tuvo que reír. Christopher nunca había tolerado bien el alcohol, pero como en el instituto se habían burlado de él, había seguido tomando siempre y cuando que la ocasión lo obligara.

– Ese niño idiota – masculló Eulalia entre risas –. El tonto es incapaz de tolerar más de dos copas seguidas y sigue intentándolo – volvió a reír.

Pero a Lilah no le parecía gracioso. Mantuvo la mirada, horrorizada.

– ¿Y por qué sigue bebiendo?

– Hija, porque es demasiado orgulloso. Cuando era adolescente sus amigos se burlaban de él por eso.

– No me imagino a Christopher bebiendo solo porque los demás se burlen.

La mujer se encogió de hombros.

– ¿Quién te ha dicho eso?

– ¡Christopher!

Su expresión era dura y fría como un témpano de hielo.

– ¿Por qué hablas de mí a mis espaldas? – su pregunta iba dirigida a Lilah.

– He sido yo quien ha sacado el tema de tu debilidad en cuanto a las bebidas alcohólicas se refiere. – explicó tranquilamente Eulalia.

A él se le colorearon las mejillas.

– Vamos Lilah, los demás ya están en la mesa – rígido como una tabla, la sacó de la cocina casi a rastras.

Al estar al lado de Christopher, todos parecieron reparar en ella al instante que aparecieron en la sala.

– ¡Lilah!

Hubo una lluvia de saludos, a los que no prestó especial atención. Todos provenían del cuarteto de brujas que siempre que la oportunidad se les presentaba, disfrutaban resaltando sus defectos.

– Estás más delgada que la última vez que te vi – dijo la más pequeña de las cuatro, Ciara .

– Deberías cortarte el pelo, tienes las puntas abiertas – replicó Christina, cogiendo un mechón de pelo en sus largos y elegantes dedos. Sus ojos azules brillaban encandilados. Ella llevaba un vestido rojo excesivamente corto y un recogido especialmente complicado, que no dejaba ningún pelo fuera de su sitio.

Sophie y Jennifer asintieron, conformes con los comentarios de sus primas. Lilah se encogió ante la presencia de cuatro mujeres tan bellas. Intentó buscar una respuesta para tales comentarios, pero le fue imposible.

Christopher la miraba cada pocos minutos, pero estaba al otro lado de la sala, charlando animadamente con su tío.

– ¿Buscando la protección de Christopher? – se burló Christina siguiendo su mirada –. Es tan atractivo. Es un desperdicio que se haya casado contigo.

– Si. He oído eso antes – replicó Lilah amargamente recordando la crítica de Sean.

– A mi no me convence esa ridícula historia que contasteis a todo el mundo. Nosotros conocemos bien a Christopher, y jamás se enamoraría de ti.

Lilah sintió formarse un nudo en el centro del estómago.

– ¿Tanto te importa quién sea?

– Tuvo que haber algo demasiado fuerte para que lograras que Christopher se casara contigo – sus ojos brillaron suspicaces –. ¿Qué fue, Lilah? ¿Un

embarazo, tal vez? ¿Un chantaje? ¿Qué?

– Él me quiere – mintió desesperadamente ella.

La otra rió maquiavélicamente.

– ¡No me digas! Y te quiere tanto que no soporta estar más de cinco minutos seguidos contigo. Te quiere tanto que no duda en acostarse con cuanta mujer se le cruza por el camino.

– No sabía que me conocías tan bien. Parece que hoy todo el mundo me conoce *demasiado* bien.

Christina dio un respingo cuando escuchó la voz de Christopher a su espalda. Sus ojos reflejaron verdadero pánico cuando se dio cuenta de la ira que transmitía su expresión.

– Chris...

– ¿Tienes pruebas de lo que estás diciéndole a mi esposa?

La prima tartamudeó algo incomprensible.

– Asegurar que le he sido infiel es algo bastante delicado.

– Bueno yo...

– Está claro que te has confundido, ¿verdad, prima?

– Si, por supuesto – a pesar de su respuesta, sus ojos desmentían sus palabras –. Siento haberte dicho tantas tonterías, Lilah.

Lilah sintió un sabor amargo en la boca, pero asintió.

– No importa.

– Si importa, maldita sea – explotó Christopher, volcando su furia en ella –. Bastantes problemas tenemos nosotros solitos para que ahora ella...

Demasiado tarde se dio cuenta de las cosas que estaba diciendo en voz alta. Toda su familia al completo estaba mirándolos con curiosidad. Lilah miró vacilante a Christopher, que ahora mantenía su típica expresión de indiferencia. Ella estaba tan sorprendida como cualquiera por ese efusivo ataque de sinceridad. Él, aunque nunca se había quejado, no era feliz. Pero ahora toda esa gente desconocida para ella lo sabía. La humillación no podía ser mayor.

Sin esperar ninguna invitación, se sentó en la mesa, alejada lo más posible del lugar que solía ocupar su marido.

Poco a poco, en un incómodo silencio, los demás fueron ocupando sus asientos. Christopher, como bien intuyó, estaba en el extremo derecho y ella justo en la esquina contraria. Christina y Jennifer ocupaban los dos asientos que había a su lado, mientras que Ciara y Sophie estaban en frente. No volvió a mirarla en toda la cena.

Las horas siguientes, Lilah se vio rodeada de los más pequeños y, se dio cuenta que estaba disfrutando de la velada. Por supuesto, había optado por dejar de mirar hacia la cabecera de la mesa. Lo molesto era tener que aguantar las risas de su marido con otras mujeres, aunque dos de ellas aún fueran adolescentes.

Manuel la distrajo contándole todo acerca de sus compañeros y sus clases Lilah rió encantada cuando supo que Manuel también asistía a clases de dibujo. Otra de sus primas, una niña de pelo rizada y ojos marrón chocolate estuvo hablándole de sus muñecas.

– ¿Te gusta dibujar?

El niño hizo una mueca.

– Si, pero estoy harto de que mi mamá me lleve a clases de equitación. No se lo digas a Christopher, pero me asustan los caballos – le susurró como si fuera un vergonzoso secreto.

– No te preocupes. Christopher y yo no solemos hablar mucho – rió melancólica.

– ¿Por qué te ha gritado antes?

– Creo que estaba disgustado por algo que comenté en la cocina.

– ¿Y qué es?

Lilah sonrió, engatusadora.

– Si te lo dijera, me volvería a gritar – le explicó con toda la lógica que fue capaz, sin que por ello el niño viese el dolor que sentía.

– Es la primera vez que lo he oído gritar. Y no me ha gustado que te gritase a ti.

Lilah se dijo que entonces el niño acabaría odiando a su primo si pasaba sólo un mes con ellos. Al finalizar el mes, estaría más que sordo de los gritos que le dirigía.

– ¿Te gustaría ver un dibujo que le hice al abuelo el otro día?

Lilah batió las pestañas, concentrándose en el niño

– Claro -sonrió.

– El abuelo lo tiene en su despacho, ¿vamos?

Lilah echó un vistazo a la mesa y reparó entonces en la ausencia de Christopher y Christina. Ambos bailaban al otro lado del salón junto con Rachel y un hermano de ella. Andrew y Sean aún estaban en la mesa, tomándose algún licor, mientras miraban cada poco la improvisada pista de baile.

– Vamos – aceptó, apartando rápidamente la vista de la pareja

acaramelada que seguían el ritmo de la música como profesionales –. ¿Vienes, Marianne?

La pequeña de cuatro años le echó los brazos, mientras que el mayor la guió por el ancho pasillo, hasta bajar cinco escalones. Giró a la derecha y abrió una puerta enorme. Lilah jamás había negado la elegancia de la casa, pero ver aquello fue... Parecía estar dentro de una biblioteca. Montones de estanterías y mesas, ordenadores... Al final de la estancia, un gran escritorio destacaba orgullosamente entre el inmobiliario.

– Mira – le ofreció un papel –. Este es el original.

Lilah fijó la vista en el colorido papel sin mucho éxito, pues lo veía realmente borroso. No obstante, para no desilusionar al niño, esbozó una sonrisa enorme y orgullosa.

– Mis cuadros al lado de esto dan vergüenza – rió, agachándose a su lado.

– ¿Tú crees? – sus ojos brillaban –. El abuelo dijo que estaba bien, pero que me ocupara de las clases de equitación.

Lilah se imaginó la escena; pudo ver al niño corriendo hacia su abuelo y, éste poniendo cara de desagrado al ver el dibujo.

– El abuelo no nos quiere.

Lilah miró a la niña que tenía en brazos. Estaba cabizbaja y retorció una muñeca entre las manos, sin darse cuenta.

– ¿Por qué dices eso?

– Siempre está gritando. No podemos jugar y si corremos por los pasillos se enfada.

Lilah asintió mientras la chiquilla enumeraba todas las prohibiciones del abuelo.

De pronto, Christopher entró en el despacho malhumorado.

– Lilah...

– ¿Si?

– Mi abuelo me pidió que viniera a buscarte. No le gusta que la gente entre a su despacho.

– ¿Y cómo sabe él que estábamos aquí?

– Vamos, salid de aquí.

Lilah le dirigió una mirada de lástima comprensiva que terminó por desquiciarlo. Ya había aguantado bastante toda la noche, viendo cómo ella se divertía más con los niños, sin prestarle la más mínima muestra de atención. Había terminado casi ronco de tanto que había reído sin ganas.

– Espera – le sujetó el codo con fuerza cuando pasó por su lado –.

Tenemos que hablar – luego se dirigió a sus primos –. Vosotros id al salón, yo tengo que hablar con Lilah.

Manuel agarró de la mano a Marianne y salieron los dos serenamente.

Una vez que escucharon el *click* de la puerta al cerrarse tras ellos, Christopher la soltó y caminó grandes zancadas por todo el espacio.

– ¿Qué es lo que te pasa? ¿No estás contenta con habernos arruinado la velada que encima quieres buscarme un problema con mi abuelo?

Ella retrocedió hasta el escritorio ante el inesperado estallido, mientras que no dejaba de preguntarse quién los habría delatado ante de Sean. Vio a Christopher maldecir. Ella asentía sin apenas entender todo lo que decía.

– ¿Me estás escuchando?

– Sí, claro. Lo siento mucho, no tenía que haberme dejado llevar por Manuel. La próxima vez estaré encantada de que me llevéis la cena a mi habitación, dado vuestra inclinación a darme de lado – señaló razonablemente, evitando mirarlo directamente a los ojos –. Si me disculpas, ahora me gustaría acostarme, tengo un dolor de cabeza que me está matando.

Christopher la escrutó con ojo inquisidor, intentando percibir la más mínima señal de reclamo en sus palabras. Pero, aparte de la típica tristeza y desazón que siempre empañaban sus comentarios, no había nada. Sino simple resignación. Aquello lo dejó paralizado el tiempo suficiente como para aceptar parte de la responsabilidad. El bochorno se hizo insoportable incluso para él, quién se creía un hombre amable y educado con todas las mujeres. ¿Por qué, entonces, no dejaba de ver irritante y descortés la forma en que lo ignoraba hasta el punto de descargar su impotencia contra ella?

– No somos nosotros los que te damos de lado. Eso ya lo haces tú solita.

Como por ejemplo ahora. De nuevo había dejado salir su lado impulsivo. Aquel que sólo salía cuando estaba con ella.

Arrepentido, vio con una extraña sensación pesarosa en el pecho, como ella asentía con la derrota señalada en cada gesto y signo de su cara.

– Creo que ha sido una mala idea acompañarte. Si no te importa, me gustaría volver a mi habitación – y le lanzó una mirada significativa a las manos de Christopher, que la sujetaban impidiendo todo movimiento.

Él la soltó con un mohín sorprendido y la vio marchar respirando agitadamente. ¡Dios, estaba preciosa! Incluso enfadado no pudo de dejar de admirar su elegancia. Aquella que Rachel decía que carecía. A su madre, ciertamente, no podía haberle quedado mejor aquel vestido. La visión de la parte de atrás de su cuerpo, con tan solo dos finos tirantes en forma de cruz

que dejaban al descubierto la mayor parte de su espalda, fue suficiente para provocarle una sacudida interior. Tuvo que darse la vuelta y sujetar los extremos del escritorio para no ir tras ella.

– ¿Christopher?

Éste gimió sonoramente con angustia.

– ¿Qué quieres?

– ¿Qué hacía la niña aquí? – preguntó su abuelo.

– No lo sé, dijo que la trajo Manuel.

– Mentira – exclamó entrecerrando los ojos –. Seguramente estaba buscando información para... – calló, con los ojos agrandados.

– ¿Qué? – Christopher se dio la vuelta

El hombre mayor, se llevó una mano al pecho, visiblemente demacrado.

– ¿De qué información hablas?

– De nada, no me hagas caso. Creo que estoy un poco paranoico. Anda, acompáñame arriba, estoy cansado.

Lilah se durmió llorando, con la inexplicable sensación de ahogo que no tenía desde antes que se casara con Christopher. La misma que la había abrumado por las noches cuando alguna mañana escuchaba los rumores de que Christopher tenía una nueva novia. De joven había tenido, como todas las chicas, sueños que lo convertían a él en su protagonista. Sueños, en los que él se la llevaba lejos de aquella locura de familia y vivían los dos felices en una casita. El destino, pareció burlarse, pues le había ofrecido la base de sus sueños, pero no el final que ella quería. No vivían solos, pues montones de sirvientes no daban la intimidad necesaria. No vivían en una casita, sino en una mansión fría y tan grande que ciertas partes, quedaban desocupadas la mayor parte del año.

No escuchó la puerta de la habitación abrirse una vez que Christopher subió para acostarse. Esa noche, ajena siquiera a que su marido estaba en la misma habitación, soñó con aquello que había dejado atrás el día de la boda, cuando la cruda realidad, superó con creces la ficción.

A la mañana siguiente, la despertó el sonido de alguien usando la ducha. Abrió los ojos lentamente. La puerta del cuarto de baño estaba abierta y, justo enfrente estaba la silueta difusa de su marido, enjabonándose. Tal imagen, muy a su pesar logró despertarle millones de terminaciones nerviosas en la zona baja del vientre. Hacía tanto tiempo que no la tocaba que su cuerpo ansiaba el

tacto de sus manos.

Christopher salió de la ducha y se envolvió las caderas con una toalla, mientras que se secaba la parte de arriba y el pelo con otra. Una vez parcialmente seco, se quitó la toalla y se dio la vuelta para volver a la habitación completamente desnudo. Lilah se ruborizó, pensando en las pocas ocasiones que había tenido para poder observarlo desnudo a sus anchas, sin que él se percatara de ello. Pero el gusto duró relativamente poco, pues cuando quiso darse cuenta, Christopher también la miraba a ella con los ojos relampagueantes.

– Buenos días.

– Buenos días – contestó ella, con la respiración irregular.

– ¿Quieres algo?

La pregunta era malintencionada. Lilah captó la burla en ella y, la inseguridad y la luz del sol la desanimaron.

– No.

Christopher avanzó hacia delante con una expresión imparcial.

– ¿No?

Ella negó con la cabeza, sin poder apartar la mirada. Él sonrió astutamente. Se agachó hasta quedar a su altura, con los codos apoyados sobre el colchón. Sus rostros a escasos centímetros.

– Lástima.

Lilah se estremeció cuando él se alejó, dándole la espalda y buscando su ropa ente los armarios.

– ¿Y mi ropa? – su voz no fue arbitraria como normalmente.

– Está en la maleta. Aún no he tenido tiempo de ponerlas en el armario.

– ¿Quieres que te ayude?

Ella tuvo que analizar palabra por palabra para encontrarle sentido a la frase, completamente desconocida viniendo de él. Lo primero que pensó fue que se estaba burlando de ella. Pero cuando se giró estaba absolutamente serio.

– ¿Lilah?

– No te preocupes. Le pediré a Eulalia que me ayude. ¿Vas a salir?

El joven rebuscó en la maleta hasta dar con unos pantalones vaqueros y un jersey negro, que dejó posteriormente abandonados sobre la otra cama. Lilah se tensó cuando lo vio montarse a la suya para luego ir gateando hacia ella. La imagen, desde un punto de vista exterior, debía de ser muy cómica, dado su posición.



– Vamos a salir – puso especial interés en el verbo conjugado.

– ¿Nosotros?

A él le encantó sentir el temblor que recorrió el cuerpo de su mujer cuando jugueteó con la camiseta holgada que se ponía como pijama.

– Tendremos que comprarte otras gafas, ¿no? – metió las manos debajo de la manta y tiró hacia arriba de su camiseta, dejando sus pechos expuestos a la luz.

– Me voy a vestir.

Él por toda respuesta, le prohibió levantarse poniendo un brazo atravesado sobre sus clavículas sin ejercer demasiada presión. Lilah se agitó entre las mantas cuando le rozó un pezón con la punta de los dedos. Gimió, levantando las caderas en una súplica muda, aunque por dentro el miedo la atenazaba cada vez que miraba los ojos de Christopher.

– ¿A qué le temes? – preguntó él, memorizando cada uno de sus gestos, increíblemente controlado para su corta edad. Aunque dado las amantes que había tenido, no tendría que sentirse extrañada.

– Quiero levantarme.

Él hizo el amago de levantarse, pero contrariamente a lo que había supuesto, se metió debajo de las mantas, encima de ella.

– Abre las piernas.

Lilah se resistió.

– Quítate.

Él frunció el entrecejo.

– Deja de moverte, me vas a tirar. ¡Lilah! – exclamó cuando ella lo intentó –. Para, si me caigo, te vienes conmigo al suelo.

Solo entonces se mantuvo quieta. Él sonrió con arrogancia y se inclinó a besarla. Ella se resistió unos segundos, antes que Christopher, inteligentemente, abarcara con delicadeza unos de sus pechos y los masajeara circularmente.

– Relájate – susurró jadeante a su oído –. Abre las piernas.

Ella no le hizo caso e intentó alejarse de su boca, sin darse cuenta que sus manos aferraban su cuello. Él masculló algo entre dientes y se metió uno de los pezones en la boca, chupándolo hasta dejarla aturdida y sin resistencia alguna. La otra mano, fue lentamente bajando por su vientre y el muslo, deteniéndose en la parte media, localizando el punto palpitante de su deseo, por encima del pantalón.

Lilah se arqueó, moviendo las manos frenéticamente sobre el cuerpo

masculino, recorriendo la espalda, los glúteos, el pelo.

Christopher se restregó contra ella, excitado a más no poder. Suavemente para no sobresaltarla, cogió su mano hasta situarla en su rigidez. La sensación le provocó escalofríos a lo largo de la columna. Ella se sorprendió, pues realmente, él nunca la había incitado a tocarlo íntimamente. Con movimientos ágiles, él le bajó los pantalones y las bragas para volver a tocarla como segundos antes. Su mano no dudó en buscar hasta encontrar y, una vez encontrado, alzó los ojos hasta encontrar los de ella.

Por un momento, todo movimiento cesó.

Las respiraciones agitadas se fundieron cuando Christopher fue al encuentro de sus labios. Las lenguas se entrelazaron, pero con dulzura. La intensidad del beso los dejó atónito a ambos, que se miraron expectantes lo que les pareció una eternidad.

Poco a poco, Christopher reanudó el movimiento circular de su mano sobre el centro del cuerpo de Lilah, mientras que ella deslizaba su mano por su sexo. Parecían seguir el mismo ritmo mientras se miraban los ojos, sin llegar a creerse del todo las sensaciones que experimentaban. El placer aumentó, y junto a él la velocidad de los movimientos. Antes de explotar, Christopher quiso apartarse para coger un preservativo del cajón, pero el pánico hasta ahora olvidado en Lilah, se acrecentó irremediabilmente, mientras echaba un vistazo a ambos cuerpos. El suyo parcialmente cubierto por ropa, mientras el de Christopher completamente desnudo.

Él se apartó lo justo para meter una mano en la mesita de noche y sacar la protección. Miró exaltadamente a Lilah y procedió a sacarlo cuando ella se lo arrancó de las manos y trató de poner la sonrisa más seductora que pudo.

– Yo lo haré – tartamudeó.

Christopher la miraba entre atónito y embelesado, como esperando que ella se arrepintiera y lo rechazara. Lilah apenas contuvo la sonrisa.

– Túmbate.

Cuando lo hizo, ella se situó encima. Lo miró entre avergonzada por lo que tenía en mente y ansiosa. Nunca antes lo había hecho pero... No podía dejar que siguiera con su peculiar estilo de seducción. En cualquier momento podía apartar las mantas y dejar al descubierto su cuerpo. Esos pensamientos, fueron los que le dieron valor y consiguieron que se inclinara sobre Christopher para deslizar su lengua sobre su tórax.

– Lilah... – gimió él, intentando arrebatarse el paquetito.

Ella fingió no escucharlo y siguió su recorrido. Se detuvo en el rígido

vientre para hundir la lengua en el ombligo repetidas veces, logrando mayor excitación.

Christopher trató de cogerla, pero ella volvió a coger su miembro entre las manos mientras lo miraba relamiéndose los labios. Sintió un sabor dulce, el sabor de su piel.

– Lilah para, voy a...

Era el momento. Cerró los ojos con fuerza, víctima de un ataque de vergüenza, pero hechizada por la necesidad de hacer lo que él había intentado en varias ocasiones con ella y, sustituyó las manos por su boca, dándole leves besitos. Ya no importaba su desnudez, ni el sol, ni su propia excitación. Solo importaba lo poderosa que se sentía procurándole placer.

– Agárralo fuerte – gimió Christopher, enseñándole el movimiento de la mano. Ella lo imitó.

Él gruñó su nombre y se agarró con fuerza a los bordes de la cama y, justo cuando estaba a punto de tomarlo completamente en su boca, él la apartó.

Lilah sonrió, aliviada y feliz.

Christopher la miró satisfecho, pero con una ligera expresión de fastidio.

– ¿Por qué has hecho eso?

Ella se encogió de hombros.

– Quería hacerlo.

– Bueno, disculpa que me sienta tan sorprendido, pero dado que todas las veces que hemos foll... hecho el amor – rectificó –, has estado totalmente inactiva, es un poco abrumador que ahora hagas lo que has hecho. No es en absoluto una queja – cada vez parecía más incómodo.

– ¿Te ha gustado?

La preguntó le sacó una carcajada.

– Creo que es bastante obvio – dijo mirando hacia la parte inferior de su cuerpo.

– Entonces deja de darle vueltas. Solo me quedé pensando en lo que dijiste el otro día, precisamente eso de que soy frígida.

– ¿Dije eso? ¿Cuándo?

– La última vez que te emborrachaste – le recordó, saliendo apresuradamente de la cama y entrando en el baño. Cerró con pestillo por temor a que a él se le ocurriera seguirla y, finalmente entró en la ducha con un suspiro de felicidad.

Al otro lado de la puerta, Christopher intentaba comprender lo que había pasado. La respiración todavía tardaría en recuperar su ritmo normal. Estaba

tan placenteramente sorprendido que sonrió.

Ella no había alcanzado ningún tipo de clímax. Se había centrado en su necesidad, por primera vez había tomado la iniciativa en algo sexual. Aunque estaba claro que no tenía experiencia en aquellos placeres, Christopher había notado una sospechosa ansia porque la escena terminara. Podría decir que incluso vio un atisbo de incertidumbre cuando estaba por penetrarla. Luego, le había quitado el preservativo, con la clara intención de ponérselo ella misma. ¿O no?

Tumbado desde la cama, podía escuchar las gotas de agua repiquetear sobre el suelo de la ducha. La misma ducha que él había usado poco antes. Lentamente se puso en pie, sin dejar de mirar la puerta del baño. Sólo tenía que entrar ahí, quería estar con ella.

Los pensamientos eran totalmente incoherentes. No tenía sentido experimentar esas sensaciones de necesidad, cuando ella se alejaba cada vez más de él. Furioso consigo mismo, intentó abrir la puerta.

– ¿Lilah?

– ¿Si? Espera un momento, ya salgo.

¿Era su impresión o sonaba nerviosa?

– ¿Por qué has cerrado?

Ella no contestó. Cerró los grifos de la ducha y se envolvió rápidamente con un gran albornoz húmedo. Demasiado tarde se dio cuenta que pertenecía a su marido; ya había abierto la puerta.

– ¿Vas a volver a ducharte?

Él la miraba con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Y desnudo. Ella se ruborizó.

– Si, y tú me vas a acompañar.

– ¡No! Yo acabo de hacerlo. Me tengo que vestir – intentó pasar por su lado, pero él lo impidió poniendo su brazo por delante.

– ¿Por qué lo has hecho?

– Bueno, estaba un poco sudorosa y... – se sonrojó –. Pensé que un baño sería relajante.

– Ya – se acercó más a ella –. Pero yo no hablo del baño.

Cada vez más cerca.

Lilah no pudo mantener la cabeza fría, pues sentía crecer su pasión insatisfecha por segundos.

– No es necesario que montes un drama. No voy a volver a hacerlo, no sé qué me ha pasado – de nuevo hizo un fracasado intento de alejarse de la

tentación.

– Yo sí. Estás asustada porque allí – señaló la cama – has perdido el control tanto como yo.

Lilah pensó que era mejor dejar que pensara eso, a que supiera de su baja autoestima. Él parecía tan orgulloso de decirlo, que los ojos le brillaban especialmente. Sonrió cuando la vio sonrojarse, aún sumida en sus propios pensamientos.

– Volvamos a la cama.

– ¡¿Qué?!

– Voy a devolverte el favor – sonrió de oreja a oreja, mostrando su perfecta dentadura.

– No, no es necesario.

– Tenemos tiempo – la arrastró hasta la cama.

Ella recuperó toda la cordura en el mismo instante que sus rodillas tocaron el colchón.

– No puedes pretender que me desarraigue de mis costumbres así como así.

– No te entiendo – su expresión decía que así era.

– Verás, es más complicado de lo que crees para mí mostrar mi cuerpo a la luz del día – confesó finalmente, consciente que sólo la verdad podría salvarla.

– ¿Qué diferencia hay?

– ¡Mucha! ¿Cómo te sentirías tú expuesto ante la mirada de veinte personas a la vez, completamente desnudo?

Su comparación lo desconcertó.

– ¿Cuándo has tenido que desnudarte ante veinte personas?

– No es eso. Sólo es un ejemplo. Intento explicarte cómo me siento estando desnuda.

– Pero aquí sólo estoy yo. Nadie más te ha visto desnuda.

– Tú tampoco lo has hecho.

– Claro que te he visto desnuda... – replicó con incredulidad.

– No, antes te limitabas a llevarme a la cama y besarme hasta que yo misma terminaba por bajarme los pantalones del pijama. Pero hoy, has intentado... Me has levantado la camiseta.

– Ya lo he hecho antes.

Christopher suspiró.

– A ver... ¿Estás queriéndome decir que la luz hace que sientas pudor? –

siguió diciendo.

– Es más que eso. Pero sí.

Christopher soltó una carcajada.

Lilah lo miró angustiada

– Vístete – le dijo él.

Antes de irse a la ducha, se inclinó y le robó un apasionado beso, deslizando brevemente sus manos por los glúteos. Sin que ella se percatara, desanudó la bata y tiró de ella hacia atrás, en el momento que separó los labios de ella.

Christopher deslizó una mirada por su cuerpo, esperando secretamente a que ella se cubriera. Lilah, sin embargo, ni siquiera era consciente de su desnudez, hipnotizada por la mirada de deseo que veía en los ojos masculinos.

– Tienes un cuerpo perfecto – dijo, agitando el albornoz –. Aunque necesitas algunas clases de concentración – le hizo un guiño.

Ella abrió los ojos aún más y antes que pudiese reaccionar, Christopher le cerró la puerta en las narices.

La lluvia impedía poder pasear tranquilamente por las calles. Aunque había tanta gente como siempre, se había incrementado el tráfico notablemente, creando una atmósfera tensa y estresada.

Sean había insistido en que fuesen en uno de sus coches. Ahora, se encontraban en uno de los peores atascos de la ciudad.

– Esto es increíble – gruñía Christopher, asomando la cabeza por la ventanilla.

Lilah lo miraba divertida.

– Si hubiéramos ido andando, ya estaríamos allí.

Ella asintió.

– Pero podríamos estar mejor en la cama – rió él de repente, deslizando una mano por su muslo.

Los siguientes minutos pasaron lentamente. Los coches no avanzaban, y no parecía que la cosa fuese a cambiar en un buen rato.

– ¡Joder!

La exclamación vino acompañada con un brusco volantazo que la hubiera sacado de su asiento si no fuera llevado el cinturón de seguridad. Luego, con un potente acelerón, se vieron fuera del caos.

– ¿Dónde vamos?

– A aparcar – dijo, maniobrando para estacionar el costoso Farina –.

¡Listo! Ya podemos irnos.

Lilah salió del coche desorientada.

– ¿En qué calle estamos?

– No tengo ni idea, pero siguiendo la dirección en la que íbamos, podemos encontrar alguna óptica. Ví una algo más atrás... ¿Qué te pasa?

Estupefacta, así era como se había quedado Lilah. Paralizada en el sitio. Christopher miró el lugar donde se unían sus manos y retiró la suya, ruborizado por el impulso que lo había llevado a entrelazarlas.

– Vamos.

Sin saber cómo reaccionar, sus piernas la llevaron hacia delante. Un pequeño escalón que dividía la acera de la carretera, hizo que trastabillara y si no llega a ser por él, hubiera caído sobre el asfalto. Ambas narices chocaron. Sus ojos se encontraron.

– Estamos faltos de cariño esta mañana ¿no? – bromeó Christopher estoicamente. Luego sonrió, como de costumbre, arrogantemente.

Ella rió suavemente.

– El problema es que no veo lo que se dice muy bien.

– Agárrate a mi brazo – le ofreció.

Al hacerlo, se dejó guiar calle por calle sin pensar en nada. De lejos, podían pasar por una pareja normal. Quien los viese paseando por las calles, pensarían que se trataba de una feliz pareja. Y ojalá fuese cierto.

El pitido de coches y murmullos de la gente, parecían irritar a Christopher, que no dejaba de quejarse acerca de lo estresante que era la vida en la ciudad. Sobre todo en una de las ciudades más importantes de Estados Unidos.

– Parece increíble que hasta hace poco vivíamos aquí.

– Tú vivías aquí – le corrigió Lilah – Yo solo venía de visita.

Él rió.

– Si. Recuerdo que tu padre le dijo al abuelo que eras su sobrina.

Aquel cierto recordatorio acabó con la tranquilidad que había gobernado su corazón aquella mañana. Lilah siempre había sabido que su padre no quería saber nada de ella. A lo largo de su infancia se había planteado tantas posibles explicaciones para la atroz postura de su padre que, a veces, incluso pensaba que el problema radicaba en ella. Tales pensamientos habían destruido poco a poco su autoestima hasta niveles insospechados. Ahora, cuando se miraba a un espejo, veía un fracaso. Extremadamente delgada, ojerosa y sin pechos. Por otra parte, lamentaba no haber tenido la oportunidad de estudiar.

– ¿En qué piensas?

– En nada importante.  
– Si no fuera importante, no lo dirías con los labios fruncidos y ese tic del ojo izquierdo.

Automáticamente, dicho ojo le parpadeó, confirmando su explicación.

– ¿Ves? – sonrió alegre.

– Son tonterías. En realidad pensaba en mí.

– ¿Poniendo esa cara de lástima?

– Antes me dolía mucho que mi padre ocultara que era su hija.

Christopher aminoró el paso, escuchándola atentamente.

– ¿Iba a verte muy seguido? Me refiero cuando vivías con tu madre.

– A mi no – sonrió con amargura –. Iba a verla a ella y me gritaba si me acercaba cuando ellos estaban hablando. Mi madre nunca le hizo frente porque se tenía en muy poco estima. Así que cada vez que iba a verla, me encerraba en mi habitación hasta que él volvía a irse.

– ¿Tu madre te encerraba?

– ¡No! Yo lo hacía. Me encerraba para no molestar.

Él asintió desaprobador.

– Ya veo. Al menos ahora sé que no sólo lo haces conmigo.

– Yo no hago eso.

– Claro que lo haces. Cuando voy a casa, siempre te encuentro ocupada. Si no estás limpiando, estás haciendo la comida, sino arreglando las flores del jardín, o limpiando la piscina. No importa que ya haya personas que se ocupen de eso.

A Lilah le dio un extraño vuelco el corazón cuando percibió la censura en su voz.

– Algo tendré que hacer para matar el tiempo.

– Es un error “matar el tiempo”. El tiempo hay que llenarlo, hay que satisfacerlo.

– Si, pero peor es quedarte sin hacer nada pensando en... – enrojeció al comprender en lo que iba a decir. Con solo haber añadido “ti”, podía haberse buscado un incómodo problema –. En cosas que no vale la pena pensar.

– Antes que gustaba pintar. Podrías volver a hacerlo.

Habían llegado a la óptica. Lilah apartó sus manos del musculoso brazo y entró sin esperarlo mientras decía:

– No ha dejado de pintar. Algunos de los cuadros que hay en el salón, los hice yo.



## Capítulo 6

Media hora después, Lilah y Christopher salían con una pequeña bolsa. Las gafas estarían tres días más tarde, mientras tanto, llevaba puestas unas lentillas.

Tras pasaron dos calles más, entretanto, Lilah recordaba la expresión de una de las muchachas que había tras el mostrador cuando Christopher anunció el propósito de comprarle unas gafas “a su mujer”. Palabras textuales. La pobre mujer, que había coqueteado descaradamente con él mientras su compañera atendía a otra pareja, se había quedado con la mandíbula desencajada y le había dirigido a ella una mirada escéptica. Extrañamente, esa mirada había surtido poco efecto en ella. Era la primera vez que Christopher reparaba en ella y se la presentaba a alguien como su esposa.

– ¡Christopher!

*Aquella voz...* Aquella incomparable voz.

– Lucia – Christopher, sin el menor entusiasmo.

– ¿Qué haces por aquí? Hace tanto que no nos vemos que creía que te habías olvidado de mí – murmuró con voz falsamente lastimera –. Fue una sorpresa cuando esta mañana me llamó tu madre para invitarme a la cena de noche vieja – añadió dando suaves palmadas.

Lilah exhaló el aire contenido con dificultad, dándose la vuelta. Exteriormente, podía parecer un gesto descortés por su parte, pero prefería no tener que presenciar el coqueteo de ambos, sobre todo cuando sabía que ninguno de los dos iba a echarla de menos. Lucia ni siquiera le había dirigido una mirada para ver quién era la acompañante de su antiguo amante.

En la acera de enfrente, se escuchó un acongojado ladrido. Lilah ladeó la cabeza con curiosidad para ver de qué se trataba. Era un pequeño perro, pulgoso y excesivamente delgado. Parecía abandonado. Desde la distancia, no podía entender por qué ladraba de tal manera. Al acercarse cojeando a una tienda, Lilah supuso que debía de haberse hecho daño en una de las patas traseras.

Al siguiente instante, el perro volvía a gemir dolorosamente y tras él apareció la figura enorme y encorvada de un hombre con un gran pelo de madera que le asestó un golpe en la parte trasera del cuerpo. El animal gritó y, despavorido, corrió lejos de su torturador, saltando de la acera.

Lilah gritó. El perro se hallaba desorientado y un coche lo había esquivado milagrosamente. No muy lejos, venían más.

El corazón le golpeaba el pecho con vertiginosa velocidad mientras miraba a un lado y a otro a la carretera intentando cruzar.

– ¡Lilah! – la cLilah orden de Christopher que le exigía que se quedase quieta, fue deliberadamente ignorada.

La joven llegó justo a tiempo para guiar al perro hasta el borde del asfalto. Su repentina aparición en la pista le ocasionó que varios coches pitasen y sus dueños le gritaran.

Christopher estuvo a su lado antes que pudiera abrir de nuevo los ojos. La agarro tan fuerte del brazo que pensó que se lo iba a sacar de cuajo. Claramente agitado y asustado empezó a maldecirla y a gritarle de todas formas posibles. Cuando el dolor se hizo insoportable, a pesar que ella no podía moverse y totalmente paralizada, sus ojos se llenaron de ácidas lágrimas.

Los brazos masculinos la envolvieron, sin prestar atención al perro descansaba en su regazo.

Varias personas se acercaron a preguntar si se encontraba bien.

Lilah apenas escuchó nada, demasiado asustada al comprender lo que había podido pasar. El corazón de su marido, latía casi tan fuerte como el de ella.

– Calma – susurró Christopher entre su cabello.

Lilah no estaba segura a quien de los dos se dirigía; si a él mismo o a ella.

– Lilah, mírame – le pidió Christopher mortalmente pálido –. Pásame al perro, está herido.

La muchacha bajó la vista y efectivamente, la sangre brotaba de una herida en la pata trasera del animal.

– Cariño, suéltalo. Vamos a llevarlo al veterinario.

– ¿Necesita ayuda? – preguntó una voz amable.

– No, gracias. Está bien – dijo Christopher aparentemente calmado.

Sin dejar de sujetarla, sacó su móvil del bolsillo del pantalón y marcó con dedos temblorosos.

– ¿Gerard? Soy Christopher. Quiero que le diga a mi abuelo que envíe a alguien a buscarnos a Lilah y a mí...

Christopher siguió dándole instrucciones detalladas al guardaespaldas de su abuelo del lugar donde estaban y lo que había pasado.

Poco después cortó la comunicación y la miró seriamente.

– Vamos a ir a un veterinario para que vea al dichoso perro. Luego Gerard se pasará a recogernos.

Estaba enfadado. A Christopher no le había gustado nunca depender de su abuelo, a él le gustaba valerse por sí mismo para todo y controlar la situación.

– Levanta. ¿Te has hecho daño? ¿Te duele en algún sitio?

– No – su voz fue ronca.

– Bien. Dame el perro.

– No, yo... Yo puedo con él.

Christopher lo dejó pasar y le rodeó la cintura con un brazo para darle mayor estabilidad, pues sus pasos eran indecisos y temblorosos.

– Creo que sería mejor que fuésemos al hospital para que te trataran a ti. Tienes peor aspecto que el chucho – masculló entre dientes.

– Estoy bien.

Aunque no insistió en coger al perro, Lilah sabía que se moría de ganas por deshacerse de él. Luego, cuando estuviera seguro que estaba en sus cabales, le gritaría y le volvería a decir lo estúpida que había sido.

– Pasa – Christopher le sujetó la puerta mientras ella pasaba con el perro en brazos.

No había muchas personas en la clínica, y Christopher empezó a explicarle a una de las muchachas que trabajaban allí lo que había sucedido, señalando en lugar donde el perro estaba herido.

– No ha sido por el coche – lo corrigió Lilah –. Ya cojeaba antes.

Cuando los auxiliares le pidieron que le diese al animal, Lilah se sintió extrañamente vacía al no sentir el calor de su cuerpo. Con un suspiro tembloroso se dejó caer en una de las sillas de la sala de espera.

– Esto es ridículo – explotó su marido de pronto, al lado de ella –. Eres la persona más inconsciente, estúpida y tonta que conozco. ¿Cómo se te ocurre atravesar una vía llena de coches? Podrían haberte matado.

– Lo iban a atropellar.

– ¡A ti también!

– No ha pasado nada, estoy bien.

Él profirió una serie de palabrotas malsonantes cerrando los ojos con fuerza. Todo rastro de color había desaparecido de su cara, dejando solo el verde opaco de sus ojos.

– No vuelvas a ser tan imprudente – le advirtió mirándola fijamente –. Sino yo mismo...

La amenaza perdió fuerza cuando casi de atragantó con la última palabra.

Lilah asintió para darle a entender que lo había entendido.

Él volvió a abrazarla y la obligó a apoyar la cabeza en su pecho.

– Tranquila. Ya ha pasado.

Cuando los enviados por su abuelo llegaron, los encontraron en esa misma posición. Gerard se acercó a ellos, mirándolos cautelosos.

– ¿Están ustedes bien?

– Si. Lilah está un poco traumatizada, pero creo que se le pasará en cuanto descanse un poco.

– Bien, el coche está afuera. Podemos irnos.

– ¿Y el perro? – interrumpió Lilah, apartándose de Christopher.

– Están tratándolo. No podemos pasarnos aquí el día. Tú estás muy agitada.

– Quiero verlo.

– Mañana podremos venir a verlo.

– Pero estaba abandonado. ¿Y si lo echan a la calle cuando se recupere? ¿Y si lo llevan a una perrera?

– Lilah, eso no va a pasar. Les dejé a la recepcionista mi número de teléfono para que se comuniquen con nosotros cuando terminen con él. Mientras tanto, vamos a volver a casa y vas a hacer lo que yo te diga. ¿De acuerdo?

Lilah pensó que lo último no podía considerarse como pregunta.

– Por aquí, señora – Gerard le abrió la puerta del vehículo.

– ¿Y el coche?

– Ya se lo han llevado. Estábamos bastante alejados de él.

La frialdad de su tono hizo que se le erizasen los vellos de la nuca.

– ¿Sigues enfadado conmigo? – preguntó cuando Gerard se instaló en el asiento del copiloto, dejándoles total intimidad en la inmensa limusina.

Christopher tardó mucho en responder. Respiraba acaloradamente y se había cruzado de brazos.

– Si. Y un millón de cosas más que en verdad no me apetecen compartir contigo – gruñó desviando para mirar a través de la ventanilla.

Él estaba frente a ella, no solo alejado físicamente. Sus ojos brillaron con aquellas emociones a las que él se refería. Tantas y tan distintas.

Lilah tembló. El movimiento hizo que se golpeará el hombro con el que había amortiguado la caída y se estremeció de dolor.

– ¿Qué te pasa?

– Creo que me va salir un moratón en los próximos días – sonrió, en un intento por aliviar la tensión.

– Déjame verlo – al cabo de un segundo estaba a su lado –. Súbete la camiseta.

– No voy a hacer eso. Si Gerard...

– Gerard no va a despegar los ojos de la carretera y mucho menos va a bajar la ventanilla. Date la vuelta.

Él le subió la camiseta hasta que pudo ver la marca rojiza del golpe. Él la maldijo entre dientes.

– ¿Pensabas decirme que te habías hecho daño?

– No me había dado cuenta. No seas tan exagerado, sólo es un pequeño hematoma.

– Te lo aviso, en cuanto llegemos voy a llamar al médico de la familia. No, cállate. Por Dios te juro que no estoy de humor para aguantar tus patéticos intentos de hacerte la fuerte. Te has lastimado, casi te atropella un coche y llevas todo el rato temblando. ¿Te parece poca razón para que te revise un médico?

Estando tan airado, Lilah escogió la inteligente opción de mantener la calma y callarse.

Los siguientes tres días, estuvo obligada por Christopher a descansar en la cama. Un tremendo moretón le había marcado uno de los omóplatos. Distintos tonos de violáceo interrumpían la blancura exquisita de su espalda. El día del casi accidente, Eulalia le dio la noticia que había trasladado todas sus cosas - y las de Christopher - a un cuarto más grande, con una sola cama. La noticia inesperada, la había dejado totalmente incrédula. Por supuesto, no había puesto ningún impedimento. Estaba encantada, porque por las noches, Christopher había insistido en que durmiera apoyada en su amplio tórax con el propósito de no apoyar la espalda y con ello presionara el moretón. No la había tocado en todos esos días, pero tampoco habría disfrutado más si lo hubiera hecho. Se había mostrado tan pacientemente atento que ni ella misma se explicaba el cambio.

– ¿Tienes hambre?

Christopher apareció vestido informalmente, mirándola desde la puerta del vestidor. Era cerca de las dos de la tarde. Christopher había salido a correr a las seis de la mañana y luego se había pasado una hora en el gimnasio. La despertó el sonido de la ducha cuando volvió. Su primera imagen al despertar,

había sido la de su magnífico cuerpo humedecido por la ducha. Había vuelto a la cama vestido de nuevo con los pantalones de dormir y, se había deslizado a su lado. En ningún momento se había dado cuenta que estaba despierta. Lilah creyó que fue por eso precisamente por lo que le dio un suave beso en la frente y la puso en la cómoda postura en la que había estado toda la noche.

– La verdad es que sí. No he desayunado nada.

– Intenté despertarte – protestó alegremente –. Pero si llego a insistir un poco más, hubiera terminado en el suelo. No te gusta que te molesten cuando estás durmiendo.

Lilah rió suavemente.

– ¿Tienes ganas de bajar, o le pido a Eulalia que nos suba el almuerzo?

Lilah sabía que se lo pedía porque estaba visiblemente más cómoda comiendo en su habitación que con las tres hienas que los esperaban abajo.

– Estoy bien. Pero tendré que cambiarme y ponerme las lentillas.

Christopher se metió en el cuarto de baño.

– Han llamado hoy de la óptica para recordarnos que tienes listas tus gafas – comentó peinándose –. Le he pedido a Gerard que se pasara a recogerlas.

– Gracias.

Lilah se situó a su lado. Sacó de un pequeño botiquín las lentillas y se las puso enseguida ante la mirada especulativa de su marido.

– Parece sencillo – dijo al terminar, volviendo a su trabajo con la gomina.

– No lo es. Al principio me ponía histérica – contestó irónica.

Él se burló.

– No te imagino histérica.

Bajaron cerca de las dos y media, cuando todos estaban sentados en la mesa. Sean les dirigió miradas reprobadoras, pero Rachel no resistió las ganas de sermonearlos.

– ¿Se puede saber qué hacíais? Llevamos esperándoos un buen rato.

Christopher la ignoró y ayudó a Lilah a sentarse.

– Veo que habéis empezado sin nosotros – comentó una vez que él se hubo sentado.

– Como te he dicho...

– De acuerdo, mamá, no hace falta que lo repitas.

– ¿Qué es lo que te pasa últimamente? Estás insolente y maleducado – miró significativamente a Lilah –. Nunca debí permitir tu matrimonio con esa mocosa.

– Tengo entendido que fuiste tú quien lo propuso – contraatacó Christopher

mirándola con dureza.

La mujer palideció y asintió.

– Si, bueno...

– Cariño – la interrumpió Andrew en semejante estado –, dejemos las peleas por hoy, la niña aún está recuperándose del shock. No se cómo, pero siempre acabamos hablando de lo mismo.

Todos decidieron seguir su propuesta y la comida transcurrió en silencio.

– He estado pensando en organizar un recorrido turístico por el centro de Nueva York – le comentó Christopher a ella –. Podría llevarte a museos, central park... Bueno, ya sabes, todo aquello que los turistas visitan.

– Me gustaría mucho.

– No creo que sea...

Christopher cortó el inoportuno comentario de su madre.

– Me gustaría enseñarte también la empresa. Es increíble. Cuando estés mejor, voy a pedirle a Gerard que nos lleve, porque en realidad odio coger el coche en esta ciudad.

– Yo me encuentro perfectamente, de verdad – insistió Lilah.

– ¿Cómo? – exclamó su suegra, con los ojos coléricos – Llevas encerrada en esa habitación tres días sin salir absolutamente para nada y dices que de repente te encuentras bien.

– Mamá - advirtió con dureza Christopher.

– Ha sido una muy buena estrategia, querida mía. En mi opinión, lo único que buscabas era atraer la atención de Christopher. Y cuando lo has logrado, dejas de hacerte la víctima.

– A nadie le interesa tu opinión.

A Rachel se le desencajó la mandíbula al escuchar las críticas palabras de su hijo.

– ¡Christopher!

– Creo que ha sido mala idea que bajásemos – le dijo en un murmullo a Lilah, ignorando a su abuelo –. ¿Qué te parece si adelantamos nuestra excursión?

– Gerard no te va a llevar a ningún lado – ladró Sean, poniéndose en pie –. Siéntate. Ahora.

Christopher correspondió a su mirada con envidiosa calma.

– Siéntate, Christopher – le ordenó con muda amenaza.

Lilah se sentó y miró suplicante a Christopher, que terminó cediendo. Se abstuvo de terminarse el plato de solomillo y mantuvo las manos cerradas en

rígidos puños. Al percatarse, Lilah que también había dejado de comer, deslizó una mano por su muslo hasta llegar a su puño.

Se inclinó para susurrarle al oído:

– No hagas ninguna tontería. Tú eres el único que puede salir perdiendo – le aconsejó por la experiencia.

Eso pareció ser como un bálsamo para su rabia interna.

Rachel la miró con odio en cuanto volvió a su posición.

– Por cierto, Christopher – Sean reclamó su atención como si nada –, Eulalia me ha comentado que te has cambiado de habitación, ¿por qué?

Christopher lo miró fijamente.

– Es bastante complicado hacerle el amor a tu mujer en una cama de noventa centímetros.

Aunque nadie estaba seguro de haber escuchado bien, rompieron a carcajadas, dirigiéndole miradas cómplices a Christopher, como si quisieran darle a entender que captaban la broma. Lilah se ruborizó hasta la raíz del cabello para luego palidecer totalmente. Miró a Christopher con los ojos desorbitados de puro dolor. Éste le devolvió la mirada con algo parecido a la incredulidad, preguntándose si ella también habría interpretado mal sus palabras.

Al instante siguiente, fue su esposa quien se levanto de la mesa y fue él quien la retuvo a su lado.

– ¡No! Quédate – y se volvió hacia su abuelo –. Me gustaría que me explicaseis qué os hace tanta gracia.

Lilah gimió y un estremecimiento la recorrió al escuchar la nueva carcajada de su suegra. Su parte racional le exigía irse de allí como vía para evitar una nueva humillación, pero la mano de Christopher la retenía a su lado.

– ¿En qué se basáis para pensar que no he mantenido relaciones sexuales con mi esposa desde la noche de bodas? – preguntó mirando a su abuelo.

Lilah se ruborizó cuando el hombre la miró humillantemente sorprendido. Le recorrió el cuerpo con la mirada y jadeó de repente, mirando a Andrew con los ojos llameantes.

Repentinamente, una marea de voces, hablando casi al mismo tiempo se alzó por encima de todos.

– ¡Ha engordado! En el contrato...

– No puede ser.

– Ha dicho que...

– El contrato no decía nada que incluyese relaciones maritales – dijo



Christopher calmadamente.

– Si está embarazada... – Sean lo ignoró, mirando a Andrew inquisidor.

Lilah los miró atónita a todos, sin saber de qué hablaban.

– ¿Qué contrato?

La espalda de Christopher se envaró, absteniéndose de volverse para mirarla. De repente, tres pares de ojos la observaban como si la viesan por primera vez. La terrible sospecha de lo que le habían ocultado, calló sobre ella brutalmente, dejándola muda de asombro.

Su mente se rebeló. Necesitaba la confirmación.

– Christopher.

– Luego te lo explico – le aseguró.

– No – gritó ella. Él se giró atónito, mirándola con inseguridad –. Quiero una respuesta ahora. ¡Ya!

Sean intervino entonces, sin prestar atención a su orden.

– Si estás embarazada, os daré dinero suficiente para ir a una clínica privada y que pueda abortar – señaló a Christopher con una sonrisa que dejaba claro lo satisfecho que estaba de sí mismo.

Christopher se debatía entre responderle maleducadamente a su abuelo, o explicarle a Lilah las condiciones de su matrimonio, que por otra parte, creía que ya conocía.

El movimiento brusco de un cuerpo ante sus ojos lo sacó del estupor y sólo fue capaz de quedarse quieto en el sitio, mirando a Lilah correr hacia la puerta principal, sintiendo una incomodad y perforante sensación en el pecho. Pero se negó a seguirla, pues la fría realidad de que pronto debía dejarla marchar definitivamente, le quebró sus pensamientos y lo dejó tembloroso.

Tragó saliva son fuerza, como si pudiera digerir la bola de sentimientos encontrados que le ahogaba. Se permitió respirar y se giró hacia la familia, que seguía discutiendo como si él no existiese.

– ¡Basta! En este momento me vais a explicar por qué me casé con Lilah y no quiero ningún ridículo invento. Estoy demasiado – hizo hincapié en la última palabra – cansado de escuchar cosas sin sentido. Creo que tengo suficiente madurez como para afrontar la situación. Sea cual sea.

Pero mentalmente rezó porque así fuera.

## Capítulo 7

El parque no era un buen lugar para olvidar, decidió Lilah mirando por decimoquinta vez en tres horas la pareja quinceañera que intercambiaban caricias y arrumacos en el banco de enfrente. Había desperdiciado toda su adolescencia adorando a Christopher, obsesionada con su cuerpo y triste por el desprecio de su padre. A estas alturas de su vida, por primera vez se preguntó si había valido la pena pasar toda su niñez y posterior adolescencia en soledad. ¿Acaso había conseguido algo positivo? Su madre había muerto y, había llegado a tan avanzada edad que la timidez y una gran dosis de inseguridad, le había impedido hacer amistades. En el instituto y la situación había continuado como en el colegio. Claro que la falta de amistades, le había servido para centrarse en sus estudios. Había llegado a ser la mejor de la clase. Su media anual, era casi igual de alta que la de Christopher en la carrera. Pero las notas no habían servido para nada. Esa etapa de su vida se había visto enterrada obligatoriamente al casarse con Christopher. Adiós a su sueño de ser profesora. Antes, siendo una tonta jovencita, había pensado que casarse con el amor de su vida era mejor que estudiar cien carreras como ésa. Qué tonta había sido al creer que su amor incondicional sería suficiente para que los dos fuesen felices. Qué ridículamente feliz se había sentido al saber que se casaría con él. Desde las nubes en las que vivía gran parte del día, le había sido imposible aceptar el hecho de que Christopher era realmente desdichado con la situación.

Por más que le daba vueltas a la situación, siempre llegaba a una misma solución: para enmendar el error que había supuesto imponerle su presencia a Christopher en su vida, lo lógico sería dejarlo libre, por encima de todo lo que dijese sus padres. Muy por encima de lo que ella sintiese.

Se levantó del banco, sin volver a mirar al frente. Alrededor solo se escuchaban los chillidos eufóricos de los pequeños al deslizarse por el tobogán, o columpiándose. Las madres conversaban tranquilamente, mientras los vigilaban de reojo. Al otro lado de la calle, había un kiosco rodeado de personas de todas las edades. El ambiente infantil era increíblemente Lilah.

Sonrió apenas, divisando a un par de niñas jugando a la comba. Adoraba a los niños. No le importaría quedarse allí el resto de la tarde, pero el sol estaba desapareciendo y la noche se echaba sobre Nueva York, dándole un

aire poco hospitalario. Por no hablar de la temperatura. Hacía un frío que no recordaba en meses.

– ¿Dónde está mi mamá?

Lilah centró sus atenciones en la diminuta criatura cubierta de un gorro y una bufanda enorme, que la llamaba con ojos llorosos. Era una niña de poco más de tres años y se chupaba en dedo gordo con nerviosismo.

– ¿Te has perdido?

La niña negó con la cabeza.

– Estaba allí – señaló el tobogán –. Y mi mamá en el otro lado – señaló uno de los bancos –. Pero ahora no está.

Lilah la cogió en brazos y la sentó sobre sus rodillas.

– ¿Cómo es tu mamá, cariño? – le limpió con el pulgar el resto de una lágrima que caía por su inmaculada mejilla.

– Es muy alta, con el pelo negro y un bolso muy grande... – separó las manos imitando más o menos el tamaño de lo que sería el bolso.

– ¿Hace mucho rato que la buscas?

La pequeña se encogió de hombros.

– Si, creo que se a quien te refieres – mintió Lilah para tranquilizarla –, ¿qué te parece si te ayudo a buscarla?

– Gracias – asintió alegremente la niña, saltando de su regazo y cogiéndole la mano.

La búsqueda no se extendió demasiado. La mujer de la descripción de la pequeña, estaba tan solo en el otro extremo del parque, cerca del kiosco, hablando por teléfono.

– ¡Mamá!

La mujer se giró agitadamente y suspiró cuando vio a su hija. Cruzó la calle en apenas unos segundos y se arrodillo frente a ella, mirándola desaprobadora.

– ¿Dónde estabas? Te dije que no te movieras del tobogán.

– Es que me asusté cuando no te vi – explicó la niña, mirándola con inocencia.

– Muchas gracias por no dejar sola a la niña – sonrió la mujer a Lilah, tendiéndole la mano –. Soy Martha.

– Yo soy Lilah – le devolvió la sonrisa –. Se asustó cuando no la vio y enseguida nos pusimos a buscarla.

– Muchísimas gracias. ¿Tú no tienes nada que decir, Linda?

La niña la miró con sus ojos caramelo sonrientes.

– Muchísimas gracias – repitió la frase de su madre, tirándosele a la cintura.

Lilah se sorprendió ante el impulso pero la dejó hacer.

Martha rió.

– Es un poco traviesa – suspiró –. Necesito urgentemente una niñera, en eso estaba precisamente – levantó la mano con el teléfono –, pero ninguna me convence. No puedo dejarla sola ni un minuto – dijo como disculpándose.

– ¿Una niñera?

– Si – se detuvo mirándola un momento y añadió: – Eres muy joven, ¿cuántos años tienes?

– Veinte.

– ¿Y te gustan los niños? – se ruborizó la mujer –. Supongo que alguien tan joven necesita trabajo. Aparte de éste diablillo, tengo a otro una año mayor y uno más pequeño con cinco meses. Trabajo en una agencia de turismo y mi marido en una oficina. Parece que a ti te gustan los niños.

– Si – sonrió –. Me gustaría haberme dedicado a ellos.

– Lo dices como si tuviese mi edad. Aún puede haber tiempo de sobra, ¿no crees?

– Bueno... – se sintió incómoda explicándole aquello a una desconocida –, supongo que sí.

– ¿Estaría por casualidad interesada en el puesto?

– No, yo.. Yo no tengo ninguna experiencia con niños, ninguna.

La mujer sacudió la cabeza.

– Bueno, eso tampoco era imprescindible, mujer. ¿Por qué no se lo piensa? A menos que ya tenga otro trabajo.

– La verdad es que nunca he trabajado.

Aquello sorprendió a la mujer, pero le tendió un papel igualmente.

– Aquí está mi número. Podría empezar probando unas cuantas semanas. No creo que me sea fácil encontrar una niñera adecuada para ellos. En fin, me tengo que ir. Si no salgo para casa ya, mi marido puede darle un infarto con Charlie sólo allí. Si no llama, entenderé que rechaza la oferta. Buenas tardes y, otra vez gracias – sonrió –. ¡Linda, vamos!

Lilah dobló el papel dos veces y se lo guardó en el bolsillo mientras veía a la mujer y a la hija alejarse. Ciertamente, la niña parecía muy inquieta, pero también era adorable.

Miró el reloj de pasada y abrió los ojos enormemente al ver la hora. Era más de las ocho. Su primer pensamiento, fue que Christopher debía estar

preocupado por ella.

Luego rió con amargura. Ya ni ella misma se lo creía.

## Capítulo 8

– ¿Puedo preguntar de dónde vienes?

Lilah había intentado entrar por la puerta del jardín y le había abierto Eulalia, pero al subir a su nueva habitación, no se le había ocurrido pensar que Christopher podría estar esperándola.

– De pasear.

– Creo que te debo una explicación.

Su cuerpo tardó lo justo y necesario en reaccionar ante la presencia imponente de su marido.

Miró por encima de su hombro.

– Ahora ya no la necesito – decretó ella –. Tenías razón, desde el principio – dijo, refiriéndose todas las veces en los primeros meses de matrimonio en que le había reprochado su buena disposición respecto a este –. No se puede mantener un matrimonio cuando una de las partes no está dispuesta a intentarlo.

Christopher se preparó para protestar, pero ella no dejó que la interrumpiera.

– No te estoy echando en cara nada – dijo fríamente, antes que pudiese acusarla –. Sólo le aplico toda la lógica posible a la situación. Me parece bien que hayas predispuesto un contrato prematrimonial.

– No, no, te equivocas. No fui yo quien pidió un contrato. Fueron ellos, y ni a mí me dejaron leerlo.

– Yo ni sabía que existía.

– Lo sé. Al principio pensé que no era cierto, pero cuando vi tu cara esta mañana... Tu padre firmó por ti.

– ¿Y qué firmó exactamente?

– Llevo intentándolo averiguar tres años. Necesito la copia del documento que nos hicieron firmar para leerla y se que tiene que estar guardada en la caja fuerte de la biblioteca. Pero no tengo la clave y es imposible.

– No tendrás que preocuparte más por lo que diga el dichoso papel. Creo que lo mejor será terminar con este problema de raíz. Podemos divorciarnos.

Christopher parpadeó. El escalofrío que le supuso el significado de sus palabras viniendo de su boca, fue tremendamente revelador.

– No podemos – afirmó categórico –. No hasta asegurarnos que no nos

perjudicará – añadió viendo la cara de desconcierto de ella.

– ¿A qué te refieres?

– Necesito ver el contrato. Cuando conozcamos las cláusulas, podremos actuar conforme más nos convenga.

– ¿Y si lo que más nos conviene es seguir casados?

– Seguiremos casados.

Aquello la desconcertó.

– ¿Y si yo no quiero seguir casada contigo?

– Si yo puedo aguantar esta farsa, tú también – dijo, ignorando la punzada venenosa que lo atravesó.

– No te comprendo. Cuando tienes la oportunidad para librarte de mí, resulta que poner un montón de excusas para no hacerlo – sacudió la cabeza – ¿Qué buscas?

– Intento desvincularme de esta familia sin que para ello, alguno de nosotros salga perdiendo. Creo que bastante hemos perdido ya gracias a sus intrigas.

– ¿Por qué no dices mejor, que lo que temes es que te deshereden?

– Porque no es cierto. Ya no – sus ojos se volvieron increíblemente claros –. Y tampoco es cierto que me quiera deshacer de ti. Aunque al principio no lo veía, se que tú no tienes nada que ver con lo que tramaron. Te considero plenamente inocente.

– Vaya, muchas gracias – ironizó ella –. Pero me ha quedado bastante claro que no te va eso de la fidelidad y el matrimonio.

– No seas cínica. Eso no es así – intentó avanzar hacia ella.

– Si, claro que lo es – exclamó ella, alejándose –. La única que se ha esforzado por conseguir estabilidad he sido yo. Pero tú no quieres nada de eso, simplemente quieres tu libertad. Por fin lo he comprendido.

– No voy a imponer mi libertad a nuestras necesidades. Si tenemos que seguir juntos por el maldito contrato, lo seguiremos estando, ¿me has oído? – rugió él –. No es necesario que te preocupes por mí.

– Es que no es sólo por ti – se derrumbó ella, dándole la espalda. Caminó por la habitación sin volver a mirarlo –. Hoy me he dado cuenta que no es ésta la clase de vida que quiero.

– ¿No quieres seguir casada conmigo porque no nos amamos?

Tuvo que morderse la lengua y poner en orden sus ideas para no responderle la verdad sobre sus sentimientos.

– Creo que sin amor, ninguna relación puede funcionar. En el mejor de los

casos, podríamos llegar a acostumbrarnos y tenernos cariño, pero siempre seguiría ese vacío ahí. Y no quiero dedicarme solamente a la casa, o a criar niños. Antes de casarnos, tenía mi propio proyecto de vida, aunque creo que eso a ti no te interesa ¿verdad?

– Lilah...

Ella sacudió la cabeza.

– No, por favor. No es tan difícil de comprender. Quiero amar sin tener que preocuparme por si molestaré o no a alguien con mis sentimientos. Y quiero sentir aunque sea una sola vez que alguien me necesita, valerme por mi misma y no depender de nadie – dicho eso, rió con nerviosismo –. Suena ridículo, pero es lo único que siempre he querido –abrió los brazos con simpleza –. Sólo quiero vivir y tomar mis propias decisiones. Y lo único que he hecho hasta ahora ha sido sobrevivir.

– No pensarás que no me importan tus sentimientos.

– No has estado el tiempo suficiente conmigo como para llegar a sentir algo por mí.

– ¡Dios mío, creo que tres años son más que suficientes!

– No cuando te marchas a la menor oportunidad...

– No me vas a culpar a mi de todo. Es cierto que no puedo rebatirte nada que me has recriminado, pero tú tampoco te acercabas. Y mi orgullo no me dejaba acercarme mucho más a ti. Admite que huíamos el uno del otro.

Lilah lo miró atormentadamente. El dolor le impedía pensar con lucidez. Pero quería olvidarse de todo, quería dejar de analizar sus actos, sus emociones. Quería desconectarse de la realidad.

– De acuerdo. Lo acepto. ¿Podríamos terminar con esta discusión?

– No. Explícame cómo te sientes. Eso es lo que quieres ¿no?

– ¿Te importa?

– Si.

Lilah asintió sin estar del todo segura.

– Bien. Me siento como una inútil que sólo sirve en la cama. Ahora ni siquiera eso. Tú no me tienes en cuenta y yo sólo quiero librarnos a los dos de esta carga.

– Bien, ¿has terminado? – preguntó tras unos instantes –. Porque si es así, ahora me gustaría hablar a mí. No te amo, es verdad. Pero no me quiero divorciar de ti.

– ¿Por qué? – ignoró el dolor que le atravesó el pecho.

– No lo se – admitió –. Pero me encuentro mejor contigo que sin ti.



- ¿No te parece una contradicción?
- ¡Lilah! – exclamó frustrado –. ¿Qué tengo que hacer para que entiendas que quiero darle una oportunidad a nuestro matrimonio?
- ¿Volver a empezar? – susurró sin poder creérselo.
- Si. Estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para que esto funcione.
- ¿Pero por qué? ¿Por qué ahora?

Christopher exhaló un suspiro, encogiéndose de hombros. Se acercó a ella y cogió su cara entre sus manos.

– Ya te lo he dicho. Se que estaremos mejor juntos que separados. Y tal vez, si logramos la estabilidad de la que tanto hablas, pueda haber cabida para el amor.

De repente, todas las sensaciones que la atosigaban desaparecieron como si nunca las hubiesen estado perturbando. Dejaron paso a la alegre incredulidad.

– ¿De verdad?

Él sonrió mecánicamente.

– De verdad.

– ¿Y si no funciona?

– Deja de ser tan positiva – bromeó él, abrazándola –. Para empezar, me gustaría saber con qué mujer me he casado. No se nada de ti.

Lilah sonrió tanto que le dolieron las mejillas y los ojos le picaron casi insoportablemente.

– Pues yo lo se todo de ti. Se cuándo te salió tu primer diente, o cuando tuviste tu primera novia, qué comida te gusta, tus deportes favoritos...

– Me lo tienes que poner por escrito. Si quieres que te diga la verdad, no me importó mucho conocer cosas sobre ti. Aunque no me eras indiferente. Recuerdo cuando nos conocimos. Fue en el instituto.

– ¡No! Fue en la piscina de esta casa – exclamó con superioridad.

– No – la contradujo él con seguridad –. Fue en el instituto. La primera vez que te vi estabas sentada en una de las sillas de la cafetería con un libro en la mano y un zumo en la otra.

Ella se ruborizó.

– Vaya... No me acuerdo.

– Tú no me viste – explicó él, jugueteando con el cierre de su pantalón –. Pero recuerdo que mis amigos me contaron quién eras.

– ¿Cómo?

– Si, les pregunté quién eras y ellos me dijeron que eras nueva, empollona y que no te relacionabas con nadie.

– Ah. Entiendo – tartamudeó mirando fijamente los dedos masculinos bajando la cremallera del pantalón –. Aún no sabías que era la hija de tu padrastro...

– Estabas muy sexy con esas gafas y esa coleta – interrumpió él.

– Ya – rió ella.

– En serio. Parecías tan concentrada en lo que leías, sin prestar atención a nada más. Y cada poco rato apuntabas cosas en una libreta.

– Me lo creo – concedió ella.

– Ven.

La llevó a la cama y le quitó la camiseta. Se arrodilló y acercó la cabeza a sus pechos. Lilah se echó hacia atrás con torpeza.

– ¿Puedes apagar la luz?

– Venga ya, Lilah. No seas tonta. Sabes que me encanta tu cuerpo.

– Pues a mí no. Es plano completamente.

– Puede que aún se esté desarrollando – sonrió Christopher, intentando calmarla.

Lilah rió.

– Dejé de desarrollarme a los quince.

– ¿Qué es lo que falla? ¿Tus pechos? ¿Las caderas?

– Todo – suspiró ella, tumbándose.

Unas manos ágiles recorrieron su vientre hasta llegar a sus senos. Y repitió la acción.

– Pues a mí me gustan.

Lilah rió, huyendo de sus manos.

– Desnúdate tú primero.

Christopher arqueó las cejas con escepticismo.

– No creo que sea un reto, porque de sobra sabes que no me importa, pero me toma por sorpresa tal petición, no te lo voy a negar.

– ¿Por qué?

– Ha sonado un tanto lujurioso – aclaró deshaciéndose de la camisa y los pantalones con urgencia –. ¿Me quito algo más? – arqueó una ceja con picardía.

Lilah se mordió el labio pero avanzó hacia él. De un tirón le bajó los calzoncillos y se retiró para contemplarlo.

– ¿La timidez desapareció?

Sin esperar a que pudiera contestar, la besó y se tumbó sobre ella. El peso de su cuerpo hundió delicadamente el colchón y ella quedó atrapada. Al

instante un calor sofocante les hacía jadear a los dos, mientras se acariciaban sin cesar. Lilah le recorrió la espalda desnuda con dedos titubeantes, le apretó los glúteos sintiendo como suyo un estremecimiento que atravesó el cuerpo de Christopher.

– Hazlo otra vez – le susurró al oído con voz ronca.

Él hundió la cabeza en el espacio libre entre sus senos mientras ella lo volvía a hacer. Le bajó los cascotes del sujetador y rodeó un pezón con la lengua, clavando sus caderas contra las de ella. Lilah se arqueó contra él olvidando sus reservas. Sonriendo de anticipación.

Segundos después, las manos astutamente silenciosas de Christopher habían desabrochado el cierre del sujetador y ahora, dicha prenda, descansaba junto a la ropa interior de Christopher.

¿Cuánto hacía que no hacían el amor?, pensó Christopher con una urgencia impropia de él. Estaba a punto de explotar. Con manos torpes tanteó la mesita de noche y la abrió.

– ¿Te has traído las pastillas? – Ella negó –. Lo suponía. Éste es otro tema del que tenemos que hablar, pero no ahora.

Segundos después, volvía a la cama con el preservativo puesto. Se tumbó a su lado y le sujetó la cintura para ponérsela encima.

– ¿Qué haces?

Christopher se fijó en la única prenda que cubría su cuerpo y frunció el entrecejo.

– Esto no debería de estar aquí – masculló para sí, quitándosela. Tanteó con delicadeza la humedad y ambos gimieron.

– ¿Por qué te tumbas? – preguntó luego ella en un jadeo.

– ¿Se te ha ocurrido pensar que tú podrías ir arriba alguna vez? – gruñó

– Si, pero no me atrevía a decírtelo.

– Tonta – dijo cariñosamente, robándole un beso mientras la estimulaba con la mano –. Propongo hacer otra lista con las cosas que no me has dicho nunca y que se te han pasado por la cabeza.

Lilah silbó.

– Creo... – tragó saliva y volvió a gemir – que no habría hojas suficientes...

Él rió, acariciándole los pechos hasta ver cómo se le aceleraba la respiración a Lilah.

– Sabes lo que tienes que hacer ¿verdad? – bromeó.

– Si – murmuró sujetando el miembro erecto entre sus dedos.

Más que decir lo que tenía que hacer, se lo demostró. Una vez en su interior, Christopher apretó los dientes al sentir su húmeda cavidad apretarlo rítmicamente. Se quedaron quietos el tiempo suficiente para que Lilah se acostumbrara a la intrusión.

– Estás increíble – jadeó él. Luego se rió de sí mismo.

– Nunca... Nunca había sentido... – quiso explicarle que nunca había sentido esa conexión con él, que jamás lo había sentido tan cerca de ella. Ahora sentía que compartían el placer juntos, y no por separado –. Es maravilloso – le besó.

– Tú lo eres.

El corazón de Lilah saltó en su pecho al mismo tiempo que una corriente de fuego le atenazaba la parte baja del vientre.

Christopher le sonrió con toda la ternura capaz en tan excitante situación.

Lilah echó la cabeza hacia atrás, mientras él le sujetaba las caderas. Sintió las suaves ondulaciones de su cabello deslizarse por sus dedos. Ella se levantó con las rodillas iniciando el contoneo sexual. Pronto sus gemidos quedaron atrás, los jadeos se convirtieron en exclamaciones mientras el ritmo la fricción aumentaba. El quemazón se convirtió en una hoguera dentro del vientre femenino. Christopher tenía brillo sobre la frente, revelando el sudor por el esfuerzo. A ratos cerraba los ojos, cuando era demasiado insoportable el placer y creía explotar. A unos segundos de alcanzar el clímax, Christopher se sentó, apoyándose en el respaldo de la cama y elevó sus caderas con fuerza hacia arriba, provocándole un grito de placer a Lilah. Su expresión cambió y se convirtió pronto en satisfacción al llegar al orgasmo y, mientras se unía a ella, la besó introduciéndole la lengua al ritmo de sus embestidas.

Lilah se dejó caer sobre él, rodeándolo estrechamente con sus brazos.

Christopher echó la cabeza hacia atrás hasta tocar la madera maciza a su espalda. Le recorrió la espalda con las manos y el pelo, murmurándole palabras cariñosas, hasta que se dio cuenta de que estaba demasiado silenciosa y, al elevarle la cabeza para mirarla, se encontró con unos ojos brillantes.

– ¿Estás bien?

Ella asintió.

– ¿Te he hecho daño? ¿Ha sido muy apresurado? – se preocupó, saliendo de su interior y desprendiéndose del preservativo.

– No. Ha sido la mejor experiencia de mi vida.

Él la abrazó, besándole la frente.

– A partir de ahora, todas serán iguales o mejor. Por lo pronto, no pienso salir de la cama hasta que nos obliguen.

– Me parece bien – bromeó estirándose –. Eulalia podría ser nuestra cómplice.

– Si, le pediremos que vaya a comprar preservativos a la farmacia – afirmó con malicia, poniéndose encima de ella nuevamente.

Lilah se imaginó automáticamente a la anciana pidiendo una caja de preservativos en la farmacia y estalló en carcajadas. La acción provocó una leve fricción en ambos cuerpos. Christopher miró hacia el lugar donde habían estado unidos.

– Creo que eso no será posible. Tendremos que aprovecharlos bien... – Lilah se acurrucó bajo su cuerpo perezosamente.

– Estoy agotada.

– Pues yo no ¿Vienes a la bañera? Hay una bañera, ¿se me ha olvidado mencionártelo?

– No puedo ni con mi alma – bostezó, pasándole una pierna por la cadera. El vello de las fuertes piernas masculinas le provocó un cosquilleo –. No vayas tú tampoco, ¿cuántas veces te has duchado hoy? Eres un adicto a las duchas.

– Y eso que no son compartidas. Y si no quieres que lo sean, aparta esa preciosa pierna de encima porque mis genitales están bastante cerca de los tuyos.

Lilah los apartó inmediatamente, tapándose la boca con la mano para no reír. Sus ojos brillaban divertidos.

– Perdón.

Él rió entre dientes.

– Me gusta esta nueva Lilah – susurró acercándola de nuevo –. Me gusta mucho.

Tras un suspiro de felicidad, Lilah dejó que el sueño la venciese con un extraño pensamiento de esperanza. Aún podían ser un matrimonio de verdad. Podría nacer el amor entre los dos.

## Capítulo 9

A la mañana siguiente, fue Lilah quien despertó primero.

El sol entraba por los ventanales iluminando la habitación. Hacía bastantes días que no aparecía tan orgullosamente alzado por encima de las nubes. La habitación tenía un aspecto íntimo ahora que la luz a la que ella le había temido tanto, revelaba la ropa esparcida por el suelo, las sábanas arrugadas y, dos cuerpos entrelazados.

Christopher le respiraba en la nuca. Ella, que estaba dándole la espalda, sólo podía ver su pierna encima de la suya y, un brazo rodeándole la cintura. Muy lentamente se dio la vuelta para quedar frente a él, cuidando de no hacer ningún movimiento brusco que lo despertase. Debería de estar agotado.

Una sonrisa tontorróna se le dibujó en la cara al recordar la noche anterior, sin duda la mejor de todas las noches que había pasado con Christopher. Luego estaba la noche de bodas, y tal vez incluso la del primer aniversario, pero ninguna fue tan tierna ni tan apasionada como la de esa noche. Simplemente, Christopher había dejado claro que deseaba darle una oportunidad a su matrimonio y a ella. Por encima de los planes predispuestos por su familia.

Lo miró deteniéndose en todos los detalles de su cara. La sombra de la barba le daba un aspecto más vigoroso. Los ojos cerrados y la acompasada subida y bajada de su pecho le hacía parecer sosegado, alguien con quien sería fácil tratar. Y nada más lejos de la realidad. Christopher era increíblemente complejo. Impredecible, dominante, orgulloso... Casi demasiado. Pero recapacitando sobre ello, Lilah confirmó que lo amaba a pesar de aquello a lo que se le podía llamar defecto. Era posesivo, ¿y qué? Siempre lo había sido. Todas aquellas cualidad personales estaban presentes cuando se enamoró de él, por lo tanto, Christopher no sería Christopher sin ellas. Ella amaba absolutamente todo de él.

– ¿Te gusta observarme?

Lilah dio tal respingo por el susto que casi se cae de la cama.

– ¿Estás despierto? – preguntó algo abochornada.

– Me he despertado cuando te has movido – abrió los ojos y sonrió –. Y luego, me has confirmado que estabas despierta cuando has suspirado. ¿En qué pensabas?

– En nada – balbuceó, dándose la vuelta.

Christopher se le echó encima y le habló eróticamente al oído mientras miraba sus pechos desnudos.

– Creo que sé de qué se trata. ¿Un suspiro de felicidad? Nada mejor después de una noche de pasión con tu marido.

Lilah sonrió con agitación.

– No estaba pensando en eso.

– Mentirosa ¿Entonces en qué pensabas? – fingió mostrarse ofendido y preguntó– No será en otro...

Lilah frunció el entrecejo, aunque conservando la sonrisa.

– No.

Él sonrió orgulloso y le besó la mejilla.

– Me gustaría que hoy fuésemos a ver al perrito, el que casi atropellan – siguió ella.

– Se a cuál te refieres—. Por mi no hay ningún problema, pero creo que vamos a tener que ir andando. Me niego a pedirle a mi abuelo un coche.

– Ni yo quiero que se lo pidas. ¿Está muy lejos de aquí?

– La verdad es que la idea de coger un taxi me parece más atractiva que la de ir andando.

– Creo que en la guía de abajo está apuntado el número de la... – la voz se le cortó cuando sintió la mano de Christopher en su vientre.

– ¿Hmm? – murmuró él, lamiéndole el lóbulo.

Lilah dejó de hablar con un suspiro de felicidad, mientras se dejaba caer en los brazos de su marido.

– Me toca.

– ¡Eh! Eres un tramposo.

– ¿Pero qué dices? – fingió sentirse ofendido –. No es mi culpa que no estés concentrada en el juego.

Lilah pensó que no era para menos, si tenía en cuenta la visión que tenía ante sí. Christopher sintió su mirada sobre su pecho desnudo y sonrió seductoramente.

– Si estoy distraída y encima haces trampa.

Él se acercó más a ella, aplastando las cartas mientras se echaba sobre ella.

– Abre la boca.

Ella lo obedeció y él le puso un trozo de fresa en la boca.

– Están demasiado fuertes para mi gusto – arrugó la nariz cuando la mordió.

– Podríamos probar echarle nata. O... – juntó los labios con los de ella y la besó eróticamente, sujetándole con la barbilla –. Mucho mejor.

Ella asintió y volvió a coger una fresa.

– ¿Puedo probar yo? – preguntó, tendiéndole la fresa.

El cogió la pequeña fruta entre sus dedos y, luego se la situó entre sus dientes.

– Adelante – intentó decir, aunque no se le entendió mucho.

– No te muevas – le advirtió. Él empequeñeció los ojos y se le dibujó un pequeño hoyuelo en la mejilla izquierda –. Y no te rías.

Él se tumbó sobre la alfombra donde habían estado jugando a las cartas y levantó las cejas. Ella vaciló, pues para llegar a su boca, tendría que tumbarse sobre él, o bien rodear la pequeña mesa auxiliar.

– Vamos, échate encima.

Más o menos eso entendió Lilah, que terminó por obedecerle y con la cara ardiéndole, empezó a trepar por su cuerpo. Situó a un lado y a otro las piernas, teniendo sus caderas ancladas en las de él.

A Christopher empezaba a salirle jugo de la boca.

– No, no, déjame a mí – murmuró ella inclinándose sobre él cuando intentó quitárselo con la mano.

Usó su lengua para lamer el recorrido de líquido ácido y se mordió el labio con una sonrisa satisfecha.

Él terminó de darle el mordisco a la fruta y de su boca salió más canalillos de zumo. Ella repitió el gesto hasta que unió su boca a la suya y disfrutó del sabor, repentinamente Lilah de la fresa. Ambos cuerpos quedaron tumbados sobre la alfombra, sólo que él se situó encima. Lilah, que la única ropa que llevaba era una vieja camiseta de Christopher y unas bragas, sintió las manos de Christopher sobre su trasero. Con idénticas ganas, lo imitó.

En el transcurso de las tres últimas horas habían hecho el amor varias veces, hasta que se habían detenido a pedirle a Eulalia que le subieran algo para desayunar.

– Tengo unas ganas terribles de hacerte el amor.

– Me he dado cuenta, si – rió ella, acariciándole el bulto de sus pantalones.

– Estoy recuperándome de la abstinencia. Creo que estas últimas semanas es el período más largo que hemos estado sin hacer el amor. Y no recuerdo el



por qué.

– Tus exámenes – le recordó ella.

– Pues no dejes que se vuelvan a poner por medio. Malditos – se recostó contra su pecho.

Lilah sonrió.

– Soy yo la que no me atrevería a meterme entre tus exámenes y tú – le acarició el pelo.

– Tranquila cariño. Sólo quedan unos pocos meses y la pesadilla habrá terminado. Ahora... ¿en qué estábamos?

Unos golpes en la puerta los interrumpió. Al otro lado, ambos escucharon a Rachel llamando a grito pelado a Christopher.

– Se que estás ahí, Christopher. Abre la puerta – volviendo a dar golpecitos.

– ¿Qué quieres? Estoy ocupado.

– ¿Está Lilah contigo?

Christopher puso los ojos en blanco.

– Por supuesto.

– Tengo que hablar con ella. ¿Puedo entrar?

Christopher miró a Lilah, bajo él.

– Entra.

Rachel los vio en el momento exacto en que estaban intentando enderezarse y frunció el entrecejo, mirándolos desaprobadora.

– ¿Qué significa esto? ¿No podéis bajar a desayunar como todo el mundo?

– No – dijo sonriente Christopher, mientras abrazada a Lilah –. He decidido que pasaremos una segunda luna de miel y, – echó un vistazo a el dormitorio, visiblemente desordenado – como ves, la estamos aprovechando bien. ¿Y qué querías?

Rachel miró a la pareja abrazada en la alfombra con disgusto.

– Venía a preguntarle a Lilah qué se va a poner para la cena.

– ¿Qué cena?

– ¡Hoy es 31 de Diciembre! ¿Os suena de algo la fecha?

Ambos rieron por lo bajo, porque en realidad, no tenían ni idea del día en que estaban.

– ¿Y bien?

Rachel esperaba una respuesta.

Lilah titubeó.

– No lo se.

– No te preocupes, mamá. Lilah se pondrá lo que vea conveniente.  
– Prefiero elegírselo yo.  
– No. Después, cuando nos apetezca salir de este maravilloso cuarto, saldremos a un centro comercial y que ella elija el vestido que más le guste – decidió Christopher, mirándola con orgullo.  
Rachel lo miró con espanto.  
– ¿Pero qué dices? Ni loca deo que ella elija la ropa – se enfurruñó.  
Christopher la miró divertido.  
– De acuerdo.  
La mujer sacudió la cabeza.  
– Christopher – se interrumpió de repente, pues parecía haberse arrepentido de hablar –. Es mejor que hagas lo que te digo.

El resto del día, fue tal y como Christopher lo organizó. Primero fueron en busca del perrito que tantas ganas tenía Lilah de ver. Una vez allí, le dijeron que le habían buscado una familia para que se hiciera cargo de él. Lilah tuvo que hacer un esfuerzo para no pedirle a Christopher que se lo quedaran ellos.

– ¿Estás bien?  
– Sí, claro – sonrió –. Me alegro que esté bien.  
– Seguro que estará mejor con su nueva familia.  
Ella le rodeó la cintura con los brazos y sintió el corazón más ligero.  
– Gracias.

Él le devolvió la sonrisa y le dio un beso en la frente.

– ¿Nos vamos?

La próxima parada, fue directamente en el centro comercial. A pesar de las protestas de Lilah, el primer lugar donde se metieron fue en una joyería. Tras comprarle un collar con una piedra preciosa, dos anillo y una pulsera de diamantes.

– ¿Y el otro anillo? – le preguntó cuando salieron de la tienda.  
– Lo dejé ahí haciéndole un arreglo.  
– Pero si me estaba perfecto.  
– No exactamente. Le faltaba lo más importante.

Lilah optó por no decir nada más, ya que Christopher parecía muy satisfecho consigo mismo. Después fueron a comer en un bar nada elegante, pero sí con muy buena comida, que estaba repleto de gente. Unos amigos pararon a Christopher e hicieron que se sentara en su mesa.

– Qué sorpresa. No sabía que estabas con tu hermana aquí en Nueva York.

Lilah suspiró interiormente. La gente que los conocía algo mejor, tal como aquellos jóvenes que habían sido amigos de Christopher en el instituto, no tenían ni idea de su matrimonio. A la boda, en realidad, solo habían asistido los familiares más cercanos de la familia y, misteriosamente, la prensa se había visto alejada.

– En realidad, es mi esposa – sonrió pareciendo complacido.

Una marea de protestas se alzó, mezcladas con incrédulas felicitaciones. Aunque la cosa no pasó a mayores. Terminaron de almorzar y se despidieron, rumbo a las tiendas de ropa.

El día de compras terminó a las ocho y media, con Christopher cargado de bolsas por todos lados y Lilah sujetando dos helados.

– Estoy deseando llegar a casa y quitarme estos zapatos – dijo una vez montada en el coche.

– Te dije que no le hicieras caso a mi madre y te pusieras zapatos cómodos.

– Pero los zapatos cómodos no pegan con ésta ropa – se señaló el delicado jersey de lana y los pantalones de pitillo.

– Estás estupenda.

Lilah sonrió, casi se estaba acostumbrando a sus cumplidos.

– ¿Crees que tendremos tiempo de llegar y meternos en la cama? – preguntó él, una vez que salieron a carretera.

– No, de hecho creo que ya debe de haber llegado invitados de tu madre...

Y así fue efectivamente. Nada más entrar en la casa, apareció la figura de Rachel envuelta elegantemente en uno de sus carísimos vestidos de terciopelo verde.

– ¿Sabéis la hora que es? Lucia acaba de llegar con su familia y las primas tienen que estar al caer.

– ¿Lucia? – la cara de Christopher pareció tallada en piedra.

– Pensé que te gustaría reencontrarte con ella – dijo inocentemente su madre, acariciándole el brazo –. Ella, ciertamente, está deseando verte.

– No tengo especial interés en verla. A decir verdad, tengo muchísimas más ganas que acabe la noche.

*Y yo*, pensó mentalmente Lilah. Tras Rachel, se podía ver claramente las tres figuras de los Leonetti sentados cómodamente en el sofá. Como intuyendo su mirada, Lucia giró la cabeza. Pareció desagradablemente sorprendida al verla allí parada, pero al instante le dedicó una sonrisa burlona.

– ¡Christopher, mio amore!

Christopher se mantuvo rígido mientras Lucia llegaba hasta ellos. Luego se le tiró al cuello y le estampó un sonoro beso en los labios.

Él no le correspondió, pero tampoco se apartó.

– Tenía tantas ganas de verte. Me disgusté mucho el año pasado contigo cuando no pudiste ir a mi cumpleaños. Lo hubiéramos pasado tan bien juntos...

Lilah sofocó las ganas de salir de allí y se obligó a seguirlos hacia el salón, donde las cabezas de los padres de Lucia sobresalían del sofá. Christopher miró por encima de su hombro, aunque no hizo nada que le dijera que quería que fuera a su lado.

Los invitados se pusieron en pie para saludar al recién llegado, sin prestarle la más mínima atención a ella. Poco a poco, se dio cuenta que se había quedado a tres metros del grupo que conversaba amistosamente de su exitoso marido. Pero misteriosamente, fue incapaz de acercarse, ni siquiera por Christopher.

El timbre interrumpió la conversación, solo unos instantes.

Lilah se giró y salió al recibidor para abrir la puerta.

– Vaya, ¿ejerciendo deberes de anfitriona? – fue el saludo que recibió por parte de Christina –. Siento decirte que son pésimos.

Lilah la ignoró y, sin decir una palabra, marchó escaleras arriba, rumbo a su habitación.

## Capítulo 10

– ¿Qué es lo que ocurre ahora?

Lilah se giró sorprendida, haciendo que las gafas que sostenía en puente de su nariz, resbalaran y le desenfocara la visión de Christopher, con la impaciencia tiñéndole los ojos de un verde insondable.

– Nada... – murmuró tranquilamente, apartando sigilosamente uno de los dibujos que estaba haciendo –. Me duele un poco la cabeza, creo que me acostaré y mañana estaré como nueva.

Christopher esperó unos segundos antes de hablar.

– Lilah, queda dos horas para que termine el año, ¿y tú quieres pasarla encerrada en la habitación?

Lilah se levantó de la silla y se acercó a él.

– No me apetece estar con ellas. Lo siento.

– Pero...

– Escucha, no te he pedido que tú hagas lo mismo, pero yo no pienso bajar allí abajo. Prefiero estar aquí y dormirme pronto.

Dicho esto, volvió a su lugar de trabajo, dándole la vuelta al folio en el que había dibujado el principio de lo que sería la cara de Christopher.

– Yo quiero estar contigo.

Lilah suspiró interiormente, aunque las palabras lograron acelerarle el corazón.

Sonrió.

– Y yo también. Pero...

– Hazlo por mí, solo será un par de horas. En cuanto den las campanadas nos subimos. No puedo desaparecer así como así delante de Luca. Sería de mala educación.

Se refirió al padre de Lucia, al que en otro tiempo había admirado.

– Por favor... – Christopher se arrodilló a su lado y la miró con ojos suplicantes.

Lilah puso los ojos en blanco.

– De acuerdo.

Christopher la agarró de la mano y la sacó de la habitación. Bajaron la escalera cogidos de la mano y así aparecieron en el salón. Rachel la miró desconcertada.

– ¿Y tú vestido?

Lilah se ruborizó y pareció esconderse tras Christopher.

– Subiste a ponértelo, ¿no?

Ella fue a contestar cuando se vio arrastrada por su marido hasta el sofá.

– Ha habido un pequeño problema con el traje. Verás, los botones parecen haberse despegado de su sitio – mintió Christopher con total credibilidad –. Estaba ayudando a ponérselo cuando le di un tirón más fuerte de lo necesario y se rompió. Venden una telas muy frágiles, mamá. En fin, ¿alguien quiere champagne?

– ¿Y por qué no se ha puesto otro? ¿Acaso es tan inútil que no sabe ponerse un vestido ella solita? – masculló.

Christopher abrió los ojos echando chispas alegres y miró a su madre con la respuesta escrita en los ojos. Rachel se ruborizó e inspiró de forma irregular.

Por encima de ellos, se escuchó una carcajada proveniente, increíblemente, del padre de Lucia.

– A veces las madres son muy inocentes, ¿verdad, hijo?

Christopher rió por lo bajo y acomodó a Lilah bajo su brazo.

– Si supieras cuánto – sonrió, lanzándole una mirada furtiva a Lucia, que lo miraba con la boca abierta. En realidad, Lilah pudo ver la incertidumbre en sus ojos, como debatiéndose entre el orgullo.

– Así que debemos suponer que vuestro matrimonio...

– Nuestro matrimonio es – remarcó el verbo –, absolutamente perfecto, Lucia. Gracias por preocuparte – dijo la última frase con ironía.

Lilah notaba lo tenso que estaba. La mano que le rodeaba los hombros, parecía preparada para lanzar un puñetazo en cualquier momento. Incómoda, se removió intentando que aflojara la presión.

Lucia la miró arqueando una ceja. Había burla en su cara. Y odio.

– Tenía entendido otra cosa.

Lilah rezó para que la noche no transcurriera enteramente así.

– Te equivocabas.

Lucia fingió una sonrisa y cambió, milagrosamente, de tema.

Luca le preguntó a Christopher por sus estudios, como todo el mundo y quedó asombrado por sus notas.

– Yo no era tan bueno como tú, ni de lejos – dijo con gran acento italiano –. Mamma Mía, eres excelente muchacho. Si no supiera que cuando termines tienes trabajo, te sobornaría para que trabajaras para mí – rió.

– Ya lo creo, amore – intervino Lucia –. Siempre has sido el mejor en todo – ronroneó.

Christopher hizo una mueca casi imperceptible.

– ¿Y tú, Luca? Quiero suponer que todo marcha bien en tu empresa.

– Por fortuna tengo muy buena gente trabajando para mí. Acabo de firmar un contrato con un griego y todos hemos quedados muy satisfechos.

Lilah ni siquiera sabía a qué se dedicaba aquel hombre, por lo que ignoró gran parte de la conversación.

De repente, Rachel apareció dando dos palmadas.

– La cena ya está lista.

En la mesa ya estaban sentadas las primas de Christopher, junto a sus padres.

Lilah y Christopher se dirigieron a los dos sitios vacíos que quedaba al lado de la cabecera de la mesa, pero Lucia se interpuso entre ellos, poniéndose delante de Lilah. Christopher la miró cansado y le separó la silla de la mesa a Lucia para que pudiera sentarse.

Lilah miró a Christopher desilusionada. ¿Querría estar al lado de ella?, pensaba mientras daba la vuelta a la mesa para ocupar otro asiento.

Estaban casi todos sentados, cuando él mismo siguió los pasos de Lilah y, ante la mirada estupefacta de Lucia, se sentó al lado de su esposa.

Era bastante obvio el resentimiento por parte de la modelo, que no dejaba de lanzar miradas asesinadas al otro extremo de la mesa, aunque no volvió a intentar entablar conversación con Christopher. De hecho, estaba casi tan callada como Lilah, que apenas probó bocado.

Otro que tampoco estaba animado era Christopher, que apenas participó en la charla común de la mesa. Lilah temía que todo lo que habían logrado hasta entonces, habría quedado olvidado y de nuevo su matrimonio fuera igual que antes. Tampoco se le escapaba las miradas que Christopher le lanzaba a Lucia, cuando creía que nadie lo miraba. Rachel, estaba tan contenta que no cabía en sí de dicha. Obviamente no era la única que se había percatado del interés de su marido.

– ¿Quieres un poco más de vino?

Lilah se había girado entusiasmada porque Christopher le prestara atención. Pero la había mirado con tal desencanto que lo único que quería, era desaparecer de allí, mientras el amargo sabor de la pérdida la llenaba de desdicha.

– Me siento un poco mal, prefiero regresar a la habitación, si no te

importa.

Christopher ni siquiera le contestó.

Una risa histérica pareció asfixiarla. Los ojos le pesaban.

– Buenas noches – dijo en voz alta.

Entonces, Rachel la miró como si se hubiera tomado una botella entera de vino.

– Lilah, querida, aún queda mucha noche por delante, no nos vas a privar de tu agradable compañía, ¿verdad?

– Creo que Lucia puede reemplazarme perfectamente – respondió mirando fijamente a Christopher, quien no dijo nada para contradecirla –. Ha sido un placer conocerles – se dirigió a los Leonetti.

– ¿Pero qué es lo que tienes, niña? – le preguntó Sean con el ceño fruncido.

– Jaqueca.

– Vaya, eso sí que es mala suerte. Será mejor que duermas hasta mañana – comentó Lucia –. Buenas noches, Lilah.

Sin aguantar una puya más, salió del salón. Una parte pequeñísima de su corazón esperaba que Christopher fuera a buscarla, lo necesitaba. Pero lo cierto es que no apareció en la habitación hasta bien entrada la media noche.

Sus pasos moviéndose por la habitación fue lo que la despertó. La habitación estaba a oscuras, y aún se podía escuchar las carcajadas de los invitados que aún continuaban en la planta de abajo.

– ¿Estás despierta?

Lilah no contestó. Fingió estarlo pero cometió el error de tensarse cuando Christopher se metió en la cama. Ni siquiera estaba preparada para la embestida de sus labios. Ni para la oleada de excitación que terminó por ganarle la partida a la razón. Lo que ninguno de los dos esperaba era el toque salvaje que le dieron a la pasión.

– Te necesito – le murmuró, abarcando sus pechos con las manos.

Por un instante, creyó que le iba a decir “te quiero”. Su propia necesidad de escucharlo la confundía.

– Yo también – gimió rodeándole el cuello con los brazos. Uno de los calcetines quedó olvidado bajo un montón de mantas, mientras el otro corrió suerte parecida pero en el suelo. Christopher la empujó con firmeza hasta el cabecero de la cama y se ayudó de dos de los tantos pilares de madera que lo adornaban para arrinconarla de manera que su cuerpo solo tuviera contacto



con él y con el cabecero. Lilah respiró agitada cuando sintió una mano firme arrancándole el sujetador. Tanta pasión la abrumaba, pero también encendía en ella una excitación irresistible.

Con idéntica decisión, se situó entre sus piernas abiertas. Volvió a besarla, deslizando rítmicamente la lengua en el interior de su boca, absorbiendo sus gemidos.

Christopher bramó de impaciencia y tiró de la camisa. La ropa quedó completamente rasgada, mientras las sábanas colgaban de la cama, completamente ignoradas.

– Quítate esto – él señaló su pijama mientras se desabotonaba el pantalón.

Lilah se apresuró a obedecerlo, sin quitarle los ojos de encima. Él quedó desnudo al instante. Las manos, como por propia voluntad, se alzaron ante sus ojos para tocar el torso desnudo de Christopher. Él la imitó, tocándole los pechos.

Una carcajada, peligrosamente cerca, irrumpió en su momento apasionado.

– ¿Quién era?

Christopher, lanzó una mirada por encima de su hombro y, acto seguido se levantó de la cama para ir hacia la puerta. Esperó hasta que las risas disminuyeron y, volvió hacia la cama.

– Estás preciosa – le dijo, mirando su cabello desparramado por la almohada.

Ella se ruborizó, mientras era observada por su marido. Le devolvió la mirada. Éste inspiró profundamente.

– Necesito calmarme un momento.

– No lo hagas. Ven... – abrió tentadoramente las piernas.

Christopher jadeó. El sudor le cubría la frente. Se colocó encima de ella, pero sin penetrarla. Tiró de uno de los pezones con los dientes y le tocó la humedad de entre las piernas.

– Ponte bocabajo.

Lilah lo miró confundida.

– ¿Qué?

Sin contestarle, la ayudó a obedecerlo y volvió a colocarle la mano en su sexo mojado. Lilah se arqueó hacia atrás. Una oleada de electricidad le agarrotó todos los músculos cuando sintió los mordiscos de Christopher por su espalda y su cuello. Utilizaba su boca para excitarla, como si los dedos que imitaban a la perfección el acto sexual no fueran suficientes. Los pinchazos de placer se intensificaron tanto, tanto que explotó. Miles de estrellas se

estrellaron contra el centro de su cuerpo, arrancándole un grito desde el fondo de su garganta. Christopher jadeó contra su nuca, como si él fuera quién había experimentado el clímax. Sorprendentemente para ella, no le dio tregua y los movimientos de sus dedos no cesaron. Lilah estuvo a punto de protestar, porque se creía incapaz de experimentar tan rápido otro clímax. Pero se dio cuenta que le faltaba el aliento, así que lo dejó hacer, por lo que pronto descubrió lo equivocada que estaba.

– Tú... – consiguió decir cuando se vio arrastrada de nuevo por una marea de excitantes sensaciones –. Contigo...

Él pareció entenderlo, porque se apartó de encima de ella para que pudiera moverse y quedó sentado en el centro de la cama, con los brazos extendidos.

Lilah comprendió que quería que se sentara encima de él. Ayudándose con las rodillas, abrió las piernas hasta que la erección rozo de lleno con la entrada de su sexo. Gimieron al unísono cuando Christopher empujó hacia arriba y ella se dejó caer hacia abajo, consiguiendo la unión de sus cuerpos. Ella se echó hacia atrás y apoyó cada mano en el colchón, al mismo tiempo que él le sujetaba la cintura y comenzaba a marcar el ritmo.

– Muévete... – le susurró él al oído, al mordisqueó suavemente después –. Utiliza las rodillas.

Lilah lo hizo, aumentando la velocidad de la cópula. Los gritos de placer se alzaron por encima de cualquier otro sonido. Christopher sentía el vientre tenso y que en cualquier momento derramaría su simiente. Metió la mano una vez más entre sus cuerpos para estimularla, pero eso aparte de los posibles efectos que tuvieron en ella, en él también surgió efecto. Sentir en su mano el vaivén de sus caderas mientras se deslizaba por su sexo, fue más de lo que humanamente se podía aguantar.

Lanzó una mezcla entre gruñido y grito, mientras se dejaba caer con ella debajo, sobre el colchón. El movimiento provocó que las paredes vaginales se cerraran en torno a su miembro y, tras unas cuantas embestidas profundas, terminó por dejarse llevar. El orgasmo fue simplemente el más brutal que había tenido en su vida. Lilah, por su parte, parecía sufrir convulsiones mientras lo atraía hacia su pecho.

– ¿Christopher?

Una franja de luz se reflejó en el hombro húmedo de Christopher y Lilah vio entonces la cabeza de Christina asomándose por la puerta. Retuvo el aliento apenas unos instantes. Christopher lanzó un improperio y, dio un fuerte

tirón a la sábana que logró cubrirlos parcialmente. Aunque nada podría haber evitado que la prima supiera lo que habían estado haciendo. No cuando ella estaba con las piernas abiertas y Christopher entre ellas.

– ¡Lárgate! – exclamó Christopher, dedicándole una mirada asesina.

– ¿Qué está pasando aquí? – preguntó la voz de Rachel, uniéndose a la escena.

Christina se retiró lo suficiente para que Rachel pudiera abrir la puerta del todo y, los cuerpos entrelazados de los amantes quedaran iluminados por la luz artificial del pasillo.

– Oh... – gimió Lilah, escondiéndose bajo el hombro protector de su marido.

Christopher les ordenó una vez más que se marcharan, y Christina lo obedeció, pero en su lugar, llegaron Sean y Andrew.

– ¿Pero qué...?

Christopher temblaba literalmente de ira, por lo que, sin la menor vergüenza, salió de la cama teniendo cuidado de que Lilah estuviera cubierta por las sábanas y, ante tres pares de miradas estupefactas, cerró la puerta de un portazo.

– Esto, es lo último que me faltaba por ver – le dijo a Lilah antes de meterse en el baño y, volviendo a dar un portazo.

Lilah, que aún tenía las piernas temblorosas, salió de la cama con pasos indecisos y llamó suavemente a la puerta. Como no obtuvo respuesta, entró.

– ¿Christopher?

Estaba dentro de la ducha con el agua cayéndole estridentemente por el cuerpo. Tenía los ojos cerrados y los hombros caídos.

– Vete a dormir.

– No eres el único que ha pasado vergüenza hace un rato – le reprochó ella, dolida por su manera de alejarla de él.

– La vergüenza no es uno de mis sentimientos ahora mismo. Indignación, rabia, incluso incredulidad, ¿pero vergüenza? ¿Por qué tendría que sentirla?

– Relájate, no dejes que esto...

– Lilah no estoy de humor para escucharte.

– Pero...

– ¡Vete!

Ella luchó contra el nudo que sentía en la garganta, pero terminó perdiendo y los ojos se aguaron. Salió del baño, con el autoestima por el suelo y se tumbó en la cama. Los sollozos la entristecían aún más, pero tenía que sacarlo

todo. Se dio la vuelta, intentado encontrar una postura cómoda cuando se dio cuenta de algo en que, hasta ahora, no había prestado atención. Christopher no había usado protección. Pequeños canales de semen resbalaban por su muslo hasta rozar las immaculadas sábanas.

Un fiero estremecimiento le recorrió la columna. Dejó de respirar, fijándose en la parte de su cuerpo protagonista: el vientre. Y si... No podía ni construir una frase semejante en su mente.

Se preguntó si debía contárselo a Christopher.

Miró la puerta cerrada que la alejaba de su marido. E inmediatamente después el gruñido de éste seguido de un sonido sordo.

Definitivamente *no*.

Christopher no durmió con ella esa noche. Después de salir del cuarto de baño, recogió su cartera y salió de la habitación. Sin explicación alguna. Sin dirigirle una sola mirada.

Lilah se pasó toda la mañana en la cocina, hablando con Eulalia. En cierto momento de la mañana, apareció su padre, pidiendo hablar con ella.

– Si tienes un momento.

*Demasiado amable.*

– Claro.

– Vamos a dar un paseo por el jardín – murmuró mirando de reojo a la mujer mayor.

La aludida movió la cabeza en señal de afirmación.

– ¿Y bien? – preguntó una vez estuvieron al lado de la elegante fuente, adornada con ángeles en miniatura.

– Mi suegro ha insistido en que hable contigo.

– ¿Sobre qué?

– Tu embarazo. Quiere saber qué harás con el niño.

– ¿El... el niño? – palideció ante su mención. Era imposible que aún... No podía saber si estaba embarazada de la noche al día. Pero claro, ellos suponían que llevaba embarazada mucho tiempo. ¡Lo habían dado por hecho!

– Como tu marido dejó bien claro ayer que no os ibais a deshacer del niño, Sean ha optado por hacer las cosas a su manera, pero contando con la decisión de Christopher.

– No lo entiendo.

– Me imagino que seguiréis casados. Sería buena idea que te quedas aquí durante el embarazo, mientras que Christopher podría irse a Miami y terminar

la carrera. Rachel prefiere estar cerca de ti para instruirte en tu embarazo, dice que sería de gran ayuda para ti si... ¿de qué te ríes?

Lilah sacudió la cabeza. Ayuda. ¿Qué significado tendría esa palabra en el vocabulario de su suegra? Le avergonzaba pensar en lo que había acabado todo. Su vida era un caos, su matrimonio un fracaso y su familia política la odiaba.

– ¿Lilah?

Lilah lo miró, concentrada por primera vez en sus rasgos, sus ojos... en ellos no había una pizca de ternura, ni demostraban el afecto que un padre le tenía a un hijo y, lejos de sentirse desgraciada, se sintió libre. Libre de culpa. No era ella la que fallaba, eran ellos. La familia de su marido, incluido su padre, estaba vacía. No se basaba en el amor, sino en la ambición. No se respetaban, sino que se traicionaban. Era de locos. Y ella necesitaba huir.

– No existe ningún bebé.

– ¿De qué hablas? – empequeñeció sus ojos.

– Me voy.

– ¿A dónde?

– No lo sé. Eso es lo que queréis, y es lo que yo quiero. Desapareceré y dejaré que sigáis manejando a Christopher como se os antoje. Me retiro de vuestro estúpido juego.

Curiosamente, no dijo nada. De hecho, la miró como si la idea le resultara del todo atractiva. Lilah sonrió amargamente y se dio la vuelta, rumbo hacia la libertad.

Al otro lado de la ciudad, el tráfico era peor que nunca. Christopher conducía sin rumbo fijo. Había recorrido Manhattan durante toda la mañana, invadido por sentimientos encontrados a los que no podía ponerles nombre. La imagen de Lilah surgía una y otra vez en su mente y cada vez que sucedía, sentía un extraño brinco en el pecho. Una energía que corría por su cuerpo hasta estrellarse en su corazón. La respiración se le hacía irregular, e incluso se había visto a si mismo reflejado en el retrovisor sonriendo. ¡Sonriendo! Él no había sido nunca de sonrisa fácil. Ni tampoco había sido de esos tipos enamoradizos.

Jamás se había comprometido emocionalmente con alguien. Ni siquiera con Lucia, quién quizás había sido la mujer más cautivadora y sensual de todas con las que había estado.

Su madre la había invitado a propósito, porque sabía que estaba

empezando a sentir algo por su mujer, antes incluso, que él se hubiera dado cuenta. Pero ahora parecía tenerlo claro. Pero eso le enfurecía. No quería sentir nada por ella. Quería ser libre de elegir a la mujer con quien conviviría. No quería más imposiciones. Y ahora saber que no quería deshacerse de ella... había sido del todo chocante.

Sin embargo, sabía que debía regresar a casa y resolver su situación de una vez por todas.

– Eulalia, ¿dónde está Lilah?

La mujer, dejó de lado el pimiento que estaba cortando para atenderlo, con el semblante serio.

– No lo sé.

– Sus cosas no están arriba – murmuró con el corazón acelerado.

Ella asintió, dándole la razón.

– Es cierto. Se despidió de mí hace un rato. Y llevaba una maleta.

– ¿Dónde fue?

– No lo sé – volvió a repetir, tranquilamente.

– Pero ella... te tiene que haber dicho algo. ¿Volvía a Miami?

La mujer se encogió de hombros.

Christopher, frustrado, se dio la vuelta y se pasó una mano por el pelo. Sacó su teléfono móvil del bolsillo del pantalón y marcó precipitadamente.

– El número al que llama está apagado... – escuchó la voz de la operadora a través del teléfono.

– ¡Mierda! – tiró el móvil en la encimera, tapándose la cara con las manos.

– ¿Qué te ha pasado, Christopher? Lilah es una buena chica. Parecía que habíais conseguido llevaros bien.

– No es la mujer que yo elegí para casarme, ¡me la impusieron! – exclamó en un arrebato de ira. Aún no podía creer que lo hubiera abandonado.

– No me alces la voz, muchacho – habló con extrema calma –. Lilah puede que sea una más, simplemente, a la que usaste cuando te apetecía y seguiste usando sin que ella se quejara. ¡Pobre Christopher! Su familia lo obligó a aceptar una joven mediocre, sin vuestra sangre azul – se burló –. Dejaste a tus amigos, a tu novia, las fiestas y las tarjetas de crédito. Tu abuelo te advirtió que no te dejaría que reprobaras el año en la universidad y te obligó a estudiar las veinticuatro horas del día. ¿Le dijiste a Lilah que te compró el apartamento en la ciudad para poder vigilarte?

Christopher apartó la mirada, respirando sofocadamente.

– Claro que no – siguió hablando Eulalia –. Dejaste que pensara que habías sido tú quién tomó la decisión de irse de su lado. ¿Y para qué? Para que no se hiciera falsas esperanzas, ¿cómo ibas a llegar a quererla? ¡Qué crueldad, Christopher! Es cierto que tu familia no ha tenido consideración con tus sentimientos y que eso te ha amargado profundamente, convirtiéndote en este Christopher frío y cínico que tengo ante mí, pero puedo decirte que tienes suerte.

– No sabes de qué estás hablando – replicó él, emocionado –. No sabes a todo lo que tuve que renunciar para complacerlo a él. ¿Sabes cuántas veces me habría gustado tirarle su asqueroso dinero a la cara y desaparecer?

– Christopher – dijo con naturalidad –. ¿Alguna vez has pensado en Lilah? Él se tensó.

– No sé a dónde quieres llegar.

– Nunca oí quejarse a Lilah.

– ¿De qué se hubiera quejado?

– Bueno... vivió prácticamente encerrada y sola por culpa de la enfermedad que estaba matando a su madre, cuidándola. Luego, se la llevaron a vivir a Miami en donde, además de estar sola, estaba destrozada por la muerte de la única persona que la quería. Su padre no fue a verla en todo el tiempo que estuvo allí. La volvió a ver el día que la trajeron aquí. Y después de todo, Rachel, se ensañó con ella en cuanto pisó esta casa. La insultaba, le pegaba. Incluso la martirizaba contándole crueles mentiras sobre su madre. ¿Dónde estabas tú entonces, Christopher?

Christopher no respondió, pálido como la leche.

– Saltando de cama en cama con cualquier muchacha guapa.

– ¿También me vas a culpar de lo desgraciada que ha sido su vida?

– No. Porque quizás tú seas lo mejor que le ha pasado desde que su madre murió. Aún recuerdo el día que te conoció, los ojitos empezaron a brillarle de forma diferente, estaba en las nubes a todas horas, sonreía y no me atendía si la llamaba. Creo que se enamoró de ti en el mismo instante que te vio, y fue tan obvio para todo el mundo, que no puedo creer que aún no te hayas dado cuenta tú solito.

# Capítulo 11

*Meses después...*

– Lilah... Deberías descansar.

Hacía un día maravilloso, y después de tantos días encerrada, necesitaba sentir el aire sobre sus mejillas.

Lilah sonrió, volviéndose hacia su abuelo.

– Estoy bien – murmuró, tocándose su hinchada tripa –. A esta cosita aún le queda un tiempo para salir.

– Si, pero no queremos sustos, ¿verdad? – murmuró, llevándose a su nieta hacia el interior de la casa –. ¿Has sabido algo de tu marido?

– No – fue su respuesta cortante.

Hacía casi ocho meses que no sabía nada de Christopher.

– Deberías habérselo contado.

– ¿Para qué? ¿Para que volviera a convencerme de que me quedara? Si seguía un día más allí iba a explotar.

– Si tenías miedo de que te convenciera de quedarte es que no estabas muy segura de irte.

– No es eso. Conozco a Christopher y sé que no me hubiera dejado marchar.

– ¿Entonces por qué no ha venido a buscarte?

Esa misma pregunta se la había hecho en innumerables ocasiones.

El abuelo sacudió la cabeza y se quitó la boina, sacudiéndola contra los muslos.

– Pienso que deberías buscarlo.

Lilah lo miró con cansancio.

– Puede que sí.

– Pronto vas a parir, ¿no te gustaría tenerlo a tu lado?

Lilah apartó la vista instantáneamente, con la misma opresión de siempre en el pecho. Las dudas y la angustia. Pensar en él era llegar siempre al mismo punto. Al principio el corazón le daba un vuelco, después la melancolía y la soledad se apoderaban de ella y finalmente terminaba llorando.

– ¿Por qué no vas con Elena a Manhattan?

Elena era la hija de una vecina cercana con la que había jugado un par de



veces en su niñez y, durante los siete meses que había permanecido en la casa de sus abuelos, se habían hecho inseparables. Lilah se alegraba de haber descubierto lo maravillosa que era y lo bien que habían congeniado. Ella había sido de gran ayuda durante su embarazo, ya que siempre estaba con una sonrisa en la boca y jamás se mostraba triste o deprimida. Era optimista y, quizás más inocente de lo que podía esperarse en alguien de veinticuatro años.

– Elena trabaja, abuelo. No creo que pueda venirse así como así.

– ¿Ir dónde?

Lilah se volvió al escuchar la voz de su amiga.

– Nada importante – respondió, dándole un beso en la mejilla.

– He escuchado mi nombre.

– Nos preguntábamos si te gustaría acompañar a mi nieta a Nueva York.

– ¡Abuelo! No es cierto, le decía que tienes trabajo y que estás muy ocupada con lo de la fiesta del pueblo...

– No, por favor. Siempre he querido conocer Nueva York, pero jamás se me ha presentado la oportunidad – dijo entusiasmada.

– De todas formas, a mi no me parece muy buena idea.

– No seas tonta. ¿Cuántas veces te he dicho que te presentaras delante de tu marido y le dieras una sorpresa?

– Si, una sorpresa que lo mataría del disgusto – murmuró entristecida.

– Esa no es la actitud.

– ¿Y si vuelve a rechazarme?

– Tú no vas a ir a hablar de vosotros, si no de vuestra hija. Por cierto, hablando de ella... – expuso la mano que tenía escondida tras la espalda con una bolsa en color rosa.

– ¿Otro regalo? – preguntó de repente el abuelo.

Elena rió, casi disculpándose.

– ¿Sabe lo que es trabajar en frente de una tienda de bebés? Siempre he querido comprar ropa diminuta.

Lilah rió con ella, mientras sacaba la ropita. Era un vestido blanco con moñitas rosas y unos patucos. La imagen de una niña morena con ojos verdes con ese vestidito y los patucos puestos, le llenó por completo la mente.

– Es precioso – dijo emocionada –. Como todo lo que has comprado – añadió sinceramente.

– Y mira los patucos ¿Cómo pueden tener un pie tan pequeñito?

Lilah sonrió. Su abuelo se acercó a observar la ropa, con el ceño fruncido.

– Te agradezco mucho que hagas todo esto.

– Me encanta los niños y lo sabes. Pero volviendo al tema de Nueva York, ¿es cierto que te vas?

– ¡No! Ha sido una idea de mi abuelo.

– Si, ha sido idea mía – aceptó el abuelo –. Pero admite que a ti también se te ha pasado por la cabeza.

– No, yo...

– Lilah, no digo que no estés en tu derecho de quedarte aquí y estar sola. Pero ponte en su lugar por un momento. ¿No te gustaría saber que vas a ser madre?

Lilah suspiró derrotada.

– Lo sé. Pero no es solo miedo a él, si no a su familia. Me dijeron que si estaba embarazada ellos se encargarían del niño y me da pánico que eso signifique alejarlo de mí.

– ¿Y crees que Christopher los dejaría? – preguntó Elena con curiosidad.

– No lo sé...

– Pero Lilah, siempre puedes verlo a él sin que eso signifique ver a su familia.

– ¡Pero si vive con su familia! En verano siempre se traslada a Manhattan, y estamos en Julio.

– ¿Y si se ha quedado en su apartamento de Miami?

– No sé ni la dirección.

– Llama a Eulalia, seguro que ella sabe donde está.

– Tendría que llamar a la casa donde vive la familia

– Pero el teléfono, lo cogería ella.

– Supongo, pero...

– Oh, vamos – rebuscó en el bolsillo de su vaquero y le tendió el móvil. –. Llama.

En el otro extremo de Estados Unidos, el tiempo no había cambiado mucho desde el invierno. Parecía ir acorde con el humor de Christopher, que había optado por irse de la casa para evitarse más encontronazos con su madre y con Lucia. A su prometida no le parecía bien que se ausentara el fin de semana, porque según ella, la fiesta de compromiso requería de toda su atención. Rachel y ella estaban insoportables y necesitaba irse de allí cuanto antes. Su apartamento en Miami era el lugar ideal.

– ¡Amore!

Christopher suspiró.

– ¿Dónde vas con esa maleta?

– Lucia, creí que os quedó claro que me iba.

– Pero Christopher... – ronroneó, colgándose a su cuello. Sus ojos zafiros rebozaban sensualidad.

– Lucia, basta. Voy a despedirme de mi madre y luego me voy a ir a Miami.

– Bello... podemos hablarlo. Me gustaría acompañarte y...

– Ciao, Lucia – se acercó y le dio un casto beso en la mejilla.

Su antigua obsesión por Lucia se había visto reducida a nada desde que su esposa se fue. Al marcharse Lilah, su vida se había sumido en las tinieblas. El calor de ella, de su cuerpo junto al suyo por la noche, había sido insustituible. No era capaz de tocar a Lucia. A veces, creía que no iba a poder acostarse con otra mujer que no fuera Lilah. Extrañaba sus besos y sus sonrisas. Pero luego se acordaba en la forma tan descabellada en que lo abandonó.

Sin una explicación, ni una dirección o número en el que poder localizarla. La había buscado como un loco, sin ningún resultado.

Decidió acudir primero a la cocina, pues en realidad, la única persona de la que se quería despedir, era Eulalia.

– Eulalia.

La mujer se dio la vuelta, espantada, mientras con una mano sujetaba fuertemente el teléfono contra su oído. La expresión de su cara le indicó que algo no iba bien... Eulalia lo miraba indecisa.

– Es Lilah.

Christopher se obligó a respirar, justo después de arrebatarse el teléfono a Eulalia. Lo cogió y, asombrosamente, no supo qué decir.

– Lilah...

Al otro lado de la línea no se escuchaba absolutamente nada. Ni una respiración, ni los típicos pitidos que te indican que una conversación ha terminado. Christopher insistió.

– Lilah, sé que eres tú. No seas ridícula – profirió, fruto de su nerviosismo.

– Me gustaría hablar contigo.

Un escalofrío recorrió al hombre desde la punta de los dedos hasta la nuca. Era su voz. Y casi no lo parecía. Sonaba tan vacía... era fría, contenida y muy impersonal. Se parecía más a un contestador que a su mujer.

– A mí también me gustaría hablar contigo – masculló entre dientes –. Pero resulta que no sé dónde estás.

– Podríamos vernos en la casa... es decir, tu casa.

– De acuerdo. Estaré allí todo el fin de semana, ¿quieres que te recoja en algún sitio?

– En el aeropuerto está bien.

– Muy bien. Llámame cuando hayas llegado. Adiós.

Colgó de repente. Sorprendido de sí mismo. La situación se le había ido completamente de las manos. Había sonado como un canalla que no quería tener nada que ver con ella. Pero aún le temblaban las manos y Eulalia lo miraba como si estuviera en otro mundo en el cual él era el protagonista.

– ¿Qué pasa?

La mujer se mantuvo en silencio y con la mirada fija unos instantes, hasta que sonrió y sacudió la cabeza.

– Nada. Ha llamado en el mejor momento para evitar que hagas una locura.

– Mi matrimonio con Lucia es un hecho – aseguró lo más convincente posible.

– ¿De verdad? Pues yo aún no he visto que la mires más de lo que miras a ese chuchó. De hecho – miró de reojo al perro que entraba por la puerta de la cocina en ese instante –, miras más a ese perro que a tu amante.

– No es mi amante, es mi novia.

– Lo sería si no estuvieras casado.

Christopher volvió a mirar al perro al que se refería Eulalia. Era el perro que había salvado Lilah en pleno centro de Manhattan, evitando que muriera atropellado. Era, sin lugar a dudas, un perro feo. Delgaducho y malgrado. Pero dentro de él vibraba una fuerza semejante a la de Lilah. Alegría y nobleza. Andaba medio cojo y el pelaje se le caía frecuentemente, por no hablar de su terror a los palos... pero sin duda era bueno escuchando.

Christopher sonrió y se agachó para acariciar la cabeza del perro.

– Tú vas a venir conmigo.

Lilah pensó que nunca había estado más nerviosa en su vida. Mientras recogía la pequeña maleta que había llevado con ella y miraba disimuladamente de un lado a otro, buscando ansiosamente a Christopher.

Interiormente, el corazón iba tan acelerado como podría esperarse al saber que iba volver a ver a su marido después de tantos meses. Aunque había evitado pensarlo excesivamente, tenía que reconocer que se había sentido muy sola durante su embarazo.

Justo después de saber a qué hora salía su vuelo, le había enviado un

mensaje a Christopher indicándole la hora en que estaba previsto que llegara a Miami. No había obtenido respuesta por su parte, pero sabía que lo había recibido. Christopher llevaba el teléfono móvil consigo siempre.

– Lilah...

Estaba escuchando su voz otra vez. La misma voz grave y profunda, solo que ahora, volvía a sonar tan fría como cuando se casaron.

Por suerte, estaba de espaldas a él, lo que impidió que Christopher se encontrara de lleno con la evidencia de su embarazo. Lilah sabía que verla en su avanzado estado de gestación, supondría un fuerte impacto para él.

Reprimiendo la respiración, se dio la vuelta lentamente.

Christopher la miró como si fuera la primera vez que la veía. Un feroz brillo de alegría estalló en su mirada cuando sus ojos se encontraron. Se miraron unos instantes, antes de que pasara lo inevitable y su mirada fuera a parar a su barriga.

Su tez adquirió un color blanquecino tan mate que Lilah temió por un instante que se fuera a desmayar. Le recordaba a ella misma cuando se levantaba por las mañanas los primeros meses del embarazo.

– Hola, Christopher.

Volvió a mirarla, esta vez con muchas sensaciones mezcladas.

– ¿Cómo...?

– Teníamos que hablar.

– Creo que llegas unos cuantos meses tarde – indicó entre dientes.

– No me he atrevido a llamarte desde que lo supe.

– ¿Cuándo...? – no lograba formular una pregunta entera –.¿De cuántos meses estás?

– Ocho.

Murmurando una maldición, la cogió del brazo y la arrastró hacia la salida del aeropuerto. Lilah llevaba la maleta arrastrando, intentando seguir los pasos apresurados de Christopher. Hasta que éste se percató y le arrebató la maleta sin decirle ni una palabra.

– Entra – abrió la puerta del coche y esperó a que entrara.

Lilah lo observó por el espejo retrovisor mientras depositaba la maleta en el maletero y lo cerraba con brusquedad a continuación. Un dolor sordo se instaló en su pecho.

De camino al apartamento, solo se escuchaba las respiraciones de ambos. Lilah se mantuvo sentada muy rígida en el asiento del copiloto hasta que Christopher frenó en un edificio enorme y se bajó del coche. Antes que

pudiera adelantarse y abrirle la puerta, lo imitó en el más absoluto de los silencios.

La misma escena se repitió en el ascensor, hasta que paró en la décima planta.

– Adelante.

Christopher abrió la puerta del apartamento y se hizo a un lado para dejarla entrar. Una vez dentro, arrojó las llaves a la mesa de la entrada y esperó tranquilamente a que Lilah mirara con curiosidad a su alrededor.

– ¿Te esperabas otra cosa?

– La verdad es que no.

Todo era tal y como se lo había imaginado. El salón estaba dividido en dos partes, separadas por una especie de mampara gigante y resistente. Moderno y cómodo a la vez. Cuadros que podrían costar fortunas enteras adornando las paredes, el enorme sofá de esquina y la mesa camilla. La enorme televisión, una estantería con muchísimos libros... Y en la otra parte del salón, un escritorio con un ordenador portátil y muchos papeles encima, junto con otra estantería.

Así era su piso de soltero.

La idea de montones de mujeres desfilando por ese salón le pareció repugnante, al recordar las veces que había preferido quedarse allí antes que estar con ella. Había organizado fiestas con la única misión de alejarse de ella.

– Así que aquí traías a tus amantes...

No reconoció su voz hasta que vio la cara de Christopher y supo que no había sido un comentario muy inteligente.

– Lo siento.

– Todavía no me puedo creer lo que has dicho.

– Ya he dicho que lo siento.

– ¿También sientes haberme ocultado la existencia de mi hijo? – gritó, sin poderse contener –. ¿Qué se te estaba pasando por la cabeza para huir de mi lado y ocultarme que estas embarazada?

– Si te tranquilizas...

Él resopló y salió del salón.

– Estoy esperando una respuesta – masculló al volver con un vaso en la mano y las mangas remangadas.

– Ya sabes por que me fui..

– ¡No! No tengo ni la menor idea. Pero no hablo de eso, quiero saber por

qué te quedaste embarazada y encima decidiste ocultármelo. ¿Tiene tu padre algo que ver con esto? Tal vez no eras finalmente inocente y siempre fue esto lo que buscaste desde el principio. Si, estoy seguro. Un hijo al que atarme...

– No voy a permitir que sigas diciendo estupideces. Si no me dejas hablar no tiene caso que siga aquí. Tomaré un taxi y regresaré al aeropuerto.

– Lilah...

– ¿Qué quieres que te diga? Lo siento, pero me asusté al saber que estaba embarazada. Sabía que no querías un hijo.

– ¡Claro que lo sabías! Y lo hiciste a propósito.

– Vuelve a repetir esa tontería y...

– Deja de poner esa pose de mujer remilgada y ofendida. Te prefiero tímida y frígida como antes. Al menos así eras previsible. ¿O acaso eres así realmente? ¿Cuál de las dos eres?

Lilah se levantó, impulsada por un resorte y se dispuso a coger la maleta.

– ¡Deja de jugar conmigo, maldita sea! – exclamó, mientras arrojaba el vaso contra la pared, rompiéndolo en mil pedazos.

Lilah chilló y se llevó una mano al vientre inconscientemente, como si pudiera protegerlo.

Había supuesto que la noticia no le sentaría bien, y mucho menos había esperado a que saltara de la alegría. Pero tampoco había esperado esa reacción tan violenta. Ahora, solo temía por su hijo.

Se llevó una mano a la boca, ahogando los sollozos que estaban a punto de salir.

Tras un rato de sofocado silencio, Christopher dejó salir una espiración violenta.

– Lo siento.

Aquella disculpa por su parte, no hizo gran efecto en ella. Ahora sabía que había sido un error ir a verle. En cuanto pudiera, saldría del apartamento y volvería a Austin con sus abuelos.

– Me enteré que estaba embarazada mucho después de irme de tu lado, aunque es cierto que pensé que podría haberme quedado embarazada la noche de fin de año, porque no usamos ninguna protección. A la mañana siguiente, hablé con mi padre y supe que me tenía que marchar, porque verdaderamente, mi sitio no está a tu lado. Y que me quedara embarazada solo fue un error por nuestra parte – comenzó diciendo con voz rasposa –. Me marché hacia... hacia un lugar donde me esperaban unos familiares.

– ¿Qué familiares? Tú no tienes familia – espetó, mirándola recostado

sobre el sillón de cuero.

Quería herirla y lo estaba consiguiendo.

– Una vez allí, me empecé a sentir mal y un día fui al médico y, me confirmó que estaba embarazada. Pensé en llamarte, o venir a buscarte. Pero me daba pánico la idea de volver a verte, a ti o a tu familia. No quiero que mi hijo tenga nada que ver con ustedes. Así que decidí callar. Pero hace unos días... No podía soportarlo más. Tenía que decírtelo y entonces, llamé a Eulalia para preguntar por ti. Lo único que pretendía era decírtelo, no que pensaras que esto sirve para retenerte de nuevo a mi lado.

– ¿De verdad esperas que me mantenga alejado de mi hijo?

– Tu mismo has dicho que no querías ser padre.

– ¡No lo quiero ser, pero lo soy! No pretenderás que mire para otro lado...

– Claro que espero eso. A ti no te importa el bebé más de lo que te importo yo.

Christopher frunció los labios y la miró con resentimiento.

¿Qué sabía ella de sus sentimientos? Ni siquiera se había molestado en detenerse a preguntar y había supuesto lo peor de él. Lo había abandonado justo cuando se había enamorado de ella. Por supuesto, esa tontería había quedado atrás. Sea lo que sea que hubiera sentido por ella, no podía ser amor. Porque en esos momentos, lo único que quería hacer era estrangularla.

– Te aseguro que me importa más que tú.

Se arrepintió de decirlo, incluso antes de terminar la frase. Lilah parpadeó atónita y el labio inferior le tembló ligeramente. Sin embargo, no lloró. Se recompuso y lo miró furiosa. Él suspiró, algo aliviado.

– No lo creo. Tú no quieres a nadie.

– Te agradecería que no hicieras juicios sobre mi persona, perdiste ese derecho en el momento que fuiste una cobarde y huiste.

Una risa exagerada salió de sus labios al oírlo.

– ¿Cobarde? Llevo meses preguntándome por qué no lo hice antes. En realidad, si me hubiera ido, ahora no tendríamos este problema... Yo no me habría quedado embarazada y no tendría que volver a verte la cara por lo que resta de vida.

– ¿Y por qué no abortaste? – preguntó con fiereza al escucharla referirse a su embarazo como un problema –. Te hubieras quitado el *problema* de encima.

Ella lo miró horrorizada y Christopher supo que los nervios habían podido con ella y no sentía ni muchos menos todo lo que decía, al menos respecto a su hijo.



– Quiero a este bebé como nunca he querido a nadie. Ni siquiera a ti. Espero que eso si te lo creas y sepas que conmigo estará bien.

– Por supuesto – se burló, aunque un dolor intenso se asentó en su pecho –. Al fin y al cabo, siempre quisiste ser madre... ¿Qué importa quién sea el padre? Tú tienes a tu retoño y eres la mujer más feliz del mundo. Por cierto, ¿es mío? Porque a estas alturas, me conviene hacer una prueba de ADN.

Lilah no contestó. En cambio, se sentó con la mano apoyada sobre la hinchada barriga, completamente mareada.

– ¿Lilah?

Ella no contestó. Christopher corrió a su lado y le tomó la cara entre las manos. Ella se apartó y alzó una mano, como indicándolo que se mantuviera al margen.

– Solo ha sido un mareo. Tiene que haber sido el avión.

Sintiéndose totalmente analfabeto en lo referente a embarazos, dijo lo primero que pensó.

– He escuchado que las embarazadas no pueden viajar en avión – dijo a tropezones con la boca seca.

– Sólo los primeros meses. Se lo pregunté a mi médico antes de realizar el viaje y me aseguró que no había ningún problema, porque mi embarazo es muy normal. Solo existe riesgo en el caso de embarazos difíciles y complicados.

Christopher asintió, retirándose de su lado.

Ambos callaron, sin saber qué decir, después de tal muestra de preocupación por parte de Christopher. Tenían una sensación agri dulce ambos eran víctimas y verdugos. Las brechas entre ellos parecían cada vez más insalvables.

– Te prepararé la habitación de invitados.

Lilah asintió, contenta porque se distrajera con otra cosa que no fuera el hablar de su embarazo.

– ¿Has cenado? – le preguntó incómodo, después de unos minutos.

Ella negó con la cabeza.

– No, pero tampoco tengo hambre.

– Hasta un idiota sabría que eso no le hace bien al bebé.

– Se perfectamente lo que le hace bien o mal.

– De acuerdo – la interrumpió levantado los brazos –. Creo que podremos hablar sin discutir. Ya bastante nos hemos dicho.

– ¿Y de qué quieres hablar?

– Creo que es obvio.

– No hay mucho más que decir – dijo ella, sintiéndose tonta.

– Primero voy a ver qué tengo en el frigorífico para comer y luego hablaremos. ¿Qué te apetece? ¿Una ensalada?

Tras un momento, Lilah asintió con desgana. Mientras lo oía moverse por la cocina, se quitó los zapatos que estaban matándola y se recostó en el sofá. Suspiró a la vez que el alivio se extendía por su cuerpo. Estaba tan cansada... El viaje la había agotado y los pies le dolían a rabiar.

Cerró los ojos, repitiéndose que solo sería un instante. Solo un poco, hasta que Christopher volviera.

Christopher preparó dos ensaladas, porque a decir verdad él tampoco tenía hambre. La idea de ser padre lo acosaba intensamente. Era una sensación muy extraña, irreal.

Tuvo que decirse a sí mismo varias veces que Lilah estaba en su salón para poder creérselo. Aunque esa Lilah poco se parecía a la que él recordaba. Esta nueva Lilah, mucho más hermosa, había endurecido su mirada y, era mucho más directa y agresiva que antes. Por supuesto, Christopher sabía que todo eso, era gracias a él. Él había sido el responsable de tal transformación y, no estaba seguro que le gustara la nueva Lilah. Tal vez solo actuaba así con él o, quizás realmente había cambiado al enterarse de que estaba embarazada.

En ese instante la imagen de Lucia apareció en su mente, llenándolo de angustia. ¿Qué diablos iba a hacer con ella ahora? No podía dejarla por segunda vez, no podía volver a elegir a Lilah por encima de ella de nuevo. Lucia le había sido leal durante los últimos meses. Había estado ahí para él y le había sacado una sonrisa en un mal día. Si bien ya no se sentía tan atraído sexualmente por ella, tampoco es que sintiera repulsión. Era hermosa, y en la cama absolutamente desinhibida. Sin embargo, no había dejado de poner pretextos para no tener sexo con ella. En su interior no podía dejar de pensar que le estaría siendo infiel a Lilah y no quería darle más motivos para que pensara que era el culpable del fin de su matrimonio. No señor. No cargaría con el peso de haber desperdiciado la oportunidad de ser felices juntos. Ella era la única responsable de eso.

De regreso al salón, encontró a Lilah recostada sobre el sofá, con la respiración acompasada. Estaba dormida.

Algo indeciso, se acercó a ella, con la vista fija en su vientre. Al realidad de la situación estalló contra él, causándole una sensación de vértigo. Iba a ser padre. Un padre de veintidós años desastroso. Se sentía atrapado.

Lilah despertó en la cama, cuando la luz del sol penetró en la habitación. Se tensó al verse rodeado por aquel panorama desconocido. Poco a poco, la información fue llegando a ella. Estaba en el apartamento de Christopher. Recordó la noche anterior y, la cabeza le dio vueltas. Sin duda, era una noche que prefería olvidar.

– ¿Christopher?

– Estoy aquí.

Ella entró en la cocina, y por primera vez fue consciente que llevaba un camisón. Se ruborizó mientras miraba su reflejo en el cristal. Christopher era el único que podía haberle puesto el camisón. Y había visto su enorme barriga.

Gimió.

– ¿Lilah?

– ¿Por qué no me despertaste anoche?

Él se encogió de hombros.

– Estabas muy cansada. O a lo mejor fue tu manera de evadirte de la charla que tenemos pendiente.

Lilah se enderezó, mirándolo con los brazos cruzados.

– No me evado de nada. Podemos hablar cuando quieras.

– Perfecto. Siéntate. Empiezo yo, porque supongo que en cuanto a ti, todo lo que tenías que decir, lo dijiste anoche.

– Supones bien.

– Bien. Para empezar, quiero que me des tu opinión sobre la nueva casa que he comprado, creo que te gustará. También está en Miami, pero es mucho más grande y espaciosa que la que teníamos y ésta es nuestra. Apenas tiene escaleras, lo que nos da más seguridad para el bebé. Es decir, en cuanto empiece a andar, tendremos que estar muy pendientes de él.

– ¿Qué?

Christopher la miró desaprobador por interrumpirlo.

– Luego tengo que llamar a mi familia para darles la noticia del bebé.

– ¡No! ¿Pero de qué hablas? ¿Qué casa?

– La nuestra.

– Tú y yo no tenemos ninguna casa. No voy a volver contigo.

– Si tenemos casa, que está en proceso de venta. Y en cuanto a lo segundo, haré como que no lo he escuchado.

– Entonces tendré que repetírtelo. No voy a vivir contigo. Soy perfectamente capaz de cuidar del bebé yo sola.

– Podría ser, pero resulta que también es mi hijo y pienso tenerlo conmigo.

Así que, por hacerte un favor a ti, no he contemplado la idea de pedir la custodia y, tendremos que olvidarnos de eso del divorcio. En ambos casos, serías tú la que perdería.

Lilah lo miró asustada.

– ¿Pedir la custodia?

– Es solo una posibilidad. Claro que no es necesaria, dado que volverás a vivir conmigo.

– Pero... No quiero vivir contigo. Yo tengo mi vida en otro lugar.

– ¿Dónde vas a vivir mejor que al lado de tu marido y de tu hijo?

– Cualquiera, si resulta que mi marido es un loco como tú.

– Deja de provocarme. Y reconoce que la única culpable de todo este embrollo eres tú.

– Oh, claro, por supuesto.

– Deja de ser sarcástica. Es la mejor solución y no contemplaré otra. A menos que quieras darme la custodia, claro.

– No debería haber vuelto. Gracias por volver a arruinarme la vida.

## Capítulo 12

– Veo que sigues siendo una estúpida.

Lilah se giró para mirar con pereza la cara exaltada de su madrastra.

– Yo también me alegro de volver a verte, Rachel.

Su madrastra la miró sorprendido y sus ojos se bañaron de rabia.

– A mi no me engañas con ese bastardo. Es ridículo pensar que sea de mi hijo. Si apenas tienes barriga. No puedes estar de ocho meses. No vas a cargar a mi hijo con el hijo de otro hombre. Eres una...

Dio media vuelta y salió de la cocina, dejando atrás a una congojaba Eulalia. Apenas había tenido tiempo de abrazarse y hablar brevemente cuando su suegra había entrado como un basilisco.

Pensó ligeramente si dirigirse hacia el jardín o esperar a Christopher directamente en el coche. Evidentemente había sido un error ir, pero Christopher había insistido.

Resopló cuando recordó el comentario que Christopher había hecho sobre lo entusiasmada que estaría su madre al enterarse. De verdad que a veces era un iluso.

– No te atrevas a darme la espalda, maleducada.

– Tú eres la maleducada – se giró furiosa hacia ella –. Si no me hubieras empezado a gritar quizás hubiera hablado contigo. Pero jamás cambiarán las cosas entre nosotras. Me odiaste en el mismo momento en que me viste, así que perdóname si no me quedo para escuchar tus insultos. Estoy cansada de todos vosotros. No quiero volver a veros en mi vida.

– Eres una puta igual que tu madre.

Las ganas de abofetearla fueron tan fuertes que tuvo que sostener su mano en un puño.

Respirando profundamente, se giró abruptamente hacia el coche y la figura de Lucia apareció, quitándole el aliento. ¿Cómo podía ser aún más guapa de lo que recordara? Llevaba recogida su melena en un estricto moño encima de la cabeza y el ligero maquillaje de su cara la hacía parecer una muñeca de porcelana.

– Buenos días – esbozó una sonrisa lobuna.

– ¡Lucia, querida! – exclamó Rachel, pasando por al lado de ella con un empujón en su hombro.

La mano de Lilah fue inmediatamente hasta su vientre por el sobresalto y suspiró entrecortadamente. Iba a ignorarlas para dirigirse al coche de Christopher cuando Rachel casi chilló a su lado con entusiasmo:

– ¿Vienes a ver a mi hijo?

– Vengo a que me explique la tontería del supuesto embarazo. No puede darme una noticia como esa por un mensaje de texto – gruñó, mirando hacia la barriga de Lilah –. Por lo visto sí que es cierto.

– Pamplinas – replicó Rachel, lanzando una mirada de desprecio a Lilah –. Se fue durante meses y seguro que se lió con el primero que pilló. Pienso convencer a Christopher de que se haga una prueba de paternidad. Mientras tanto...

– ¡No pienso suspender los planes de boda! – sentenció Lucia.

Lilah ya estaba a unos metros de distancia cuando escuchó la última palabra y los pies parecieron detenerse por voluntad propia. Casi pudo sentir la sangre desapareciendo de su cara.

– ¿Boda?

Apenas susurró la pregunta, pero Rachel se volvió hacia ella con una sonrisa petulante.

– Mi hijo se casa con Lucia. Dentro de tres meses.

– ¿Qué? – se giró de nuevo hacia ellas, atónita –. Pero... Christopher... él está casado conmigo – murmuró sintiendo un sudor frío en la nuca.

Lucia le dedicó una mirada aburrida.

– Por poco tiempo. Inició los trámites del divorcio hace un par de semanas. Mi padre tiene un bufete de abogados excelente y, de hecho, Christopher tiene en su poder los papeles de divorcio. Solo tenéis que firmarlos. Ahora que te ha encontrado será todo mucho más sencillo – sonrió de lado –. Incluso puede que me ofrezca a cuidar de tu mocoso por ti.

Lilah sintió que el mundo entero le daba vueltas. Apenas podía entender lo que Lucia decía. Las piernas le temblaban y por un momento pensó que se desmayaría.

– ¿Lucia?

La voz de Christopher a su espalda hizo que soltara un suspiro de alivio. Él desmentiría todo. No podía dejar que su madre y Lucia inventaran tal disparate.

– Mi amor... – empezó a decir Lucia melosa, acercándose a Christopher.

– ¿Vas a casarte con ella? – preguntó Lilah antes que Lucia llegara a su destino.

Christopher se tensó cuando Lucia le echó los brazos al cuello pero no se alejó. Entonces Lilah no necesitó explicación alguna. En el fondo supo inmediatamente que todo lo que su suegra y Lucia le habían dicho era cierto. Pero esperó. Y mientras esperaba a que Christopher dejara de titubear pensó que esa era la última oportunidad para ellos. Su respuesta marcaría un antes y un después en su relación.

Ambos se sostuvieron la mirada y Lilah pudo ver el arrepentimiento en sus ojos, junto con su repentina palidez. Y entonces comenzó a sonreír mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Era el fin.

– Te fuiste.

Una lágrima solitaria se deslizó por la mejilla de Lilah, que se encogió de hombros casi imperceptiblemente.

– ¿Por qué iba a quedarme?

Christopher apretó los dientes. Avanzó un paso hacia ella, deshaciéndose del abrazo de Lucia.

– Lilah...

Ella extendió la mano para que no se acercara más.

– ¿Dónde están los papeles del divorcio?

– Están en el despacho.

– ¡Mamá! – exclamó enfadado él, dirigiéndole una mirada gélida a Rachel.

Lilah no esperó mayor respuesta. Se apresuró a entrar de nuevo en la casa y con la sangre palpitando en sus oídos ignoró a Christopher mientras la llamaba desde el jardín.

Su padre estaba reunido con el abuelo de Christopher en el despacho de este. Una profunda sensación de asco invadió sus entrañas cuando ambos fijaron la vista en ella.

– Vengo a firmar los papeles.

Sean le dirigió una mirada seria pero se apresuró a buscar entre los cajones del escritorio.

– Hija... Piénsalo bien. No sabes cuánto me costó...

– ¿Para qué? Siempre me he preguntado que sacabas tú de todo esto.

– Dinero – respondió Sean, con una sonrisa irónica –. El matrimonio con mi nieto te ha hecho casi rica. De no ser, por supuesto, porque tu padre es el administrador de todos tus bienes y el orgulloso propietario de la mitad de tu patrimonio. Hasta que tuvieras un hijo.

Su padre tuvo la decencia de sonrojarse, pero no pudo sostenerle la mirada.

– No digas tonterías. Era solo hasta que tuvieras la madurez suficiente para administrar bien las...

– No quiero nada. Ni saber nada. Solo quiero irme, olvidarme de que existís y firmar el puñetero divorcio.

Sean arrojó los papeles encima de la mesa con altanería.

Ella se inclinó para coger un bolígrafo y empezó a leer la demanda. Realmente no entendía gran cosa. Solo consiguió adivinar las casillas en las que tenía que firmar porque ya estaba la firma de Christopher al lado.

La sensación de traición y humillación fue tan fuerte que tuvo que sujetarse el pecho. Y pensar que alguna vez... Qué idiota. Nunca había habido esperanza para ellos.

– ¿No quieres leer...?

– No.

– Pero hija...

– No me llames hija, porque nunca has sido mi padre.

Lanzó el bolígrafo de mala manera al escritorio. Cuando se dio la vuelta, aturdida por la presión que sentía en el pecho, pudo ver a Christopher en el marco de la puerta.

– Has firmado – murmuró sin poder creérselo. Le lanzó una mirada entre sorprendida y dolida. ¿Cómo se atrevía?

– Vete a la mierda.

– Lilah...

Y esta vez, salió sin mirar atrás.

Cuando entró a su antigua casa sintió que respiraba por primera vez en varios días. No sabía nada de Lilah desde que salió de la casa de su abuelo. Tampoco había intentado llamarla. No es como si tuviera esperanzas en que le contestara el teléfono.

Lo peor de todo era el no saber si estaba bien. Realmente se conformaba con saber que estaba sana y salva. Y su bebé...

Se pasó una mano por la cara, mientras se dirigía a su habitación. Había sido tan imbécil. Después de que Lilah firmara esos papeles, tanto su abuelo como su madre se habían acercado a él para felicitarlo. Casi había arrancado los abrazos de su cuerpo. No quería nada de ninguno de ellos. Entendía perfectamente que Lilah tampoco quisiera la parte que le correspondía por el divorcio. Todo estaba tan manchado que daba asco.

– ¿Christopher?



Él se giró con los ojos como platos mientras el primer pensamiento que le venía a la mente era de que se trataba de una alucinación.

– Lilah...

– ¿Qué haces aquí?

– ¿Qué haces tú aquí?

– ¿Qué hace él aquí? – contraatacó, dirigiendo la vista hacia el cachorro que tenía en sus brazos.

Entonces se percató que todo.

Oh, demonios.

Ahora todo parecía tan patético...

– Por si no te acuerdas, estaba herido – masculló a la defensiva –. No iba a dejarlo abandonado, ¿no?

– Creí que había acabado en una familia.

– Ya ves que no. ¿Has estado aquí todos estos días?

Ella se sonrojó y se miró los pies.

– No, solo he venido a recoger unas cosas y, bueno, me encontraba un poco mal y los médicos me han dicho que es preferible que no viaje porque el bebé se puede adelantar.

– ¿Qué? ¿Para cuando es el parto?

– Para principios de septiembre, pero puede que se adelante unos días.

– Eso es pronto – susurró con repentino pánico.

– Si. De todas formas tenía pensado avisarte para que...

– No hará falta, no pienso regresar a Manhattan. Me quedaré contigo hasta el parto.

– No es necesario. Solo vine a por...

– No quiero que estés en un hotelucho de mala muerte.

– Puedo permitirme algo mejor que un “hotelucho de mala muerte” – murmuró entre dientes, dándole la espalda.

– ¿Y cómo piensas llevarte todas tus cosas? ¿Y a dónde? Es ridículo. Quédate unos días hasta el parto, así me quedaré tranquilo y después...

– No es buena idea.

– Pues a mi me parece la mejor idea.

Lilah suspiró y entonces Christopher se percató de la profundidad de sus ojeras.

– ¿Has estado durmiendo bien?

– Es complicado. El bebé se mueve mucho y no encuentro una posición cómoda en la cama.

¿Por qué de repente hablaban tan civilizados? Casi parecían que eran simples conocidos, en vez de una pareja... Ex-pareja...

Christopher quiso chillar de frustración.

– Sé que no es el mejor momento para decírtelo y que necesitas estar tranquila y eso pero estos días he estado resolviendo unas cosas.

– Christopher, no quiero saberlo.

– Pero...

– Me marchó al hotel. Voy a estar en contacto.

– Lilah... por favor. Quédate aquí.

– No puedo.

– Al menos dime en qué hotel estás.

– Estoy en uno de los del centro. Te avisaré para el parto. Adiós, bonito – añadió acariciando las orejas del perro –. Buenas noches, Christopher.

Lilah fue hasta el salón para coger el portafolios que contenía sus dibujos. Más adelante tendría que ir a por el resto de la ropa que quedaba y por... En realidad nada era realmente suyo, ni siquiera le gustaba la mitad de la ropa que le mandaba Rachel. Tendría que avisar a Christopher para que la donara o se deshiciera de ella.

– ¿Puedo al menos llevarte al hotel?

– Ya pedí un taxi – mintió, recogiendo su bolso y echando una última mirada al perrillo.

– Es para ti.

– ¿Qué?

– El perro. Fui a recogerlo el día que te largaste. Sabía que querías quedártelo y pensé en darte una sorpresa. Le puse Toby.

Por un momento Lilah sintió que parte de su coraza se resquebrajaba. Y una tristeza profunda quedó latente por encima del dolor. No podía seguir mirándolo y saber que nunca más estarían juntos.

Christopher la observó marcharse impotente, con la sensación de que había hecho algo irreparable. Nunca debía de haber firmado el divorcio. Pero Lucia insistió... y su madre... ¡En el fondo pensaba que nunca llegaría a realizarse realmente!

Pero cuando vio la firma de ambos, la realidad le estalló en la cara.

El móvil le vibró en el bolsillo del pantalón, y tras comprobar que era Lucia, optó por apagarlo. Al parecer no se había tomado nada bien que cancelara su compromiso. Pero la locura ya había llegado demasiado lejos. Tendría que centrarse en cómo recuperar a Lilah y a su bebé. Sólo esperaba

que no fuera demasiado tarde.

## Capítulo 13

Lilah se bajó con dificultad del taxi y caminó hasta la sala de urgencias con dificultad. Las contracciones eran cada vez más seguidas y le costaba más trabajo respirar. Y dolía muchísimo.

Apenas había tenido tiempo de llamar a sus abuelos que habían insistido en coger el primer avión disponible hasta Manhattan. Y Christopher... Aún no le había avisado.

Para cuando quiso darse cuenta ya estaba ingresada, esperando dilatar lo suficiente como para pasar a la sala de parto. De no ser por una enfermera, que le preguntó si tenía a alguien para que le hiciera compañía mientras tanto, ni siquiera se hubiera acordado de avisar a Christopher. Solo podía rezar porque su abuelo estuviera pronto con ella.

Lilah dejó que la enfermera se pusiera en contacto con Christopher y poco tiempo después, este apareció con el pelo revuelto y un chandal desparejado. Si el dolor no la hubiera estado matando, podría haberse reído de él. En su vida había ido tan mal vestido a ningún sitio.

Él, sin embargo, no parecía percatarse de las distintas tonalidades de su ropa. Permaneció de pie a su lado, sudando casi más que ella. Cada poco tiempo le preguntaba si necesitaba algo. La cuarta vez que lo preguntó, Lilah le gritó que se callara de una vez.

Horas después, la puerta volvió a abrirse y Lilah lloró de alivio. Su abuelo se acercó con una sonrisa de oreja a oreja y le besó la coronilla mientras le sujetaba la mano.

– ¡Abuelo!

– Ya esta cariño. Estoy aquí. Tranquila mi niña – la consoló meciéndola contra él –. Ya queda poco. Lo estás haciendo muy bien. Respira fuerte, tu abuela no tardó nada en parir a tu madre. Seguro que tu lo haces igual de rápido. Ya pronto pasa, tranquila – susurró mientras las contracciones seguían sucediendo.

Christopher se percató entonces de lo inútil que había sido hasta el momento. No había querido acercarse demasiado a Lilah para no agobiarla. Y tampoco sabía como consolarla. ¿Cómo iba a hacer que se sintiera mejor si tenía la cara desfigurada por el dolor? El cansancio empezaba a formar bolsas bajo sus ojos y los nudillos estaban blancos de apretar la sábana. Nunca se

había sentido tan fuera de lugar. No parecía que fuera su mujer, ni que la criatura que estaba pariendo fuera su hijo.

Salió de la habitación sin hacer ruido y se sentó en una de las sillas de la sala de espera. Enterró la cabeza en sus manos y suspiró frustrado. Las manos le temblaban y el corazón quería salirse del pecho.

¿Cuánto más duraba aquella tortura? ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

No supo cuanto tiempo estuvo allí sentado, pensando que quizás fuese más oportuno esperar a... Realmente no sabía a qué. Estaba tan perdido que no sabía qué hacer.

– Disculpe, vamos a pasar a su mujer al paritorio. ¿Va a entrar con ella?

El estómago le dio un vuelco. Era real. Iba a ser padre. En unos momentos. Iba a tener un hijo, un hijo de él y de Lilah. Alguien que tuviera lo mejor de los dos. Un ser inocente e indefenso.

– Christopher – Lilah salía de la habitación en camilla, mientras seguía sujetando firmemente a su abuelo.

Por un momento pensó en que iba a pedirle que dejara entrar a su abuelo por él, a juzgar por como se aferraba a su mano. Y aunque no le hubiera gustado tener que hacerlo, lo hubiera hecho. No podría haberle negado nada cuando estaba sufriendo tanto. Sin embargo, después de un firme beso en su mejilla, el abuelo le ofreció la mano de Lilah.

Christopher miró hacia ella, indeciso. Pero ella no bajó la mano, al contrario. Alargó si cabe aún más su brazo y puso la palma hacia arriba, esperando por la suya.

Él esbozó una sonrisa tímida y se puso a su altura hasta que estrecharon sus manos. Le dirigió una mirada agradecida y se agachó para besarle la mano.

– Puedes hacerlo – le dijo, guiñándole el ojo. No sabía de donde sacaba la aparente firmeza con que lo dijo, pero de alguna manera eso pareció tranquilizarla.

Ella asintió seriamente y acomodó la cabeza en la almohada de la camilla.

Christopher se mantuvo a su lado mientras las contracciones se hacían casi permanentes. Casi al final de la noche tenía la garganta seca de tanto gruñir. Ni siquiera le quedaban fuerzas para empujar. Y justo cuando pensaba que no podría aguantar ni una contracción más, la presión se hizo insoportable, coincidiendo con el llanto furioso de un bebé.

Lilah dobló los codos, intentando incorporarse y gracias a la ayuda de Christopher pudo observar por primera vez a su hija mientras las enfermeras la atendían.

– Es una niña – murmuró él con voz ronca.

Ella asintió, soltando una mezcla entre risilla y sollozo.

– ¡Por fin!

Christopher rió con ternura a su lado y la abrazó contra su pecho.

– Lo has hecho... Tú... – intentó explicar la emoción y el agradecimiento que sentía en ese momento, pero no había palabras para explicar aquella sensación – Gracias.

Lilah esbozó la sonrisa más feliz de su vida y miró por encima de su hombro para conocer a su hija.

– Hola – dijo emocionada, mientras la enfermera acomodaba en su pecho el pequeño bulto envuelto en la toalla –. Hola bonita – besó su diminuta mejilla y el bebé se agitó con el sonido de su voz –. Soy mamá.

Unos ojos verdes acuosos intentaron enfocarse en los de ella. Eran iguales que los de Christopher. Lilah sonrió maravillada, encontrando su propia nariz en la de su bebé.

– ¿Puedo...?

Lilah miró hacia Christopher un poco avergonzada y se disculpó con la mirada mientras abría un poco los brazos para que él pudiera cogerla también.

– Claro. Acércate. Apenas pesa. Mira qué bonita es.

Christopher pensó que no la definiría precisamente como bonita, pero sí que era fascinante. Una pequeña cosita arrugada y rojiza que se aferraba a su dedo como si su vida dependiera de ello.

Su corazón se llenó de amor, bombeando mil veces más sangre que en condiciones normales.

– Hola – tocó su nariz con la de ella –. Soy papá.

Intentó imitar el tono arrollador de Lilah, mientras esta le asentía aprobadora. Un inmenso orgullo lo invadió, sintiéndose poco a poco más seguro.

– Vas a ser la niña más bonita del mundo – le dijo al oído, con cuidado de que Lilah no se enterara.

– Caballero... Oiga, disculpe. Necesitamos llevarnos a la niña.

Christopher miró con alarma a la enfermera.

– ¿Por qué?

– Debemos hacerle unas pruebas rutinarias. En poco tiempo la pasaremos a planta junto con su madre. Mientras tanto puede esperar usted con el resto de su familia en la sala de espera. Debemos coser y curar a su mujer.

– Me quedo con ella...

– No hace falta – añadió incómoda Lilah, mirando como la enfermera recogía a su hija de los brazos de Christopher – ¿Puedes ir a decirle a mi abuelo que todo ha salido bien, por favor?

¿Cómo iba a negarse si se lo pedía así?

– Abuelo, le repito que la niña aún no puede sonreír.

– Tonterías. ¿No has visto como me ha sonreído cuando le he arrimado el sonajero?

– Son muecas, leí acerca de eso el otro día. Aún no son capaces de sonreír voluntariamente.

– ¿Y por qué lo hace cada vez que le arrimo el sonajero?

– Por acto reflejo.

– Me sonrío.

– Le hace una mueca.

– Me conformo.

Christopher suspiró y dejó caer las manos en señal de rendición. Lilah sonrió desde el sofá donde amamantaba a Andrea.

– ¿Por qué mejor no bajáis un poco la voz para que la niña pueda dormirse?

Christopher se acercó inmediatamente a ella, olvidando por completo la disputa.

– ¿Durmió bien anoche? – se acercó a su hija para besarle la frente. La niña se sobresaltó y soltó el pezón de su madre, buscando la voz de su padre –. Hola mi amor.

– Bueno, por lo menos ya no se despierta cada hora.

– ¿Tendrá el cólico del lactante?

– ¿El qué?

– Es una especie de...

– ¡Mi nieta no tiene nada! Deja de leer tantos libros que la mejor manera de saber cómo ser un buen padre es siéndolo. Obsérvala y quédate siempre a su lado para cuando lo necesite. No sé porque hay ahora tanto tontería y miedo a la paternidad. Siempre se ha hecho igual... Voy a mirar un rato la televisión. Os dejo solos.

Ambos observaron al abuelo irse, incluso Andrea, que dejó brevemente de mamar al escuchar la voz del hombre. Luego volvió a chupar rápidamente.

– Glotona... – sonrió Christopher.

Lilah también esbozó una sonrisa.

– Es cierto que da un poco de miedo – confesó Christopher –. No quiero hacerlo mal.

Ella apretó su mano.

– Creo que con querer hacerlo bien basta.

Sus miradas se quedaron entrelazadas un instante más de lo normal, provocando que Lilah se ruborizara.

– ¿Ya has decidido cuándo regresar?

– No voy a hacerlo.

– Christopher...

– No. No insistas.

– Pero...

En ese momento el móvil de Christopher comenzó a sonar. Era la cuarta vez en menos de una hora. Bufó con enfado y apagó el aparato sin más miramientos.

– A esto me refiero. Tienes un trabajo, una casa... y una mujer.

– Ya estoy con mi mujer.

– Christopher...

– ... y con mi hija. No quiero alejarme de vosotras. Nadie es más importante que vosotras dos.

– Entiendo que no quieras alejarte de Andrea. Créeme, se como te sientes. Pero podemos organizar régimen de visitas, incluso puedo llevártela a Manhattan de vez en cuando. Me imagino que tu madre querrá conocerla.

– ¡No! – exclamó, levantándose de repente –. Si de mí depende ni mi madre, ni tu padre, ni mucho menos mi abuelo van a conocerla. Cuanto más lejos de ellos, mejor. Lo único que necesitamos...

– Deja de hablar de nosotros como si siguiéramos juntos. Estamos divorciados.

– ¿Y qué? No me importa lo que dice un puñetero papel. Eres la madre de mi hija, nada puede unirnos más que eso.

– Tú y yo no vamos a volver a estar juntos, Christopher.

– Ya lo veremos.

Lilah sacudió la cabeza y dejó el tema de lado.

– ¿Y dónde pretendes quedarte entonces?

– Por ahora no me importa seguir en el hotel. Y puedo trabajar desde cualquier parte.

– Pero es tan impersonal...



– Lilah, estoy más tiempo aquí que en cualquier parte. Estoy cómodo, me siento bien. En realidad, me siento mejor que nunca.

Ella lo miró escéptica pero no insistió.

– Por cierto, he pensado en vender la casa de Miami – comenzó a decir, con titubeo.

La cara que puso ella le dio la respuestas que buscaba.

– ¿Por qué?

– Bueno, pensaba que ya no querrías volver a vivir allí.

Lilah se mordió el labio inferior, fijando su mirada en su hija, ahora dormida en su pecho.

– Déjame.

Christopher recogió a Andrea de sus brazos y comenzó a darle palmadas suaves en la espalda mientras se paseaba con ella por el salón de la pequeña casa.

– ¿Qué piensas?

– Yo... echo de menos Miami. Me gustaba vivir allí. He estado pensando en que quizás pueda convencer a mi abuelo para que se mude con nosotras y buscar algo pequeñito para los tres por allí.

– ¡No hace falta que busques nada! Tenemos la casa, es enorme, caben tres familias perfectamente. Si la quieres no pienso venderla. De echo se me está ocurriendo algunas mejoras que podemos hacerle para cuando Andrea empiece a andar. Tendremos que colocar barandillas de seguridad en las escaleras.

– Christopher, no voy a vivir contigo en esa casa.

Él exhaló aire lentamente y asintió.

– Lo entiendo. Me iré al apartamento. Así podremos estar más cerca.

– ¡Christopher! No quiero vivir en tu casa.

– Nuestra casa. Incluso más tuya que mía. Has estado en ella mucho más tiempo que yo. Te mereces quedártela. Así también estaré mas cerca de la niña. Piensa que es un trato que nos beneficia a ambos.

– No voy a dejar que me mantengas.

– No te estoy manteniendo – suspiró desanimado.

– Quiero estudiar.

– ¿En serio? ¡Eso es genial! Con más razón aún tienes que quedarte en la casa. La universidad está bastante cerca de mi apartamento, si quieres puedes quedarte siempre que quieras.

– Para estudiar primero necesito trabajar y conseguir el dinero de la

matrícula.

– Yo podría...

– No.

– ¡Joder, Lilah! Quiero ayudarte.

– Lo sé, y te lo agradezco. Pero tengo que hacerlo yo. Es algo que necesito hacer por mi misma.

– No me excluyas de tu vida, por favor. Estamos lejos de todos, podemos empezar de nuevo.

Lilah soltó un suspiro cansado.

– Admiro muchísimo lo implicado que estás con Andrea. Nunca imaginé que se te diera tan bien ser padre. Andrea será muy afortunada por tenerte. Pero solo eso; es ella la que te tendrá. No es justo para ninguno de los dos volver a estar juntos solo porque tenemos una hija.

– ¿Sólo sería por eso? – preguntó, dejando a la niña en su cuna.

Ella desvió la mirada, sintiendo la boca repentinamente seca.

– Eulalia me dijo algo el otro día que... me sigue dando vueltas en la cabeza – hizo una pausa, indeciso –. Me dijo que estabas enamorada de mí, ¿es cierto?

Lilah se sonrojó profundamente. A estas alturas pensaba que todo estaba perfectamente claro. De hecho, siempre había creído que era más que obvio lo que sentía por él.

– Claro que es cierto. ¿Por qué crees que me casé contigo sino? Era una niña estúpida que pensaba que se hacía realidad su cuento de hadas. Además mi padre parecía tan orgulloso de mí... Ahora sé que me tendría que haber negado desde el principio. No fue justo para ti.

– ¡No! Fue mucho más injusto para ti. Mi madre, mi abuelo... Yo no sabía hasta qué punto te humillaban. Es algo que nunca me voy a perdonar. Yo también pude haberme negado, pude haber renunciado a la herencia y...

– ¿Y qué? – sonrió tristemente – No hubieras tenido dinero, ni trabajo. En realidad no tenías opción.

Se miraron fijamente unos instantes, ambos siendo conscientes de todo el sufrimiento estéril.

– Te quiero.

Lilah parpadeó varias veces. El aire se quedó atascado en sus pulmones y un jadeo salió de su boca.

Creyó haber escuchado mal. O quizás sus ganas de oír esas palabras eran tan fuertes que debió de imaginárselas saliendo de la boca de Christopher.

Últimamente dormía poco. Andrea solicitaba casi toda su atención y el estrés de tener que ver a Christopher todos los días era demasiado.

– Cuando te fuiste me sentí vacío. Me llevé a Toby conmigo a todos lados porque me recordaba a ti. Llegué a hablar con él más que con ninguna otra persona. Le contaba cosas de ti. De lo bien que dibujas y de lo mucho que me alagaba que me dibujaras a mí en tus ratos libres.

Ella abrió los ojos como platos, sintiendo su respiración cada vez más superficial.

– Se que fui un niño, un gilipollas que no supo darse cuenta de lo que teníamos. Podríamos haber afrontado las cosas de otra manera, si tan solo yo me hubiera abierto a ti. Te juro que quiero arreglarlo. Quiero amarte como te mereces y que criemos juntos a nuestra hija. Dame la oportunidad de demostrarte que estoy enamorado de ti.

Christopher alargó la mano mientras hablaba, dejando que Lilah tomara las cosas con calma y entendiera la profundidad de sus sentimientos. Lo que hubiera dado porque volviera a confiar en él.

Sin pensárselo dos veces, tomó su mano.

Una sensación dolorosa y plácidamente familiar la recorrió, invadiéndola de una terrible felicidad.

Christopher le recorrió la cara con una mirada tierna, deteniéndose en sus ojos. Ver las emociones tan intensas que cruzaban por aquellos ojos verdes, fue como si un pequeño aguijón se clavara en su pecho, haciendo que rompiera a llorar. Christopher se espantó y, con expresión preocupada pero contenida, se frotó la nuca, mientras le preguntaba si se encontraba bien.

Ella, sin poder hablar, asintió repetidamente con la cabeza.

– Llevamos muchos meses separados. Llegué a intentar convencerme a mí misma que no quería volver a verte, pero no es cierto. Me dormía todas las noches rezando porque todo fuera una pesadilla y al día siguiente estuvieras a mi lado.

Christopher estaba petrificado a su lado. Ella no se atrevió a mirarlo.

– Te mentí cuando dije que tendría que haberme ido antes. Seguramente, por mi bien mental, tendría que haberte abandonado, pero creo que nada es peor que la soledad que siento si tú estás fuera de mi vida.

Lilah se atrevió a mirarlo solo entonces, y lo que vio hizo que sintiera ganas de volver a llorar. Christopher estaba mirándola intensamente, sonriendo.

– ¿Puedo tocarte?

Que lo preguntara ya de hecho, supuso un tremendo esfuerzo para aguantarse las ganas de lanzarse a sus brazos.

Él dirigió su mano justo a su cintura, cerrando los ojos en cuanto sus pieles entraron en contacto. La acarició con suavidad, con reverencia.

– Es como volver a estar en casa.

Lilah entendió a qué se refería, y dejó que la arrastrara hacia él, enterrando la cara en su cuello.

– Te he echado mucho de menos – besó la vena que latía junto a su garganta, siguiendo su recorrido hacia la mandíbula, sonriendo en todo momento, hasta encontrarse con sus labios. Si, volvían a estar en casa.

## Capítulo 14

Lilah miró hacia Christopher mientras este intentaba mecer a Andrea contra su cuerpo. Acababa de llegar de la universidad y la cabeza le iba a explotar. Sin embargo, la escena logró sacarle una pequeña sonrisa. Era muy tierno ver a Christopher intentando calmar, en vano, a su hija.

– Cinco lobitos...

Lilah soltó una pequeña risilla cuando Christopher empezó a cantar.

Él se giró hacia ella con los ojos como platos y una expresión de alivio en su rostro.

– Gracias a dios – suspiró, avanzando hasta ella rápidamente para besarla –. Creo que le duele algo. Está muy caliente, ¿la llevamos al médico? – añadió atropelladamente.

– Oh, no. Sólo son los dientes – sonrió a su hija, acercándosela al pecho –. No te preocupes.

– ¡Pero tiene fiebre!

– El pediatra me dijo que podía ser normal que le dieran algunas décimas. ¿Qué tal tu día?

– Bien. Por suerte la niña estuvo tranquila hasta hace poco, que empezó a llorar como si la estuvieran matando y tuve que apagar el ordenador.

– Ya sabes que puedes ir a la empresa si lo necesitas. El abuelo puede quedarse con ella.

– ¿Para qué? ¿Para que Sean me gire la cara cada vez que nos encontramos? – bufó, sentándose a su lado en el sofá –. Estoy deseando acabar las negociaciones para marcharme.

– ¿Estas seguro que es lo mejor? Tu madre volvió a llamar anoche.

– No voy a hablar con ella mientras siga insistiendo en hacerle las pruebas de paternidad a mi hija – sentenció con seriedad, acariciando los deditos de Andrea –. ¿Por qué contigo no llora?

– Porque sabe que va a comer pronto – bromeó Lilah, abriéndose la blusa para sacarse un pecho.

Christopher observó con ternura cómo su hija buscaba ansiosa el pezón de su madre. Era una imagen que no se cansaba de ver. Se acomodó al lado de Lilah con suavidad para no sobresaltar a Andrea y apoyó la barbilla sobre su hombro.

– Yo también tengo hambre – susurró en su oído, haciendo que Lilah sonriera tímidamente.

Christopher besó su mejilla sonrojada y la cabeza rubia de su hija.

– No tienes que dejar la empresa por mí – volvió a insistir Lilah.

Christopher suspiró pesadamente

– Lilah, ya lo hemos hablado. Tengo un montón de ofertas de empleo, no es como si me fuera a quedar sin trabajo.

– Pero es tu empresa. Algún día será tuya y sé lo mucho que te gusta trabajar allí.

– Pero vosotros sois mi familia, quien no os quiere, tampoco me quiere a mi – dijo, sujetando con firmeza sus mejillas –. Todo saldrá bien. Y pronto volveremos a casarnos – esbozó una sonrisa impaciente.

Lilah desvió la mirada y no comentó nada más.

Christopher dejó que se alejara un poco de su toque porque sabía como se sentía. Lilah aún se sentía incómoda con la idea de volver a casarse, y no podía culparla. A él también le daba un poco de incertidumbre, pero estaba seguro de querer casarse con ella.

– Se que aún no confías en mí.

– Si que confío en ti, pero...

– Lilah, lo entiendo. Nuestro matrimonio fue un desastre, pero no volveremos a repetir los mismos errores. Tenemos que aprovechar esta segunda oportunidad y darle a Andrea la familia que se merece.

Besó sus labios suavemente y se relajó visiblemente cuando Lilah le sonrió.

– Volvería a pasar por todo si el resultado fuera el mismo. Agradezco todo el sufrimiento si me llevó a estar aquí ahora – murmuró contra su frente –. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

No fue hasta una semana después cuando Christopher volvió a ver a su madre. Estaba intentando distraer a Andrea con un sonajero mientras con la otra mano libre, revisaba unos informes económicos. La niña parecía notar su falta de atención porque cada poco rato ponía un mohín y lloriqueaba, hasta que finalmente rompió en llanto al escuchar el timbre de la entrada.

Toby llegó dando alegres ladridos mientras sacudía la cola hacia la puerta.

Christopher cogió a Andrea en sus brazos y empezó a darle besitos sus mejillas, aquello siempre le sacaba un chillido encantado.

– No llores más bonita – canturreó en su oído mientras la sujetaba con la

cadera para abrir la puerta.

Al otro lado, se encontró con su madre temblando, con el maquillaje corrido y una expresión vacía.

– Mamá – se enderezó con una expresión desconfiada.

Su madre le tendió un papel arrugado que aferraba contra su pecho pero él no hizo ademán de cogerlo.

– Tu abuelo ha muerto. Llevo días intentando localizarte, pero me fue imposible. Me pidió que te entregara esto antes... antes... – el labio inferior le tembló.

Christopher, abrumado se acercó a ella para estrecharla contra su pecho, retirando con cuidado a su hija.

– Lo siento mucho – acarició su espalda con suavidad.

Rachel se permitió disfrutar durante unos segundos de la cercanía de su hijo, pero no pasó mucho tiempo hasta que se retiró. Tomó una bocanada profunda de aire y desplazó su mirada hacia el bebé, que le devolvía la mirada en completo silencio.

Un sonido estrangulado se le atascó en la garganta al darse cuenta de las semejanzas que tenía con Christopher. Alargó una mano hasta rozarle su pequeño pulgar.

– Es tuya... – aceptó, sintiéndose completamente devastada –. Es irónico, como ahora mi sangre con la de Isabella está mezclada. Parece que incluso muerta sigue ganando.

Christopher sabía el daño que la madre de Lilah le había provocado a su madre, fue una de las principales razones por las que en primer lugar empezó a odiar a Lilah cuando la conoció.

– ¿Quién ha ganado qué mamá? – sacudió la cabeza, incrédulo – Esto ya ha llegado demasiado lejos. Nos habéis hecho responsables a Lilah y a mi de vuestros conflictos. Nos manipulasteis a vuestro antojo, trataste a Lilah como si fuera la culpable de todas tus desgracias cuando sabes que el único culpable siempre fue Andrew. Ese canalla estaba contigo y con Isabella a la vez. ¡Santo cielo! Si incluso intentó hacernos creer que Lilah era su sobrina... Tú elegiste tu propia vida mamá. No responsabilices a nadie de tus decisiones. Vuelve con Andrew, que es el único que siempre te ha importado y déjanos en paz.

– Isabella también me quitó a mi hijo, a través de su hija – una solitaria lágrima bajó por su mejilla –. Ella es la única culpable.

– Mamá, regresa a casa. Trata de descansar. Hablaremos cuando te recuperes.

Rachel lo miró por unos segundos que parecieron eternos.

– Andrew me ha abandonado. Tenías razón. Siempre la tuviste. Él solo quería mi dinero.

Christopher la miró atónito y Andrea se giró para mirarlo sobresaltada. Gimoteó hasta que su padre tuvo que esforzarse por balancearla contra su cadera.

– ¿Qué ha pasado?

– Convenció al abuelo para que Lilah se casara contigo. Él obtendría el treinta por ciento de la empresa cuando Lilah y tú os casarais. Me juró que sólo el controlaría las acciones y así ella estaría al margen. Al ser su tutor legal se suponía que Lilah nunca sabría nada. Me juró que nunca sería parte de la empresa, me hizo creer que lo hacía por mí, y el canalla me abandonó en cuanto salió la sentencia de tu divorcio. Ahora tiene el cuarenta por ciento de la empresa, puesto que cada año que pasaste casado con Lilah, las acciones ascendían un cinco por ciento.

Christopher tuvo que apoyarse contra el marco de la puerta mientras se llevaba las manos a la frente.

– Cómo le creíste - le reprochó con pena.

Con un suspiro tembloroso su madre se estiró en toda su altura y sus ojos brillaron peligrosamente.

– Es tarde para recriminaciones. Estoy aquí porque aún hay algo que se puede hacer para que Andrew no se salga con la suya. El muy estúpido cree que puede jugar conmigo y salir impune.

– Es tarde mamá. Con el abuelo muerto y...

– El abuelo te ha nombrado su sucesor en la empresa y acabas de heredar el sesenta por ciento de las acciones.

Una expresión de incredulidad estalló en la cara de su hijo antes de poder controlarla. Estaba casi seguro que Sean lo desheredaría.

– Pero...

– Se equivocó al aceptar el acuerdo. Ambos lo hicimos, pero confiaba tan ciegamente en él que no pensaba lo que hacía. Convencí a mi padre de meternos en la boca del lobo y ahora la empresa, nuestra empresa, está en peligro por culpa de ese vividor.

– No creo que Andrew...

– Christopher, conozco a Andrew. Intentará vender las acciones a un precio exorbitante y sabes que lo conseguirá. Tenemos demasiados buitres deseando entrar a formar parte de nuestro patrimonio y una vez que alguno lo



consiga todo por lo que nuestra familia ha luchado puede caer.

Él resopló frustrado y se agachó para aspirar el aroma de Andrea para tranquilizarse. La meció contra sí mientras pensaba en lo imbéciles que habían sido y en como Andrew había movido las fichas correctas desde la sombra.

– Me imaginé muchas cosas de él, pero nunca que fuera un vulgar ladrón.

– Aún tenemos una posibilidad de que no se salga con la suya.

– ¿Cómo?

– Que Lilah reclame su herencia.

Christopher la miró como si le hubieran salido cuernos.

– ¿Prefieres que Lilah forme parte de la empresa?

Rachel puso cara de haberse tragado veneno.

– Es tu mujer. La madre de tu hija - desvió su mirada hasta Andrea y pareció calmarse – Dios es testigo que no siento nada bueno hacia ella, pero no permitiré que Andrew gane - su mirada volvió hacia su nieta, pero no hizo ningún gesto para acercarse – Habla con Lilah y mañana os esperaré a ambos en el hotel en el que me alojo. Te he apuntado la dirección en un margen de la carta. Tendré todos los documentos listos. Hasta mañana hijo.

Cuando Lilah escuchó todo lo que había pasado durante esa mañana, estuvo a punto de llorar de impotencia. Incluso desde la distancia, su padre seguía humillándola.

Christopher tuvo que convencerla durante dos horas para que finalmente aceptara las acciones de la empresa. Y, si era sincero con él mismo, puede que aceptara en el calor de la pasión, porque a la mañana siguiente, la expresión de indecisión se reflejaba en el rostro de Lilah.

– Creo que esto es una locura.

– Relájate cariño. Solo es una firma.

– ¡No quiero esas acciones!

– Lo sé, mi amor, pero ya te he explicado. Es la única forma que tenemos de conservar la empresa y que siga siendo de nuestra familia.

– Aún no me puedo creer que mi padre estuviera detrás de todo. Me cuesta creer que fuera tan retorcido como para planearlo todo desde el principio.

Christopher frunció los labios hasta convertirlo en una delgada línea. Cada vez que mencionaban a Andrew sentía arder el estómago.

– Es un canalla.

– Me da tanta vergüenza...

Christopher se paró bruscamente, justo en la entrada del hotel Welcome.

– Tú no tienes nada de qué avergonzarte.  
– Si yo no existiera nada de esto te habría pasado.  
– Si tú no existieras no sería ahora mismo el hombre mas feliz del mundo ni tendría la hija más hermosa de todas. ¿Acaso crees que Andrew no hubiera inventado otra manera de conseguir acceder a la empresa? – resopló como si fuera obvio.

Lilah hundió los hombros, pero decidió no volver a protestar. Confiaba en que aquella fuera la solución correcta.

Una vez en la suite de Rachel, que ni se molestó en saludarlos, los abogados presentes pasaron a recitar un montón de leyes y artículos mientras explicaban los distintos documentos que tenía que firmar.

Tan solo media hora después era propietaria del cuarenta por ciento de Farina Motor. Y nunca había sentido tanta presión.

Christopher le guiñó un ojo mientras regresaban a casa con su hija.

– Deja de preocuparte. Yo me encargaré de todo.  
– Quiero renunciar a todo, puedo hacer eso ¿no? Te devolveré todo lo que mi padre os robó.

– Cariño – la sujeto con delicadeza del brazo hasta que se detuvo a su lado –. No quiero que me devuelvas las acciones.

– ¡Christopher! Anoche me prometiste que podría devolvértelas cuando quisiera. Y ahora quiero – lo miró con intención.

– Lo sé, y te entiendo. Pero me gustaría que me escucharas. Podrías custodiar las acciones. Nunca te obligaré a participar en la empresa, sabes que me haré cargo de todo. Pero si algo me llegara a pasar, me gustaría que tuvieras algo a lo que aferrarte para no tener que preocuparte por el dinero de por vida.

– No digas eso – sacudió la cabeza, horrorizada.

– Es la verdad, Lilah. Tienes que pensar también en el porvenir de Andrea. Tenemos que mantener a salvo su herencia.

– Estaría igual de bien custodiada a tu nombre – refunfuñó, para nada de acuerdo en sus triquiñuelas.

– Hazlo por mi. Para que pueda estar tranquilo – sujetó sus manos y le besó los nudillos –. Por favor.

Lilah puso los ojos en blanco y soltó una risita cuando Christopher le pellizcó la curva de la cadera.

– Está bien – suspiró, alejándose de sus manos traviesas – No vas a parar hasta que acepte y prefiero guardar mis fuerzas para cuando Andrea se ponga

peleona para su baño.

Christopher frunció el entrecejo.

– Me toca bañarla a mí – la miró fijamente.

– ¡Claro que no! – se indignó Lilah –. Lo hiciste ayer.

– Por supuesto que no.

– ¡No seas mentiroso! Deja de poner esa cara de inocente.

– Eres una tirana.

– Y tu un caradura. Te toca darle de comer - se cruzó de brazos con una mirada burlona y desafiante.

Christopher gimió.

– Sabes que odia la mierda esa amarilla que le intentas dar.

– ¡Christopher! Me dijo el pediatra que empezara con la comida triturada.

Y no me ayudas cuando pones esa cara de asco cada vez que intento que coma.

– ¡Sabes que tiene un aspecto horrible!

– Pero es saludable – pronunció como si tuviera dificultades para entenderlo.

– Pero lo escupe – señaló, suspirando e imaginándose la siguiente payasada que se le ocurriría para que Andrea no lo llenara con esas horribles papillas.

Iba cabizbajo, maquinando la historia que tendría que contarle para distraerla cuando se dio cuenta de que Lilah no lo seguía.

Al darse la vuelta se percató de que ella lo miraba con una tierna sonrisa.

– ¿Qué? – espetó, devolviéndole la sonrisa.

– Te quiero – dijo echándole los brazos al cuello.

Él agrandó la sonrisa hasta que le dolieron las mejillas y le devolvió la mirada con la misma intensidad, rodeando su cintura con los brazos.

– Te quiero.

Y con eso, era más que perfecto.

## Capítulo 15

– Toby... Tú... ¡Chucho! - los susurros furiosos llamaron la atención de Lilah mientras jugaba con Andrea en una mullida manta que habían colocado junto al suelo.

Hacía más de un mes que habían vuelto a Miami. Al principio, la casa le había dado un recibimiento tan frío que viejos fantasmas amenazaron con asustarla. Pero conforme fueron pasando los días, los juguetes de Andrea, sus berridos y sus risas habían terminado por crear nuevos recuerdos sobre los solitarios de antaño.

A día de hoy, se sentía tan satisfecha y feliz con su vida que a veces incluso le asustaba. Hasta que miraba a Christopher jugando con Andrea o a Eulalia preparando la cena. Todo estaba en perfecta armonía, no podía pedirle nada más a la vida

– ... chucho apestoso.

Frunció el entrecejo con una sonrisa curiosa mientras miraba por encima de su hombro.

– ¿Christopher?

Siguió una pausa de mortal silencio.

– ¿Cariño?

– ¿Si? – salió de la cocina apresuradamente, mirando con odio a Toby, que movía la cola libremente contoneándose delante de él.

Lilah reprimió una carcajada.

– ¿Qué te pasa con Toby?

– ¡Esa bola de grasa no puede parar de comer ni un segundo! Estaba... intentando ponerle un collar que le he comprado y el muy ansioso, casi me arranca el dedo por separarlo de la comida por un momento.

Ahora si tuvo que reír al ver la expresión tan indignada de Christopher.

– ¡Pero si le compramos un collar hace tres semanas! ¿Para qué quieres otro?

Christopher se metió la mano por el cuello de la camisa y comenzó a aflojar la corbata.

– Vi uno realmente bonito la semana pasada y quería enseñártelo – fulminó con la mirada a Toby, que pasaba de nuevo por su lado en dirección a la cocina, puesto que escuchó a Eulalia llamarlo y eso significaba, de nuevo,

comida –. Traidor, así debería de haberte llamado.

Lilah volvió a reír y Andrea imitó a su madre, pero en cuanto su padre se puso en su campo de visión alzó sus bracitos hacia él y agitó sus piernas entusiasmada.

Christopher dejó de lado su frustración y sonrió a su hija mientras se agachaba a hacerle cosquillas en el vientre.

Farina Motor aún se intentaba recuperar de la pequeña crisis que tuvo cuando Andrew decidió vender su versión de los hechos a los medios y tanta repercusión mediática había terminado por resentir las inversiones. Sin embargo, tras unos meses estresantes, habían logrado estabilizar el problema. Dentro de unos días, podría decir que la crisis había sido superada.

– Me encanta cómo se te iluminan los ojos cuando la miras – le susurró Lilah al oído mientras miraba sobre su hombro a Andrea.

Christopher giró la cara hasta que sus labios rozaron los de ella.

– Es mi vida. Cómo tú – acarició su nariz con la suya –. Cada día doy las gracias por teneros, y cada día me propongo ser un mejor padre y un mejor... novio.

Lilah sonrió.

– Christopher - ladeó la cabeza, besando su cuello.

– Quiero más Lilah. Dios sabe que no merezco más de lo que tengo, pero necesito más. Y creo que tú también.

El sonido de cascabel de Toby interrumpió momentáneamente su discurso, que a todas luces, Lilah sabía hacia donde estaba dirigido. Llevaba semanas esperando que Christopher volviera a decidirse a preguntar, porque esa vez iba a obtener lo que deseaba.

Alzó la cabeza de nuevo, preparada para decírselo cuando la cabeza de Toby apareció en su ángulo de visión. Parpadeo confundida hasta que sus ojos enfocaron el anillo que colgaba de su cuello.

Se llevo una mano a los labios, intentando ocultar su temblor al reconocerlo.

Era el anillo que habían pedido arreglar hace más de un año, los días que concibieron a Andrea en la casa del abuelo de Christopher.

Un sollozo se atasco en su garganta y su hija la miró sobresaltada.

– Christopher...

– Sé que me has dicho muchas veces que ambos necesitábamos tiempo y que querías tomarte las cosas con calma. Pero te juro que quiero que volvamos a ser un matrimonio tanto como quiero respirar – soltó el anillo del collar de

Toby y este se alejó alegremente. Luego cogió a Andrea en sus brazos – Soy tuyo desde el día en que te conocí, desde que casi te atropella un coche por salvar al traidor de Toby, desde que diste a luz a mi hija... Desde siempre – le señaló la parte interna del anillo que ponía esas mismas palabras. *Tuyo siempre* – ¿Quieres casarte conmigo?

Lilah sonreía mientras lloraba, estaba a punto de contestar cuando Andrea agitó un puño en el aire con fiereza. Ambos se echaron a reír y se abalanzó sobre Christopher, besándolo mientras repetía un montón de “*si*”.

- ¡Si! ¡Si! ¡Si!

Andrea rió encantada del juego, mientras su padre besaba apasionadamente a su madre. La mirada del bebé fue hasta la puerta de la entrada donde Eulalia observaba la escena con una sonrisa y Andrea soltó un chillido extasiado. La anciana amplió su sonrisa y se retiró discretamente, pensando en que, por fin, cada uno tenía lo que se merecía.

# Epílogo

*Diez años después.*

– ¡Mamá, dile a Robert que deje de molestarme!

– Robert, deja en paz a tu hermana – Lilah meció a Lilliam contra su pecho mientras intentaba no sobresaltarla.

– ¡Mamá, Andrea no deja de ver ese estúpido vídeo de tu boda con papá! - se quejó Robert fastidiado – ¡No es justo! Quiero ver el programa de dibujos animados.

Lilah alzó la vista entonces, encontrándose de frente con la sonrisa de Christopher en la pantalla del televisor. El aparato reproducía su segunda boda. Una civil a los pies de la playa, tan solo ellos en compañía de unos pocos amigos, su abuelo y Eulalia. Ahí ya estaba embarazada de Robert, y su cara también resplandecía de felicidad.

– Los votos de papá fueron tan románticos – dijo Andrea, poniendo ambas manos bajo la barbilla y una sonrisa boba – ¡Mira mamá, ahí estoy yo!

Lilah sonrió mientras la cámara enfocaba un bebé regordete y curioso que intentaba llegar hasta el altar con tímidos pasitos en busca de sus padres.

Recordaba ese día como si fuera ayer. Uno de los mejores de su vida. La ceremonia había sido sencilla y preciosa.

– Eras fea de bebé – se burló Robert.

Andrea le sacó la lengua, sin dejar de mirar el vídeo.

– Papá era muy guapo – señaló la mayor.

Lilah estaba a punto de afirmar el comentario de su hija cuando escuchó la voz de Christopher a su espalda.

– ¿Era? – su marido fingió sentirse indignado y puso ambas manos en las caderas.

Lilah arqueó una ceja burlona. El atractivo de su marido parecía aumentar con los años. La madurez le daba un toque demasiado sexy para su bien.

Andrea y Robert se pusieron en pie y saltaron hacia su padre en cuanto lo escucharon. Incluso el pequeño Ian, de cinco años, que jugaba tranquilamente con sus camiones se puso en pie sonriente para llegar hasta su padre.

Lilah esbozó una sonrisa más grande aún cuando Lilliam se volvió inquieta hacia la voz de su padre.

– ¿Te rindes? – preguntó Andrea, haciéndole cosquillas.

– ¡Nunca! – Christopher se revolvió huyendo de tres pares de brazos traviosos que intentaban tirar a su padre a la colchoneta que utilizaban para saltar. Colocó a Ian sobre su cabeza y Robert aprovechó para atacar por un costado.

– ¿Y ahora? – preguntó Robert, introduciendo sus deditos por encima de las costillas de su padre.

– ¡No! – todos reían y redoblaban sus esfuerzos hasta que el padre se dejó caer en la colchoneta con todos encima.

– ¡Basta! ¡Basta! Me rindo – Christopher se retorció por el suelo mientras sus hijos estaban encima de él – Sois demasiado fuertes para mí.

Poco después se acercó a Lilah para besarla tiernamente en los labios.

Enterró la nariz y su cuello e inhaló.

– Hmm... Me encanta vuestro olor – y besó la cabecita de su benjamina – Hola, cariño – la besó de nuevo en los labios y sonrió cuando Robert comenzó a resoplar –. ¿Cómo se ha portado hoy mi pequeña?

– Se ha hecho pis encima de Robert – rió Andrea, contagiando a Ian que intentaba imitar a su hermana subiendo al sofá.

– ¡Cállate! – Robert se sonrojó mientras miraba a su padre de reojo.

Christopher rió tirando de Robert hacia arriba en el aire y haciendo que riera.

– A mi me orinó la semana pasada – le confesó a su hijo al oído haciéndolo reír también – Le gusta hacerlo cuando le estamos cambiando el pañal.

– Que por cierto, te toca a ti – sonrió con petulancia Lilah, intercambiando una mirada pícaro con Andrea.

Christopher se percató y se llevó las manos a la cabeza.

– ¡Y pensar Lilliam se convertirá en una réplica de vosotras dos! – le dirigió una mirada recelosa a su hija, pero sus ojos brillaban de diversión.

Robert se rió alegremente e Ian lo imitó.

Lilah sonrió, sintiendo su corazón a punto de estallarle de amor. Amaba a cada uno de ellos con su vida. Cada día era un nuevo reto para ella y para Christopher, puesto que con cuatro hijos la locura estaba servida. Y no rogaba que fuera de otra manera. Amaba su vida. Se hinchaba de orgullo cada vez que miraba a sus hijos y no podía imaginarse mejor padre y esposo que Christopher.

Había tenido la endereza suficiente como para hacerse cargo de la



empresa mientras compartía cada segundo de tu tiempo libre con su familia. Incluso cuando Lilah había comenzado a trabajar en el colegio, Christopher había sido su apoyo incondicional, y juntos habían logrado compaginarse para que sus hijos nunca estuvieran solos mientras el otro trabajaba.

Era una mujer muy afortunada.

Deslizó una mirada sugerente por el cuerpo de su marido, que se acercaba para jugar con Ian y sus camiones. Charló animadamente con su hijo hasta que se giró y se percató de su mirada.

Sus ojos se dilataron de deseo y esbozó una sonrisa conocedora.

Lilah rió entre dientes y sintió un cosquilleo en el vientre como anticipo a lo que ocurriría pronto.

No, definitivamente no cambiaría nada en su vida.